

Índice

PREFACIO	1
CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA	3
CAPITULO I. LA MERCANCÍA	3
A. Noticia histórica del análisis de la mercancía	14
CAPITULO II. EL DINERO O LA CIRCULACIÓN SIMPLE	19
I. Medida de los valores	19
B. Teorías sobre la unidad de medida del dinero	24
II. Instrumentos de circulación	29
a) La metamorfosis de las mercancías	29
b) La circulación del dinero	34
c) La moneda. El signo del valor	38
III. El dinero	44
a) Tesauroización	46
b) Instrumento de pago	51
c) La moneda universal	56
IV. Los metales preciosos	58
C. Teorías sobre los instrumentos de circulación y sobre la moneda	60

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

PREFACIO

Examino el sistema de la economía burguesa por el orden siguiente: *Capital, Propiedad, Trabajo asalariado; Estado, Comercio exterior, Mercado mundial*. Bajo los tres primeros títulos estudio las condiciones económicas de existencia de las tres grandes clases en las cuales se divide la sociedad burguesa moderna; el enlace de los otros tres títulos salta a la vista. La primera sección del primer libro, que trata del capital, comprende los capítulos siguientes: 1.º La mercancía. 2.º La moneda o la circulación simple. 3.º El capital en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido de este volumen. Tengo a la vista el conjunto de materiales en forma de monografías escritas con largos intervalos para mi propia ilustración, no para la imprenta, y cuya ininterrumpida elaboración, según el plan indicado, dependerá de las circunstancias.

Suprimo un prólogo general que había esbozado porque, después de reflexionar bien, me parece que anticipar resultados que quedan todavía por demostrar podría desconcertar, y porque el lector que tenga la bondad de seguirme tendrá que decidirse a elevarse de lo particular a lo general. En cambio, algunas indicaciones sobre el curso de mis propios estudios político-económicos podrían encajar muy bien aquí.

Mi estudio profesional era la jurisprudencia, que sin embargo no continué mas que de un modo accesorio respecto a la filosofía e historia, como una disciplina subordinada. Por los años 1842-1843, en calidad de redactor en la *Rheinische Zeitung*,¹ me vi obligado por primera vez a dar mi opinión sobre los llamados intereses materiales. Las discusiones del Landtag renano sobre los delitos forestales y el parcelamiento de la propiedad rústica, la polémica que M. von Schapper, primer presidente a la sazón de la provincia renana, entabló con la *Rheinische Zeitung*, respecto a las condiciones de vida de los aldeanos del Mosela, y por último las discusiones sobre el librecambio y la protección, me dieron los

primeros motivos para ocuparme de las cuestiones económicas. Por otra parte, en esta época en que el afán de «avanzar» vencía a menudo a la verdadera sabiduría, se había hecho oír en la *Rheinische Zeitung* un eco debilitado, por decirlo así, filosófico, del socialismo y del comunismo franceses. Me pronuncié contra este tinglado, pero al mismo tiempo confesé claramente, en una controversia con la *Allgemeine Augsburger Zeitung*,² que los estudios que yo había hecho hasta entonces no me permitían arriesgar un juicio respecto de la naturaleza de las tendencias francesas. La ilusión de los gerentes de la *Rheinische Zeitung*, que creían conseguir desviar la sentencia de muerte pronunciada contra su periódico imprimiéndole una tendencia más moderada, me ofreció la ocasión, que me apresuré a aprovechar, de dejar la escena pública y retirarme a mi gabinete de estudio.

El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la *Rechtsphilosophie* de Hegel, trabajo cuyos preliminares aparecieron en los *Deutsch-französische Jahrbücher*,³ publicados en París en 1844. Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, comprendía bajo el nombre de «sociedad civil»; pero que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política. Había comenzado el estudio de ésta en París y lo continuaba en Bruselas, donde me había establecido a consecuencia de una sentencia de expulsión dictada por el señor Guizot contra mí. El

¹ *Rheinische Zeitung*: Gaceta renana, diario demócrata, publicado en Colonia desde el 1 de enero de 1842 al 31 de marzo de 1843. A partir del 15 de octubre de 1842, Marx ocupó el cargo de redactor jefe.

² *Allgemeine Augsburger Zeitung*: Gaceta General de Augusta. Diario dirigido por G. Kolb. Importante en la polémica MarxVogt.

³ *Deutsch-Französische Jahrbücher*, Anales franco-alemanes. Se publicaron en París, un año después de la prohibición de la *Rheinische Zeitung* por parte del Gobierno de Prusia (1843). Por disidencia entre Marx y Ruge, que eran los editores, la publicación cesó tras la aparición del primer volumen.

resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción -que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción. Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir. Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses

modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana.

Friedrich Engels con quien (desde la publicación en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*, de su genial esbozo de una crítica de las categorías económicas) sostenía una constante correspondencia, en la que intercambiábamos nuestras ideas, habla llegado por otro camino -comparad su *La situación de la clase obrera en Inglaterra*- al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, vino, también él, a domiciliarse en Bruselas, acordamos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana; en realidad, liquidar con nuestra conciencia filosófica anterior. El manuscrito⁴, dos gruesos volúmenes en octavo, hacía largo tiempo que se encontraba en poder del editor, en Westfalia, cuando nos advirtieron que un cambio de circunstancias ponía un obstáculo a la impresión. Abandonamos el manuscrito a la roedora crítica de los ratones tanto más a gusto cuanto que habíamos alcanzado nuestro principal fin, aclarar nuestras propias ideas.

De los trabajos dispersos que hemos sometido al público en esta época y en los cuales hemos expuesto nuestros puntos de vista sobre diversas cuestiones, no mencionaremos que el *Manifiesto del Partido Comunista*, redactado por Engels y yo en colaboración, y el *Discurso sobre el libre cambio*, publicado por mí. Nuestros puntos de vista decisivos han sido expuestos científicamente por primera vez, aunque bajo la forma de una polémica, en mi escrito, aparecido en 1847, y dirigido contra Proudhon: *Miseria de la Filosofía*,⁵ etc. La tirada de una disertación sobre el trabajo asalariado, escrita en alemán y compuesta de conferencias que yo había dirigido al grupo de obreros alemanes de Bruselas, fue interrumpida por la revolución de febrero y mi consiguiente expulsión.

La publicación de la *Neue Rheinische Zeitung*,⁶ en 1848-49, y los acontecimientos posteriores interrumpieron mis estudios económicos, que no

⁴ Marx se refiere aquí a la *Ideología Alemana*.

⁵ *Miseria de la filosofía*, escrita en francés por Marx en 1846-47.

⁶ *Neue Rheinische Zeitung*: Nueva Gaceta Renana, diario demócrata, publicado en Colonia bajo la dirección de Marx en 1848-49.

pude proseguir hasta 1850, en Londres. La prodigiosa cantidad de materiales para la historia de la Economía política amontonada en el British Museum; la situación tan favorable que ofrece Londres para la observación de la sociedad burguesa, y en fin, la nueva fase de desarrollo en que ésta parecía entrar por el descubrimiento del oro californiano y australiano, me decidieron a comenzar de nuevo por el principio y a someter a un examen crítico los nuevos materiales. Estos estudios me llevaron por sí mismos a investigaciones que parecían alejarme de mi objeto y en las que, sin embargo, tuve que detenerme más o menos tiempo. Pero lo que abrevió sobre todo el tiempo de que disponía fue la imperiosa necesidad de producir un trabajo remunerador. Mi colaboración, comenzada hacía ocho años, en la *New York Tribune*⁷, el primer periódico angloamericano, trajo consigo, ya que no me ocupó más que excepcionalmente de periodismo propiamente dicho, una extraordinaria dispersión de mis estudios. Sin embargo, los artículos sobre los acontecimientos económicos notables que tenían lugar en Inglaterra y en el continente, formaban una parte tan considerable de mis aportaciones, que tuve que familiarizarme con detalles prácticos que no son del dominio de la ciencia propia de la economía política.

Con este esbozo del curso de mis estudios en el terreno de la economía política he querido hacer ver únicamente que mis opiniones, de cualquier manera que se juzguen por otra parte, y aunque concuerden tan poco con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos y concienzudos estudios. Pero en el umbral de la ciencia, como a la entrada del infierno, una obligación se impone:

Qui si convien lasciare ogni sospetto
ogni viltà convien che qui sia morta.

CARLOS MARX

Londres, enero de 1859.

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

CAPÍTULO I. LA MERCANCÍA

A primera vista la riqueza de la sociedad burguesa aparece como una inmensa acumulación de mercancías, siendo la mercancía aislada la forma elemental de esta riqueza. Pero cada mercancía se manifiesta bajo el doble aspecto de valor de uso y valor de cambio⁸.

La mercancía, en el idioma de los economistas ingleses, es, en primer lugar, «una cosa cualquiera, necesaria, útil o agradable a la vida», objeto de necesidades humanas, medio de existencia en la más lata acepción de la palabra. La forma bajo la cual la mercancía es un valor de uso coincide con su existencia material tangible. El trigo, por ejemplo, es un valor de uso especial, que se distingue de los valores de uso: algodón, vidrio, papel, etc. El valor de uso no tiene valor más que para el uso, y no adquiere realidad más que en el proceso de consumo. Un mismo valor de uso puede utilizarse de diferentes maneras. No obstante, la suma de sus empleos posibles la da su carácter de objeto con propiedades definidas. Además, no sólo está determinado cualitativamente, sino también *cuantitativamente*. Los valores de uso diferentes tienen medidas distintas, con arreglo a sus particularidades naturales; por ejemplo: una fanega de trigo, una resma de papel, un metro de tela, etc.

Cualquiera que sea la forma social de la riqueza, los valores de uso constituyen siempre su contenido, que en un primer momento, resulta indiferente a esa forma. Al probar el trigo no se conoce quién lo ha cultivado: siervo ruso, modesto aldeano francés o capitalista inglés. Aunque el valor de uso sea objeto de necesidades sociales y se enlace, por consiguiente, a la sociedad, no expresa, sin embargo, una relación de producción social. Sea esta mercancía considerada en su valor en uso: un diamante, por ejemplo. Mirando el diamante no se aprecia que es una mercancía. Cuando sirve como valor de uso, estético o mecánico, sobre la garganta de una dama o en la mano del tallista, es diamante y no mercancía. Parece necesario que la mercancía sea un valor de uso, pero es indiferente que el valor de uso sea una mercancía. El valor de uso en esta indiferencia a la determinación económica formal, es decir, el valor de uso como tal, se halla fuera de la esfera de investigación de la economía política⁹.

Entra en ella solamente cuando él mismo es determinación de forma económica. Directamente es la base material con que se manifiesta una relación determinada: *el valor de cambio*.

El valor de cambio aparece primeramente como *una relación cuantitativa* en la que los valores de uso son intercambiables. En tal relación estos valores constituyen una magnitud idéntica de cambio. De

⁷ *New York Tribune*: Órgano democrático-burgués, fundado en 1841. Marx colaboró en él desde 1851. A partir de 1855 fue el único corresponsal de Europa.

⁸ Aristóteles, *De República*, Libro I. cap. 9: Toda propiedad tiene dos usos, que le pertenecen esencialmente, sin pertenecerle, sin embargo, del mismo modo: uno es especial a la cosa, el otro no lo es. Un zapato puede servir a la vez como calzado o para efectuar un cambio o trueque. Por lo menos se puede obtener de aquél este doble

uso. El que cambia un zapato que otro necesita, por dinero o por alimentos, emplea indudablemente este zapato como tal zapato; pero, sin embargo, no lo emplea con su utilidad característica; porque no fue hecho para el cambio. Otro tanto podré decir de todas las demás propiedades.

⁹ Por eso los compiladores alemanes tratan con *amore* del valor de uso fijado bajo el nombre de «bien». Por ejemplo, L. Stein, *System der Staatswissenschaften*, vol. I. capítulo de los «Bienes». Ideas sensatas pueden encontrarse en los *Ansoeisingen zur Waarenkunde*.

este modo, un volumen de Propercio y ocho onzas de rapé pueden tener el mismo valor de cambio, a pesar de lo dispar de los valores de uso del tabaco y de la legía. Considerado como valor de cambio, un valor de uso vale exactamente lo que otro, con tal de que se presente en proporción conveniente. El valor de cambio de un palacio puede expresarse en un número determinado de cajas de betún. Los fabricantes de betún de Londres, inversamente, han expresado en palacio el valor de cambio de sus cajas de betún multiplicadas. Indiferentes, pues, a su modo natural de existencia, sin miramientos para la naturaleza específica de la necesidad para la cual son valores de uso, las mercancías, en cantidades determinadas, se superponen, se suplen en el cambio, se reputan como equivalentes y representan así, a despecho de su variada apariencia, la misma unidad.

Los valores de uso son inmediatamente medios de existencia. A la inversa, estos medios de existencia son productos de la vida social, resultado de la fuerza vital gastada por el hombre, del *trabajo objetivado*. Como materialización del trabajo social, todas las mercancías son cristalizaciones de la misma unidad. Ahora necesitamos considerar el carácter determinado de esta unidad, es decir, del trabajo, que se manifiesta en el valor del cambio.

Supongamos que una onza de oro, una tonelada de hierro, una medida de trigo y veinte metros de seda representan valores de cambio de la misma magnitud. Gracias a esta equivalencia, en la que está eliminada la diferencia cualitativa de su valor de uso, aquéllos representan un mismo volumen de un trabajo idéntico. Es preciso que el trabajo que se realiza en ellos de un modo idéntico sea asimismo trabajo uniforme, no diferenciado, simple, al cual le es tan indiferente manifestarse en el oro, en el hierro, en el trigo y en la seda, como indiferente es al oxígeno hallarse en el óxido de hierro, en la atmósfera, en el jugo de las raíces o en la sangre del hombre. Pero cavar el suelo para obtener el oro, extraer el hierro de la mina, cultivar el trigo o tejer la seda, son clases de trabajo que se distinguen cualitativamente las unas de las otras. Efectivamente, lo que parece ser materialmente una diferencia de los valores de uso, surge en el proceso de producción como una diferencia de la actividad que crea los valores de uso. Indiferente a la sustancia particular de los valores de uso, el trabajo, creador del valor de cambio, es indiferente a la forma particular del trabajo mismo. Los diferentes valores de uso son, además, los productos de la actividad de distintos individuos; es decir, el resultado de trabajos que difieren individualmente. Como valores de cambio, no obstante, representan trabajo homogéneo no diferenciado; es decir, trabajo en el que está borrada la individualidad de los trabajadores. El trabajo que crea el valor de cambio es, pues, *trabajo general-abstracto*.

Si una onza de oro, una tonelada de hierro, un quarter de trigo y veinte metros de seda son valores de cambio equivalentes o de magnitud igual, una onza de oro, media tonelada de hierro, tres bushels de trigo y cinco metros de seda serán valores de cambio de magnitud completamente distinta, y esta diferencia cuantitativa es la única de que pueden ser susceptibles, considerados como valores de cambio. Puesto que son valores de cambio de distinta magnitud, representan cantidades más o menos grandes de ese trabajo simple, uniforme, general-abstracto que constituye la sustancia del valor de cambio. La cuestión es saber cómo se han de medir estas cantidades. O mejor dicho, se trata de saber cuál es el modo de existencia cuantitativa de este mismo trabajo, puesto que las diferencias de magnitud de las mercancías como valores de cambio no son más que diferencias de magnitud de trabajo realizado en ellas. De la misma manera que el tiempo es la expresión cuantitativa del movimiento, el *tiempo de trabajo* es la expresión cuantitativa del trabajo. Conocida su calidad, la única diferencia de que el trabajo es susceptible es la diferencia de su propia duración. Como tiempo de trabajo, tiene su patrón en las medidas naturales del tiempo: hora, día, semana, etc. El tiempo de trabajo es la sustancia vital del trabajo, indiferente a su forma, contenido, individualidad; es su expresión viva cuantitativa, al mismo tiempo que su medida inmanente. El tiempo de trabajo objetivado en los valores de uso de las mercancías es, no solamente la sustancia que hace de ellos valores de cambio, y por consiguiente de las mercancías, sino que asimismo es la medida de su valor determinado. Las cantidades correlativas de los diferentes valores de uso, en los cuales se objetiva idéntico tiempo de trabajo, son equivalentes, o, dicho de otro modo: todos los valores de uso son equivalentes en las proporciones en que contienen el mismo tiempo de trabajo consumado, objetivado. Consideradas como valores de cambio, las mercancías no son más que medidas determinadas de *tiempos de trabajo coagulado*.

Para mejor comprender el hecho de que el valor de cambio está determinado por el tiempo de trabajo, importa establecer los siguientes puntos principales: 1. la reducción del trabajo al trabajo simple, sin calidad, por decirlo así; 2. el modo específico por el que el trabajo creador del valor de cambio, y por consiguiente, productor de mercancías, es *trabajo social* y por fin, 3. la diferencia entre el trabajo en cuanto que produce valores de uso y el trabajo en cuanto que produce valores de cambio.

Para medir los valores de cambio de las mercancías mediante el tiempo de trabajo incorporado a ellas, es necesario que los diferentes trabajos sean reducidos al trabajo no diferenciado, uniforme, simple en una palabra: al trabajo que es idéntico por la calidad y no se distingue más que por

la cantidad.

Esta reducción presenta la apariencia de una abstracción; pero es una abstracción que tiene lugar todos los días en el proceso de producción social. La conversión de todas las mercancías en tiempos de trabajo no supone una abstracción mayor ni menos real que la conversión de todos los cuerpos orgánicos en aire. En realidad, el trabajo así medido con el tiempo no aparece como trabajo de distintos individuos, sino que los diferentes individuos que trabajan aparecen más bien como simples órganos del trabajo. O también podría decirse: el trabajo, tal como se manifiesta en los valores de cambio, es *trabajo humano general*. Esta abstracción del trabajo humano general *existe* en el trabajo medio que cada individuo medio de una sociedad dada puede realizar, un gasto productivo determinado de músculos, nervios, cerebro humanos, etc. Es trabajo *simple*¹⁰, para cuya realización cada individuo medio puede ser adiestrado, y cuyo trabajo tiene que efectuar, sea bajo una u otra forma. El carácter de este trabajo medio difiere en los distintos países y en épocas de diversa cultura, pero resulta dado una sociedad determinada. El trabajo simple constituye con mucho la masa más considerable del conjunto del trabajo de la sociedad burguesa como puede uno convencerse consultando cualquier estadística. Que *A* produzca hierro durante seis horas y tela durante seis horas, y que *B* produzca también hierro durante seis horas y tela durante seis horas, o que *A* produzca hierro durante doce horas y que *B* produzca tela durante doce horas, evidentemente no existe en estos casos más que un empleo distinto del mismo tiempo de trabajo. Pero ¿qué ocurrirá con el trabajo complicado que se eleva por encima del nivel medio, en cuanto que es trabajo de mayor intensidad, de peso específico superior? Esta clase de trabajo se resuelve en trabajo simple compuesto, en trabajo simple de potencia más elevada. De tal modo que un día de trabajo complicado equivale a tres días de trabajo simple. Las leyes que regulan esta reducción no corresponden a esta parte de nuestro estudio. Pero está claro que esta reducción tiene lugar; pues en tanto que es valor de cambio el producto del trabajo más complicado, es, en proporción determinada, el equivalente del producto del trabajo medio simple; forma, pues, ecuación con un «quantum» determinado de este trabajo simple.

La determinación del valor de cambio por el tiempo de trabajo supone, además, que en una mercancía dada, sea una tonelada de hierro, por ejemplo, se objetiva una *cantidad igual* de trabajo, sin que importe que sea trabajo de *A* o de *B*; es decir, que los diferentes individuos gastan un mismo trabajo para producir idéntico valor de uso, determinado cualitativa y cuantitativamente. En otros

términos: se supone que el tiempo de trabajo contenido en una mercancía es el tiempo de trabajo necesario para su producción, o el tiempo de trabajo exigido para producir un nuevo ejemplar de la misma mercancía en las condiciones generales de producción dadas.

Del análisis del valor resulta que para crear valor de cambio es preciso que el trabajo esté *determinado socialmente*, que sea *trabajo social*, no simplemente social, sino de un modo especial. Se trata de un modo específico de sociabilidad. Primeramente la simplicidad no diferenciada del trabajo es *igualdad* de los trabajos individuales que se relacionan los unos con los otros, en cuanto que trabajo igual, y esto por la reducción efectiva de todos los trabajos a trabajo homogéneo. El trabajo de cada individuo, aunque se manifiesta en tantos valores de cambio, posee este carácter social de igualdad, y se manifiesta en el valor de cambio sólo en la medida en que se refiere al trabajo de los demás individuos de trabajo idéntico.

Además, en el valor de cambio, el tiempo de trabajo del individuo aislado aparece directamente como *tiempo de trabajo general*, y este *carácter general* del trabajo aislado reviste un *carácter social*. El tiempo de trabajo representado en el valor de cambio es el tiempo de trabajo del individuo, pero del individuo que no se distingue de los demás individuos en tanto que realizan un trabajo Igual, de tal manera que el tiempo de trabajo gastado por uno en producir una mercancía determinada es el tiempo de trabajo *necesario* que cualquier otro emplearía en producir la misma mercancía. Es el tiempo de trabajo del individuo, pero no es *su* tiempo de trabajo, puesto que es el tiempo de trabajo común a todos, y, por tanto, es indiferente que sea el tiempo de trabajo de tal o cual individuo. Como tiempo de trabajo general se realiza en forma de un producto general, de un equivalente general, de un «quantum» dado de trabajo materializado, que es indiferente a la forma determinada de valor de uso bajo la cual representa directamente el producto de un individuo y puede ser convertido, a voluntad, en cualquier otra forma de valor de uso en que se exprese el producto de otro individuo. *Es magnitud social* sólo en la medida en que es tal *magnitud general*. Para que el resultado del trabajo individual sea un valor de cambio, es preciso que constituya un *equivalente general*; es necesario que el tiempo de trabajo del individuo represente tiempo de trabajo general, o que el tiempo de trabajo general represente el del individuo. El efecto es el mismo que si los diferentes individuos hubiesen reunido sus tiempos de trabajo y representado cantidades distintas del tiempo de trabajo a su común disposición por valores diversos de cambio. El tiempo de trabajo del individuo es de este modo, en realidad, el tiempo de trabajo que debe de gastar la sociedad para producir un valor de uso determinado;

¹⁰ Los economistas ingleses dicen «unskilled labour» (trabajo no cualificado).

es decir, para satisfacer una necesidad concreta. Pero ahora no se trata más que de la forma específica bajo la cual el trabajo adquiere un carácter social. Por ejemplo, un obrero que hila objetiviza un trabajo dado en 100 libras de hilo de lino. Suponed que 100 metros de tela, producto del tejedor, representen un «quantum» idéntico de tiempo de trabajo. Puesto que estos dos productos representan un mismo «quantum» de tiempo de trabajo general, y son, por tanto, equivalentes de *todo* valor de uso que contenga igual cantidad de tiempo de trabajo, son equivalentes el uno del otro. Por la sola razón de que el tiempo de trabajo del que hila y el tiempo de trabajo del que teje se presentan como tiempos de trabajo general, y que sus productos, por consiguiente, representan equivalentes generales, el trabajo del tejedor y el del que hila realizan en este caso el trabajo del uno para el trabajo del otro; es decir, se objetiviza la existencia social de su trabajo para ambos. Por el contrario, en la industria patriarcal-rural, en la cual el que hilaba y el que tejía vivían bajo el mismo techo, en la que la parte femenina de la familia hilaba y la masculina tejía para las necesidades de la familia, hilo y tela eran productos sociales, hilar y tejer eran trabajos sociales en el seno de la familia. Pero su carácter social no consistía en el hecho de que el hilo, equivalente general, se cambiase por la tela, equivalente general, o que ambos se cambiaran el uno por el otro como expresiones equivalentes del mismo tiempo el trabajo general. Era la organización familiar, con su división del trabajo, la que marcaba el producto del trabajo con su característico sello social. O bien, consideremos las corveas y los tributos en especie de la Edad Media. Lo que constituye aquí el lazo social, son los trabajos determinados de los individuos en su forma natural, es la particularidad y no la generalidad del trabajo. O consideremos, por fin, el trabajo en común bajo su forma primitiva, tal como lo encontramos en el umbral de la historia de todos los pueblos civilizados¹¹. En este caso, el carácter social del trabajo no se deriva claramente de que el trabajo del individuo revista la forma abstracta de la generalidad o de que su producto revista la forma de un equivalente general. La comunidad, en la que se

¹¹ Es un prejuicio ridículo, y muy difundido en los últimos tiempos, considerar que la forma de la propiedad común *espontánea* es la forma específicamente eslava o, más, exclusivamente rusa. Se trata de la forma originaria cuya existencia podemos comprobar en los romanos, germanos, celtas, de la que encontramos un muestrario de múltiples intentos en la India, aún en estado ruinoso. Un estudio más detallado de las formas de propiedad común asiáticas, indias en particular, demostraría cómo a partir de las diferentes formas de propiedad común espontánea derivan formas distintas de su desarrollo. Así, por ejemplo, los diferentes tipos originales de la propiedad privada romana y germánica pueden derivarse de formas diferentes de propiedad común india.

subyace la producción, es la que impide que el trabajo del individuo sea trabajo privado, la que más bien hace aparecer el trabajo individual como función de un miembro del organismo social. Se comprende que el trabajo que se realiza en el valor de cambio es el trabajo del individuo aislado. Para que se convierta en trabajo social le es preciso adoptar la forma de su inmediato opuesto, la forma de la generalidad abstracta.

En fin, lo que caracteriza al trabajo que crea valor de cambio es que las relaciones sociales de las personas aparecen, por decirlo así, invertidas, como la relación social de las cosas. Puesto que un valor de uso se relaciona con el otro como un valor de cambio, el trabajo de una persona se relaciona con el de otra como con el trabajo igual y general. Si es, pues, correcto decir que el valor de cambio es una relación entre las personas¹², conviene añadir: una relación oculta bajo el velo de las cosas. Lo mismo que una libra de oro y una libra de hierro, a pesar de la diferencia de sus cualidades físicas y químicas, representan el mismo «quantum» de peso, dos valores de uso que contengan el mismo tiempo de trabajo representan *idéntico valor de cambio*. El valor de cambio parece ser así una determinación de los valores de uso en la sociedad, determinación que les corresponde por su cualidad de objetos y gracias a la cual se suplen en el proceso del cambio en proporciones cuantitativas determinadas y forman equivalentes, lo mismo que las sustancias químicas simples se combinan en proporciones cuantitativas determinadas y forman equivalentes químicos. Únicamente el hábito de la vida cotidiana puede hacer parecer como cosa banal y corriente el hecho de que una relación de producción revista la forma de un objeto de manera que las relaciones de las personas en su trabajo se manifiesten como una relación en la que las cosas entren en relaciones entre sí y con las personas. En la mercancía, esta mistificación es aún simplicísima. Más o menos vagamente, todo el mundo sospecha que la relación entre mercancías, en cuanto valores de cambio, es más bien una relación entre personas en su actividad productora recíproca. En las relaciones de producción más elevadas, esta apariencia de simplicidad desaparece. Todas las ilusiones del sistema monetario provienen de que no se ve que el dinero representa una relación de producción social y de que la realiza bajo la forma de un objeto natural de propiedades determinadas. La misma ilusión se descubre entre los economistas que se ríen con tanto desdén de las ilusiones del sistema monetario, en cuanto se ocupan de las categorías económicas

¹² «La ricchezza è una raggione tra due persone» (La riqueza es una relación entre dos personas). Galliani. Della moneta, p. 221. t. III de la compilación de Custodi, *Scrittori classici Italiani di Economia politica*. Parte moderna. Milán. 1803.

superiores, por ejemplo, el capital. La descubren al confesar cándidamente su asombro cuando tan pronto se les aparece como una relación social lo que ya ellos creían tener como un objeto palpable, como les inquieta bajo la forma de un objeto lo que apenas habían señalado como una relación social.

No siendo, en realidad, el valor de cambio de las mercancías más que la relación de los trabajos individuales, considerados iguales y generales, y nada más que la expresión objetiva de una forma social específica del trabajo, es una tautología afirmar que el trabajo es la *única* fuente del valor, y, por lo tanto, de la riqueza, en cuanto que consiste en valores de cambio. Es asimismo una tautología decir que la materia como tal no tiene valor de cambio¹³, puesto que no contiene trabajo y que el valor de cambio como tal no contiene materia. Así, pues, cuando *William Petty* dice: «el trabajo es el padre, y la tierra la madre de la riqueza», o cuando el obispo *Berkeley* pregunta¹⁴: «Si los cuatro elementos y el trabajo humano que encierran no son la verdadera fuente de la riqueza»; o cuando el americano *Thomas Cooper* expone, vulgarizando: «Quitadle a un pan el trabajo que en él se ha puesto, el trabajo de panadero, del molinero, del labrador, etc.; y ¿qué queda? Algunos granos de hierbas salvajes impropios para cualquier uso humano»¹⁵, no se trata, en todos estos conceptos, del trabajo abstracto, como fuente del valor de cambio, sino del trabajo concreto, como fuente de riquezas materiales; en una palabra: del trabajo productor de valores de uso. Supuesto el valor de uso de la mercancía, se supone también la utilidad particular, el fin determinado del trabajo que ha absorbido; pero aquí se detiene cualquier consideración del trabajo como trabajo útil. Lo que nos interesa en el pan, como valor de uso, son sus propiedades alimenticias, y de ningún modo los trabajos del labrador, del molinero, del panadero, etcétera. Si gracias a algún invento desaparecieran los 19/20 de estos trabajos, el pan rendiría el mismo servicio que antes. Si cayese del cielo ya cocido, no perdería por eso ni un átomo de su valor de uso. Mientras el trabajo que crea el valor de cambio se realiza en la igualdad de las mercancías como equivalentes generales, el trabajo, en cuanto

actividad productora apropiada para un fin, se realiza en la infinita variedad de sus valores de uso. Mientras el trabajo, creador del valor de cambio, es trabajo *general-abstracto* e *igual*, el trabajo creador del valor de uso es trabajo concreto y especial que, en lo que concierne a la forma y a la materia, se descompone en modos de trabajo infinitamente varios.

En tanto que produce valores de uso, resulta falso decir que el trabajo es la fuente *única* de la riqueza producida por él, es decir, de la riqueza material. Puesto que dicho trabajo es la actividad que adapta la materia a tal o cual fin, se sobrentiende que la materia le es necesaria. La proporción entre el trabajo y la materia es muy distinta en los diferentes valores de uso, pero el valor de uso contiene siempre un «substratum» natural. Actividad útil que busca la apropiación de los productos de la naturaleza bajo una u otra forma, el trabajo es la natural condición de la existencia humana, la condición, independiente de todas las formas sociales, del intercambio de la materia entre el hombre y la naturaleza. Por el contrario, el trabajo que crea el valor de cambio es una forma de trabajo específicamente social. El trabajo material del sastre, por ejemplo, considerado como actividad productora particular, produce efectivamente el traje, pero no el valor de cambio del traje. Produce este valor, no porque sea trabajo de sastre, sino porque es trabajo *general-abstracto*, y éste se enlaza con un edificio social que el sastre no ha construido. Así es como las mujeres producían el vestido en la industria doméstica de la antigüedad, sin producir el valor de cambio del traje. El legislador Moisés sabía tan bien como Adam Smith¹⁶, el funcionario de Aduanas, que el trabajo es una fuente de riqueza material.

Consideremos ahora algunas proposiciones que resultan de la reducción del valor de cambio a tiempo de trabajo.

Como valor de uso, la mercancía ejerce una acción causal. El trigo, por ejemplo, obra porque es un alimento. Una máquina suple al trabajo en proporciones determinadas. Esa acción de la mercancía, por la cual sólo ella es un valor de uso, un objeto de consumo, puede llamarse su servicio, servicio que presta como valor de uso. Pero en calidad de valor de cambio, la mercancía no se considera más que desde el punto de vista del resultado. No se trata del servicio que presta, sino del

¹³ «In its natural state... matter is always destitute of value» (En su estado natural, la materia está siempre desprovista de valor). Mac Culloch, *A discourse on the Rise, Progress etc., of Political Economy*, segunda edición, Edimburgo. 1825, pág. 48. Se ve cómo hasta un Mac Culloch se eleva por encima del fetichismo de los «pensadores» alemanes que declaran que la materia y media docena de disparates son los elementos del valor. Por ejemplo L. Stein, el c., tomo I, pág. 110.

¹⁴ Berkeley. *The Querist*, London, 1750. «Whether the four elements, and man's Labour therein, be not the true source of wealth?»

¹⁵ Th. Cooper, *Lectures on the Elements of Political Economy*, London, 1831.

¹⁶ F. List, que no ha podido comprender nunca la diferencia entre el trabajo que ayuda a crear una utilidad, un valor de uso, y el trabajo que es una forma social determinada de la riqueza y crea el valor de cambio -es verdad que su inteligencia interesada y práctica no, está hecha para la comprensión- no ve en los economistas ingleses modernos más que plagarios de Moisés el egipcio. (Columbia, 1820, pág. 99.)

servicio¹⁷ que le ha sido prestado por haber sido producida. De este modo, el valor de cambio de una máquina no está determinado por el «quantum» de tiempo de trabajo que suple, sino por el «quantum» de tiempo de trabajo que en ella se realiza, y que, por consiguiente, se requiere para producir una nueva máquina de la misma clase.

Así, pues, si el «quantum» de trabajo exigido para la producción de mercancías quedase constante, su valor de cambio sería invariable. Pero la facilidad y la dificultad de la producción varían sin cesar. Si su fuerza productora aumenta, el trabajo produce el mismo valor de uso en menos tiempo. Si disminuye la fuerza productora del trabajo, hace falta más tiempo para producir el mismo valor de uso. La magnitud de tiempo de trabajo contenida en una mercancía, o sea su valor de cambio, es variable por consiguiente; aumenta o disminuye en razón inversa al aumento o disminución de la fuerza productora del trabajo. La fuerza productora del trabajo, que una industria manufacturera aplica en un grado determinado de antemano, se encuentra en la agricultura y en la industria extractiva condicionada por circunstancias naturales que no se pueden intervenir. Un *mismo* trabajo dará un producto más o menos grande de diferentes metales según la abundancia o la escasez de estos metales en la corteza terrestre. Un *mismo* trabajo puede, si el tiempo es favorable, convertirse en dos fanegas de trigo; si es adverso, en una fanega solamente. Las condiciones naturales de escasez o abundancia parecen determinar aquí el valor de cambio de las mercancías, porque determinan la fuerza productora, ligada a condiciones naturales, de un trabajo concreto particular.

Varios valores de uso diferentes contienen en volúmenes desiguales el mismo tiempo de trabajo o el mismo valor de cambio. Cuanto más pequeño es el volumen de su valor de uso, comparado con otros valores de uso, bajo el cual una mercancía contiene un «quantum» determinado tiempo de trabajo, mayor es su valor de cambio específico. Si nos encontramos con que en épocas de cultura diferentes y alejadas unas de otras, ciertos valores de uso forman entre ellos una serie de valores de cambio específicos que conservan unos respecto a otros, si no exactamente la misma relación numérica, cuando menos la relación general de superioridad e inferioridad, como, por ejemplo, el oro, la plata, el cobre, el hierro, o el trigo, el centeno, la cebada, la avena; únicamente se puede deducir que el desarrollo progresivo de las fuerzas productivas sociales influye de una manera casi

uniforme, sobre el tiempo de trabajo que exige la producción de esas diferentes mercancías.

El valor de cambio de una mercancía no se manifiesta en su propio valor de uso. Sin embargo, como materialización del tiempo de trabajo social, general, el valor de uso de una mercancía entra en relaciones de proporcionalidad con los valores de uso de otras mercancías. El valor de cambio de una mercancía se manifiesta así en el valor de uso de las demás mercancías. Es un equivalente, en realidad, el valor de cambio de una mercancía expresado en el valor de uso de otra mercancía. Si yo digo que un metro de tela vale dos libras de café, el valor de cambio de la tela está expresado en el valor de uso del café, y esto en un «quantum» determinado de este valor de uso. Dada esta proporción, puedo expresar el valor de cada «quantum» de tela en café. Es evidente que el valor de cambio de una mercancía, por ejemplo, de la tela, no está agotado por la proporción en la que una mercancía particular, por ejemplo, el café, forma su equivalente. El «quantum» de tiempo de trabajo general representado en un metro de tela es realizado simultáneamente en los más diversos volúmenes de valores de uso de todas las demás mercancías. Dentro de la proporción en la que el valor de uso de cualquier otra mercancía representa un tiempo de trabajo de igual magnitud, constituye un equivalente del metro de tela. El valor de cambio de *esta mercancía aislada* no se expresa, pues, de un modo agotador más que en las innumerables ecuaciones en las que los valores de uso de todas las demás mercancías constituyen su equivalente. Únicamente se expresa de esa manera como *equivalente general* en la suma de dichas ecuaciones o en la totalidad de las diferentes proporciones en las que una mercancía es susceptible de cambio por cualquier otra mercancía. La serie de ecuaciones:

1 metro de tela = 1/2 libra de té
1 metro de tela = 2 libras de café
1 metro de tela = 8 libras de pan
1 metro de tela = 6 metros de algodón
se puede representar así:

1 metro de tela = 1/8 de libra de té + 1/2 libra de café + 2 libras de pan + 1 y 1/2 metro de algodón.

Si tuviéramos a la vista la suma completa de las ecuaciones en las que se halla agotada la expresión del valor de un metro de tela, podríamos representar su valor de cambio bajo la forma de una serie. En realidad, esta serie es interminable, puesto que el círculo de las mercancías nunca está definitivamente cerrado, sino que se va extendiendo siempre. Ahora bien; si una mercancía mide así su valor de cambio con los valores de uso de todas las demás mercancías, los valores de cambio de las mismas se miden inversamente con el valor de uso de aquella mercancía aislada que se mide con ellos¹⁸. Si el valor

¹⁷ Se comprende qué «servicio» ha podido prestar la categoría «servicio» a economistas de la clase de J. B. Soy y F. Bastiat, cuya razonadora inteligencia, como ha observado muy bien Malthus, hace constantemente abstracción de la forma determinada específica de las relaciones económicas.

¹⁸ Es propio de las medidas tener tal relación con los objetos medidos, que la cosa medida viene a ser en cierto

de cambio de 1 metro de tela se expresa en 1/2 libra de té, en 2 libras de café, en 6 metros de algodón y en 8 libras de pan, se deduce que café, té, algodón, pan, etc., son iguales entre sí en la proporción en que son iguales a un tercer objeto, la tela; ésta les sirve, pues, de medida común de sus valores de cambio. Cada mercancía como tiempo de trabajo general concreto, es decir, como «quantum» de tiempo de trabajo general, expresa su valor de cambio sucesivamente en cantidades determinadas de valores de uso de todas las demás mercancías, y los valores de cambio de las demás mercancías se miden inversamente con el valor de uso de aquella mercancía exclusiva. Pero a título de valor de cambio, cada mercancía es asimismo la mercancía exclusiva que sirve de medida común de los valores de cambio de todas las demás mercancías, la cual, por otra parte, no es más que una de las numerosas mercancías en cuya serie completa cualquier otra mercancía representa directamente su valor de cambio.

La *magnitud del valor* de una mercancía no resulta afectada porque existan al lado de ella pocas o muchas mercancías de otra clase. Pero la magnitud de la serie de ecuaciones en las cuales se realiza su valor de cambio depende de la variedad más o menos grande de las demás mercancías. La serie de ecuaciones en las que se representa, por ejemplo, el valor del café, expresa la esfera de sus posibilidades de cambio, los límites dentro de los cuales actúa como valor de cambio. Al valor de cambio de una mercancía, como materialización del tiempo de trabajo social general, corresponde la expresión de su equivalencia en valores de uso infinitamente variados.

Hemos visto que el valor de cambio de una mercancía varía con la cantidad de tiempo de trabajo incorporado a ella. El valor de cambio realizado, es decir, expresado en valores de uso de otras mercancías, debe de depender igualmente de las proporciones en las cuales varía el tiempo de trabajo empleado en la producción de todas las demás mercancías. Si el tiempo de trabajo necesario para producir una fanega de trigo continuase siendo el mismo mientras que el tiempo de trabajo exigido para producir las demás mercancías se doblase, el valor de cambio de la fanega de trigo, expresado en sus equivalentes, hubiera bajado la mitad. El resultado sería prácticamente el mismo que si el tiempo necesario para producir la fanega de trigo hubiese bajado la mitad, y el tiempo de trabajo necesario para la producción de las demás mercancías no hubiese variado. El valor de las mercancías está determinado por la proporción en que pueden ser producidas en el mismo tiempo de trabajo. Para ver de qué variaciones es susceptible

esta proporción, tomemos dos mercancías, *A* y *B*. 1.º Supongamos que el tiempo de trabajo exigido para la producción de *B* sigue siendo el mismo. En este caso, el valor de cambio de *A*, expresado en *B*, baja o sube directamente según que disminuya o aumente el tiempo de trabajo necesario para la producción de *A*. 2.º Supongamos que el tiempo de trabajo exigido para la producción de *A* sea el mismo. El valor de cambio de *A* expresado en *B* baja o sube en razón inversa al alza o baja del tiempo de trabajo exigido para producir *B*. 3.º Que el tiempo de trabajo necesario para la producción de *B* y de *A* disminuya o aumente en igual proporción. La expresión de la equivalencia de *A* en *B* sigue siendo la misma. Si, por cualquier circunstancia, la fuerza productora de todos los trabajos disminuyese en una medida igual, de manera que todas las mercancías exigiesen en la misma proporción más tiempo de trabajo para su producción, el valor de *todas* las mercancías habrá aumentado; la expresión real de su valor de cambio no habrá variado y la riqueza efectiva de la sociedad habrá disminuido, puesto que ahora necesitará más tiempo de trabajo para crear la misma masa de valores de uso. 4.º El tiempo de trabajo necesario para la producción de *A* y de *B* puede aumentar o disminuir para ambos, pero de un modo desigual; el tiempo de trabajo exigido para *A* puede aumentar, mientras que el necesario para *B* disminuye, o viceversa. Todos estos casos pueden sencillamente reducirse a lo siguiente: que el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía no varía, mientras que el que hace falta para producir las demás aumenta o disminuye.

El valor de cambio de cada mercancía se expresa en el valor de uso de otra cualquiera, sea integralmente, sea por fracciones de este valor de uso. Como valor de cambio, cada mercancía es tan divisible como el tiempo de trabajo que representa. La equivalencia de las mercancías es tan independiente de la divisibilidad física de sus valores de cambio como indiferente es la suma de los valores de cambio de las mercancías a la variación de forma que sufren los valores de uso de las mismas en su refundición en *una* nueva mercancía.

Hasta aquí hemos considerado la mercancía desde el doble punto de vista de valor de uso y de valor de cambio, unilateralmente cada vez. Pero, como mercancía, es inmediatamente *unidad* de valor de uso y de valor de cambio; al mismo tiempo no es mercancía más que en relación con las demás mercancías. La relación *real* de unas mercancías con otras es su *proceso de cambio*. Este último es un proceso social en el que intervienen individuos independientes unos de otros, pero lo hacen únicamente en su calidad de poseedores de mercancías; existen los unos para los otros porque sus mercancías existen también, de modo que no aparecen sino como los agentes conscientes del

modo la medida de la cosa que sirve para medir. Montanari, *Della moneta*, pág. 41. Compilación de Custodio vol. III. *Parte antica*.

proceso de cambio.

La mercancía *es* valor de uso, trigo, tela, diamante, máquina, efe.; pero al mismo tiempo, como mercancía, *no es* valor de uso. Si fuese valor de uso para su poseedor, es decir, un inmediato medio de satisfacción de sus propias necesidades, no sería mercancía. Para su poseedor es más bien *no-valor de uso*, o sea simple soporte material del *valor de cambio*, o simple medio de cambio; y siendo el soporte activo del valor de cambio, el valor de uso llega a ser medio de cambio¹⁹. Para su poseedor no es ya valor de uso porque es valor de cambio. Como valor de uso es preciso que llegue a serlo, en primer lugar, para los demás. No siendo valor de uso para su propio poseedor, lo es para los poseedores de las demás mercancías. De lo contrario, su trabajo habrá sido inútil y el producto del mismo no será una mercancía. Por otra parte, es necesario que llegue a ser valor de uso *por sí misma*, pues sus medios de subsistencia existen fuera de ella en los valores de uso de las otras mercancías. Para convertirse en valor de uso, es preciso que la mercancía se halle frente a la necesidad especial que puede satisfacer. Los valores de uso de las mercancías llegan a ser, pues, tales porque cambian universalmente de sitio, pasando de la mano en que son medio de cambio a aquella en que son objeto de utilidad. Gracias únicamente a esta *enajenación* universal de las mercancías, el trabajo que contienen se convierte en trabajo útil. En este proceso en el que las mercancías se relacionan unas con otras en calidad de valores de uso, no adquieren ninguna nueva determinación de forma económica. Desaparece más bien la forma determinada que les caracteriza como tales mercancías. El pan, al pasar de la mano del panadero a la del consumidor, no varía su modo de ser como pan. Es lo inverso; es el consumidor el primero que se relaciona con el pan como con un valor de uso, como con este alimento determinado, mientras que en la mano del panadero era el soporte de una relación económica, un objeto sensible: suprasensible. La única transformación que sufren las mercancías en su conversión en valores de uso es, pues, la alteración de su existencia formal en la que eran «no-valor» de uso para sus poseedores y valores de uso para los no-poseedores. Para llegar a hacerse valores de uso es preciso que las mercancías sean universalmente enajenadas, que entren en el proceso de cambio; pero su manera de ser para el cambio es su forma de valor. Para tener realidad como valores de uso, es indispensable, pues, que tengan realidad como valores de cambio.

Si desde el punto de vista del valor de uso la mercancía aislada parecía un objeto independiente, como valor de cambio, por el contrario, era desde el

primer momento considerada en relación con las demás mercancías. Sin embargo, esta relación no era más que teórica, no existía más que en el pensamiento. No se realiza más que en los procesos de cambio. Por otra parte, la mercancía es indudablemente un valor de cambio por cuanto que se encuentra incorporada a ella una cantidad determinada de tiempo de trabajo, porque dicha mercancía es *tiempo de trabajo materializado*. Pero tal como es inmediatamente, no es más que tiempo de trabajo individual materializado que posee un contenido particular; no es tiempo de trabajo *general*. En primer lugar, no puede ser materialización del tiempo de trabajo general, puesto que representa tiempo de trabajo aplicado a un fin útil determinado, porque representa un valor de uso. Esta era la condición material con la cual se admitía como social, general, el tiempo de trabajo contenido en las mercancías. Si la mercancía únicamente puede convertirse en valor de uso realizándose como valor de cambio, no puede, por otra parte, realizarse como valor de cambio, si no es con la condición de que no cese, en su enajenación, de ser valor de uso. Una mercancía no puede ser enajenada a título de valor de uso sino en beneficio de aquel para el cual constituye una utilidad, es decir, el objeto de una necesidad determinada. Por otra parte, no puede ser enajenada más que por otra mercancía, o si nos colocamos del lado del poseedor de la otra mercancía, éste tampoco puede enajenar, es decir, realizar la suya, si no es poniéndola en contacto con la necesidad especial cuyo objeto constituye. En la enajenación universal de las mercancías en calidad de valores de uso, se relacionan unas con otras, en virtud de su diferencia material, como objetos particulares que por sus propiedades específicas satisfacen necesidades también particulares. Pero como simples valores de uso, son objetos sin interés unos para otros y sin relación entre ellos; los valores de uso no pueden cambiarse sino relacionándolos con necesidades particulares. No son intercambiables sino en cuanto son equivalentes, y no son equivalentes sino en cuanto representan cantidades iguales de tiempo de trabajo materializado, de tal manera que cualquier consideración de las cualidades naturales que poseen los valores de uso, y partiendo de la relación de las mercancías con las necesidades particulares, queda eliminada. Como valor de cambio, una mercancía se manifiesta más bien en que reemplaza como equivalente a una cantidad determinada de cualquier otra mercancía, sin que importe que sea o no sea un valor de uso para el poseedor de la otra mercancía. Pero no llega a ser mercancía para éste más que en el momento en que es para él valor de uso y no se convierte en valor de cambio para su propio poseedor más que en el instante en que es mercancía para el otro. La misma relación debe ser, pues, la de las mercancías que constituyen magnitudes de igual

¹⁹ Aristóteles concibe el valor de cambio bajo esta forma determinada. (Véase el pasaje citado al comienzo del capítulo.)

esencia y no difieren más que cuantitativamente; deben de ponerse en ecuación como materia de tiempo de trabajo general y al mismo tiempo en su relación como objetos cualitativamente distintos, como valores de uso especiales para necesidades también especiales; en una palabra: una relación que les distinga como valores reales de uso. Pero este modo de ponerlas en ecuación y esta diferenciación se excluyen recíprocamente y se llega así no solamente a un círculo vicioso de problemas en el que la solución de uno presupone la del otro, sino a todo un conjunto de postulados contradictorios, puesto que la realización de una condición está directamente ligada a la realización de su opuesta.

El proceso de cambio de las mercancías debe de ser en conjunto el desarrollo y la solución de estas contradicciones, que, sin embargo, no pueden manifestarse en el proceso de esta simple manera. Hemos visto únicamente que las mercancías se relacionaban unas con otras como valores de uso, es decir, que aparecían como tales valores en el *interior* del proceso de cambio. Por el contrario, el valor de cambio tal como lo hemos considerado hasta ahora no era más que una abstracción que hacíamos, o si se quiere, una abstracción hecha por el poseedor individual de las mercancías; bajo la forma de valor de uso posee las mercancías en su granero, bajo la forma de valor de cambio las tiene en su conciencia. Pero, en los límites del proceso de cambio, las mercancías deben de ser unas para otras no solamente valores de uso, sino también valores de cambio, y este modo de existencia debe de revestir la forma de su relación recíproca propia. La dificultad que en primer lugar nos detenía era que en calidad de valor de cambio, de trabajo materializado, se hacía preciso que la mercancía fuese previamente enajenada como valor de uso, que hubiese encontrado adquirente, mientras que, por el contrario, su enajenación bajo la forma de valor de uso supone su existencia en forma de valor de cambio. Pero supongamos que esta dificultad se halle resuelta; que la mercancía se haya despojado de su valor de uso particular y por enajenación de éste haya cumplido la condición material de ser trabajo útil social en vez de trabajo particular hecho para sí misma. En su calidad de valor de cambio es preciso entonces que en el proceso de cambio se convierta en equivalente general, tiempo de trabajo general materializado para las demás mercancías y que adquiera así, no la acción limitada de un valor de uso particular, sino la facultad de representarse inmediatamente en todos los valores de uso considerados como equivalentes suyos. Pero cada mercancía es la mercancía que al enajenar su valor de uso particular debe de manifestarse como la materialización directa del tiempo de trabajo general. Por otra parte, en el proceso de cambio, únicamente se confrontan las mercancías particulares, los trabajos de los

individuos privados incorporados a valores de uso particulares. El mismo tiempo de trabajo general es una abstracción que, como tal, no existe para la mercancía.

Consideremos el sistema de ecuaciones en los cuales encuentra su expresión real el valor de cambio de una mercancía; por ejemplo:

1 metro de tela = 2 libras de café

1 metro de tela = 1/2 libra de té

1 metro de tela = 8 libras de pan, etc.

Estas ecuaciones enuncian solamente que un tiempo de trabajo social, general, de la misma magnitud, se concreta en un metro de tela, dos libras de café, media libra de té, etc. Pero, en realidad, los trabajos individuales representados en estos valores particulares de uso no se convierten en trabajo general, por consiguiente, en trabajo social, solo porque se cambian realmente entre ellos proporcionalmente a la duración del tiempo de trabajo que contienen. El tiempo de trabajo social no existe en estas mercancías, por decirlo así, más que en estado latente, y no se manifiesta sino en su proceso de cambio. El punto de partida no es trabajo individual considerado como trabajo común, sino que, al contrario, se parte de trabajos particulares de individuos privados, trabajos que no revisten el carácter de trabajo social general en el proceso del cambio sino cuando se despojan de su carácter primitivo. El trabajo social general no es, pues, una presuposición preparada, sino un resultado que se obtiene. Y de aquí se deriva una nueva dificultad: que las mercancías, por una parte, deben de entrar en el proceso de cambio como tiempo de trabajo general realizado, y que, por otra parte, la realización del tiempo de trabajo de los individuos como tiempos de trabajo general no es más que el producto del proceso de cambio.

Cada mercancía debe, por enajenación de su valor de uso, o sea de su modo primitivo de existencia, adquirir su forma de existencia adecuada de valor de cambio. Es necesario que la mercancía duplique su existencia en el proceso de cambio. Por otra parte, su segundo modo de existencia, en forma de valor de cambio, no puede ser sino otra mercancía, puesto que en el proceso de cambio no hay más que mercancías que se confrontan. ¿Cómo representar inmediatamente una mercancía particular en forma de *tiempo de trabajo material realizado*, o, lo que es igual, cómo imprimir inmediatamente el carácter de generalidad al tiempo de trabajo individual, materializado en una mercancía particular? La expresión concreta del valor de cambio de una mercancía, es decir, de cualquier mercancía como equivalente general, se representa por medio de una interminable serie de ecuaciones, tales como:

1 metro de tela = 2 libras de café

1 metro de tela = 1/2 libra de té

1 metro de tela = 8 libras de pan

1 metro de tela = 6 metros de algodón

1 metro de tela = etc.

Esta representación era teórica, por cuanto que la mercancía estaba únicamente *pensada* como una cantidad determinada de tiempo de trabajo general realizado. El funcionamiento de una mercancía particular como equivalente general se convierte de una simple abstracción en resultado social del proceso de cambio mismo por simple inversión de la serie de ecuaciones antes expresada. Así, por ejemplo:

2 libras de café = 1 metro de tela

1/2 libra de té = 1 metro de tela

8 libras de pan = 1 metro de tela

6 metros de algodón = 1 metro de tela

En tanto que el café, el té, el pan, el algodón, en una palabra, en tanto que todas las mercancías expresan en tela el tiempo de trabajo que contienen, el valor de cambio de la tela se manifiesta, inversamente, en todas las demás mercancías en cuanto equivalentes suyos, y el tiempo de trabajo materializado en ella misma se convierte inmediatamente en tiempo de trabajo general, que queda representado igualmente en distintos volúmenes de todas las demás mercancías. En este caso, la tela se hace *equivalente general* por la *acción universal* que sobre ella ejercen todas las demás mercancías. En cuanto valor de cambio, cada mercancía se ha convertido en medida de los valores de todas las mercancías. Aquí, inversamente, debido a que todas las demás mercancías miden su valor de cambio con una mercancía particular, la mercancía excluida se convierte en existencia adecuada del valor de cambio, se convierte en existencia de este último en cuanto equivalente general. Por el contrario, la infinita serie, o las innumerables ecuaciones que representaban el valor de cambio de cada mercancía, se reduce a una sola ecuación con dos términos solamente. Dos libras de café igual a un metro de tela es ahora la expresión que agota el valor de cambio del café, puesto que en esta expresión la tela aparece inmediatamente como equivalente de una cantidad determinada de cualquier otra mercancía. Dentro de los límites del proceso de cambio, las mercancías existen, pues, ahora las unas para las otras, o se manifiestan las unas ante las otras como valores de cambio en forma de tela. El hecho de que todas las mercancías consideradas como valores de cambio se relacionen unas con otras como cantidades distintas de tiempo de trabajo general realizado, se presenta ahora en esta forma: que, como valores de cambio, las mercancías no representan más que cantidades diferentes del mismo objeto, de la tela. Por su parte, el tiempo en trabajo general reviste la forma de una cosa particular, de una mercancía aparte y distinta de todas las demás mercancías. Al mismo tiempo, la ecuación en la que la mercancía se presenta a la mercancía como valor

de cambio, por ejemplo: dos libras de café igual a un metro de tela, es una identidad que queda por realizar. Únicamente por su enajenación a título de valor de uso, la cual se efectúa sólo en cuanto se confirma en el proceso de cambio como objeto de una necesidad, la mercancía se transforma realmente de su existencia de café en su existencia de tela, toma el aspecto de equivalente general y se convierte realmente en valor de cambio para todas las mercancías. Inversamente, debido a que todas las mercancías, gracias a su enajenación en calidad de valores de uso, se transforman en tela, ésta viene a ser la existencia metamorfoseada del resto de las mercancías, y precisamente porque éstas se han metamorfoseado en ella viene a ser la *objetivación* inmediata del *tiempo de trabajo general*; es decir, producto de la enajenación general, eliminación de los trabajos individuales. Si las mercancías duplican así su existencia para ser valores de cambio unas para otras, la mercancía excluida en calidad de equivalente universal duplica su valor de uso. Además de su valor de uso especial, como mercancía particular que es adquiere un valor de uso general. Su mismo valor de uso es una determinación formal, es decir, que resulta del papel específico que desempeña en el proceso de cambio, a consecuencia de la acción universal que las demás mercancías ejercen sobre aquélla. El valor de uso de cada mercancía, puesto que es objeto de una necesidad especial, tiene un valor distinto en las diferentes manos; tiene un valor distinto en manos de quien lo enajena que en manos de quien lo adquiere. La mercancía a título de equivalente general es ahora el objeto de una necesidad general engendrada por el mismo proceso de cambio, y posee para cada cual el mismo valor de uso, que es el de ser portador del valor de cambio, medio de cambio universal. Así queda resuelta en una sola mercancía la contradicción que encierra la mercancía como tal: ser, bajo la forma de valor de uso particular, equivalente general al mismo tiempo, y, por consecuencia, valor de uso para cada uno; valor de uso general. En tanto que ahora, todas las demás mercancías expresan su valor de cambio como una ecuación ideal, que queda por establecer, con la mercancía excluida, el valor de uso de ésta, aunque real, aparece en el proceso mismo como existencia puramente formal, no realizándose sino por su transformación en valor de uso real. En su origen, la mercancía se presentaba como una mercancía en general, como un tiempo de trabajo general objetivado en un valor de uso particular. En el proceso de cambio todas las mercancías se refieren a la mercancía exclusiva como a la mercancía en general, como a *la* mercancía, como a un tiempo de trabajo general concretado en un valor de uso particular. Como mercancías *particulares*, se conducen antitéticamente respecto a una mercancía

particular considerada como la mercancía general²⁰. El hecho de que los poseedores de mercancías se refieran mutuamente a los propios trabajos como trabajo social general, se presenta de la siguiente forma: se refieren a sus propias mercancías como a valores de cambio; la relación de las mercancías unas con otras como valores de cambio, reviste, en el proceso de cambio, la forma de una relación general con una mercancía particular como la adecuada expresión de su valor; lo que inversamente parece ser la relación específica de esta mercancía particular con todas las demás mercancías, y por tanto el carácter determinado, y, por decirlo así, naturalmente social de una cosa. La mercancía particular que de este modo representa la forma adecuada del valor de todas las mercancías, o el valor de cambio de las mercancías, que aparece como una mercancía particular, exclusiva, es el *dinero*. El dinero es una cristalización del valor de cambio de las mercancías, producido por ellas en el proceso de cambio mismo. En tanto, pues, que las mercancías, dentro de los límites del proceso de cambio, se convierten en *valores de uso* las unas para las otras, despojándose de toda determinación de forma y relacionándose unas con otras bajo su forma material inmediata, les es necesario, para presentarse recíprocamente como *valores de cambio*, adquirir una nueva determinación formal, evolucionar para llegar a constituir el dinero. El dinero es tan símbolo como el valor de uso bajo la forma de una mercancía. Lo que caracteriza a todas las formas sociales del trabajo creador del valor de cambio, es la inversión, la mistificación prosaicamente real y no imaginaria que supone el hecho de que una relación de producción social aparezca como algo separado de los individuos, y que las relaciones determinadas en que entren estos individuos en el proceso de producción de su vida social aparezcan como propiedades específicos de un objeto. Únicamente en el dinero es donde este hecho llama la atención más que en la mercancía.

Las propiedades físicas necesarias de la mercancía particular, en la cual debe cristalizar la forma moneda de todas las mercancías, por lo mismo que están determinadas directamente por la naturaleza del valor de cambio, son la divisibilidad, la homogeneidad, la uniformidad de todos los ejemplares de esta mercancía. Como materia del tiempo de trabajo general debe de ser mercancía homogénea y capaz de representar diferencias puramente cuantitativas. La otra propiedad necesaria es la duración de su valor de uso, dado que la mercancía debe de subsistir durante el proceso de cambio. Los metales preciosos poseen estas cualidades en grado superior. No siendo la moneda el producto de la reflexión o convención, sino que se ha formado casi instintivamente en el proceso de

cambio, mercancías muy diferentes, más o menos adecuadas, se han sucedido en el ejercicio de la función del dinero. La necesidad sentida en un cierto grado de desarrollo del proceso de cambio de distribuir opuestamente a las mercancías los oficios de valores de cambio y de valores de uso, de manera que una mercancía es medio de cambio, mientras que otra se enajena a título de valor de uso, arroja como consecuencia que en todas partes desempeñan accidentalmente y en primer lugar el oficio de dinero las mercancías que poseen utilidad más general. Si no satisfacen necesidades inmediatas, el hecho de ser la parte constitutiva materialmente más importante de la riqueza, les asegura un carácter más general que el que poseen los demás valores de uso.

El trueque directo, forma primitiva del proceso de cambio, representa la transformación inicial más bien de los valores de uso en mercancías que la de las mercancías en dinero. El valor de cambio no reviste una forma independiente, sino que está ligado directamente al valor de uso. Esto se manifiesta de dos modos. La producción misma está toda ella organizada con base en el valor de uso y no en el valor de cambio; únicamente cuando los valores de uso sobrepasan la medida en que son necesarios para el consumo, cesan de ser valores de uso y se convierten en medios de cambio: en mercancías. Por otra parte, no se convierten en mercancías más que en los límites del valor de uso inmediato, aunque distribuidos opuestamente, de modo que las mercancías que han de cambiarse entre sus respectivos poseedores deben de ser para todos dos valores de uso, pues cada mercancía es un valor de uso para quien no la posee. En efecto, el proceso de cambio de las mercancías no aparece originariamente en el seno de las comunidades primitivas²¹, sino donde éstas terminan: en sus fronteras, en los raros puntos de contacto con otras comunidades. Allí comienza el comercio por el trueque, y de allí se extiende al interior de la comunidad, sobre la que obra a modo de disolvente. Los valores particulares de uso, que, en el trueque entre comunidades distintas, se convierten en mercancías, como los esclavos, el ganado, los metales, constituyen a menudo la primera moneda en el interior de la comunidad. Hemos visto que el valor de cambio de una mercancía se manifiesta de una manera tanto más completa cuanto más larga es la serie de los equivalentes, o *cuanto mayor* es la esfera de cambio de la mercancía. La gradual extensión del trueque, el

²⁰ Idéntica expresión encontramos en Genovesi [Nota del manuscrito].

²¹ Aristóteles observa lo mismo en la familia privada considerada como comunidad primitiva. Pero la forma primitiva de la familia es la familia de la tribu, en cuyo análisis histórico solamente se desarrolla la familia privada. «Dado que en la comunidad originaria (ésta es la familia) evidentemente, no existía necesidad alguna de esto (es decir, de cambio)». *De República* ed. cit, vol. X, pág. 14.

desarrollo de los cambios y la multiplicación de las mercancías cambiadas, obligan a evolucionar a la mercancía hacia el valor de cambio, incitan a la constitución del dinero y, por consiguiente, ejercen una acción destructora sobre el trueque directo. Los economistas tienen el hábito de hacer derivar el dinero de las dificultades exteriores, contra las cuales se estrella el trueque desarrollado: pero olvidan que estas dificultades nacen del desarrollo del valor de cambio, surgen del trabajo social, considerado como trabajo general.

Por ejemplo, las mercancías bajo la forma de valores de uso no son divisibles a voluntad, como deben serlo bajo la forma de valores de cambio. O sea, que la mercancía de A puede ser valor de uso para B, mientras que la de B no es valor de uso para A. O también que los poseedores de mercancías pueden necesitar mercancías indivisibles que tienen que cambiar recíprocamente en proporciones distintas de valor. En otros términos: con el pretexto de estudiar el trueque simple, los economistas consideran ciertos aspectos de la contradicción que encierra la mercancía como unidad inmediata de valor de uso y de valor de cambio. Por otra parte, se atienen lógicamente al trueque como la forma adecuada del proceso de cambio de las mercancías, que no presentaría sino ciertos inconvenientes técnicos, y, para evitarlos, el dinero sería un expediente hábilmente ideado. Partiendo de esta consideración, del todo superficial, un ingenioso economista inglés ha podido afirmar, con razón, que el dinero no es más que un instrumento material, tal como un navío o una máquina de vapor, pero no representa una relación de producción social, y, por lo tanto, no constituye una categoría económica. Sería, pues, un abuso tratar del dinero en la economía política, ya que nada de común tiene con la tecnología²². En el mundo del comercio hay implícita una división desarrollada del trabajo, o más bien se manifiesta directamente en la multiplicidad de los valores de uso que se confrontan bajo la forma de mercancías especiales, y que realizan otras tantas clases diversas de trabajo. La división del trabajo como totalidad de todos los modos productivos especiales de ocupación es el aspecto general del trabajo social de la parte material, considerado como trabajo creador de los valores de uso. Pero, como tal, desde el punto de vista de las mercancías, y en los límites del proceso de cambio, no existe más que en

su resultado, en la particularización de las mercancías mismas.

El intercambio de mercancías es el proceso en el cual el cambio social de la materia, es decir, el cambio de los productos particulares de los individuos privados, crea al mismo tiempo relaciones sociales determinadas de producción, en las que entran los individuos en este intercambio. Las relaciones progresivas de unas mercancías con otras cristalizan en determinaciones distintas del equivalente general, y de este modo el proceso de cambio es al mismo tiempo el proceso de formación del dinero. El conjunto de este proceso, que se manifiesta como el movimiento de diferentes procesos, es la circulación.

A. Noticia histórica del análisis de la mercancía

El análisis de la mercancía como trabajo bajo dos aspectos, el análisis del valor de uso como trabajo real, o actividad productiva conforme a su fin, el análisis del valor de cambio como tiempo de trabajo o trabajo social equivalente, constituye el análisis crítico de las investigaciones realizadas durante más de ciento cincuenta años por la economía clásica, que comienza en Inglaterra con William Petty, en Francia con Boisguillebert²³ y termina con Ricardo en Inglaterra y Sismondi en Francia.

Petty resuelve el valor de uso en trabajo sin disimular que la naturaleza condiciona su fuerza creadora. El trabajo real lo concibe de golpe en su conjunto social como *división del trabajo*²⁴. Para él,

²³ Un estudio comparativo de las obras y de los temperamentos de Petty y de Boisguillebert, además de la luz que arrojaría sobre la contradicción social de Inglaterra y Francia hacia el fin del siglo XVII y comienzos del XVIII sería la exposición genética del contraste nacional entre la economía política inglesa y la francesa. El mismo contraste se repite definitivamente entre Ricardo y Sismondi.

²⁴ Petty ha considerado la división del trabajo como fuerza productora también, y lo ha hecho con un plan más ambicioso que Adam Smith. (Véase *An essay concerning the multiplication of mankind*, etc., tercera edición, 1686, págs. 35-36.) Muestra las ventajas de la división del trabajo para la producción, no solamente con el ejemplo de la fabricación de un reloj, como Adam Smith lo hizo más tarde con la de una aguja, considera también una ciudad y un país entero desde el punto de vista de las grandes fábricas. El *Spectator* del 26 de noviembre de 1711 se refiere a esta «illustration of the admirable sir William Petty». Es, pues, erróneo que Mac Culloch presuma que el *Spectator* confunde a Petty con un escritor cuarenta años más joven. (Véase *Mac Culloch, The Literature of Political economy, a classified catalogue*, Londres, 1845, pág. 105.) Petty sabe que es el fundador de una nueva ciencia. Dice de su método que no es «el rutinario». En lugar de componer una serie de palabras comparativas y superlativas y argumentos especulativos, ha emprendido la tarea de hablar *in terms of number, weight and measure* (en términos de número, peso y medida), de servirse

²² El dinero no es, en realidad, más que el instrumento para efectuar la compra y la venta (pero ¿qué entienden ustedes por comprar y vender?, y el estudio del dinero no forma parte de la ciencia de la economía política como no la podría formar el de los navíos o el de las máquinas de vapor, o el de cualquier otro instrumento que sirva para facilitar la producción y la distribución de la riqueza.) Th. Hodgskin, *Popular Political Economy*, etc., Londres. 1827, págs. 178-179.

únicamente de argumentos nacidos de la experiencia material y de no considerar más que las causas que *have visible foundations in nature* (tienen fundamentos visibles en la naturaleza). Deja para otros el estudio de las causas que dependen de las *mutable minds, opinions, appetites and passions of particular men* (opciones de las opiniones, apetitos y pasiones variables, de los hombres particulares) (*Political Arithmetic*, etc., Londres, 1699; prólogo). Su osadía genial se muestra en su proposición de transportar a todos los habitantes y bienes muebles de Irlanda y Escocia al resto de la Gran Bretaña. Se ahorrarla de este modo tiempo de trabajo y «el rey y sus súbditos serían más ricos y más fuertes» (Pol. Arith., cap. IV). Y también en el capítulo de su Aritmética Política, donde demuestra, en una época en la cual Holanda desempeñaba un papel preponderante como nación comercial y Francia parecía en camino de ser la primera potencia comercial, que Inglaterra estaba llamada a conquistar el mercado mundial: *That the King of England's subjects have stock competent and convenient to drive the trade of the whole commercial world* (cap. X). (Que los súbditos del rey de Inglaterra tienen un «stock» suficiente y propio para impulsar el comercio del mundo entero.) *That the impediments of England's greatness are contingent and removeable*. (Que los obstáculos a la grandeza de Inglaterra son contingentes y susceptibles de vencerse.) Un «humour» original llena todas sus obras. Así, muestra que no eran cosas de brujería cuando Holanda, que era entonces el país modelo para los economistas ingleses, como Inglaterra lo es ahora para los economistas del continente, conquistó el mercado del mundo «without such angelical wits and judgments as some attribute to the Hollanders» (pág. 175-176). (Sin este espíritu y este juicio angélicos que algunos atribuyen a los holandeses.) Defiende la libertad de conciencia que es la condición del comercio, «porque los pobres son laboriosos y consideran el trabajo y la industria como un deber para con Dios mientras se les permita creer que si poseen menos riqueza, tienen en cambio más ingenio e inteligencia para las cosas divinas, que consideran como pertenecientes exclusivamente a ellos». El comercio «no está, pues, ligado a una clase cualquiera de religión; lo ha estado más bien siempre a la parte heterodoxa del conjunto». Preconiza contribuciones públicas en favor de los ladrones, porque es mejor para el público gravarse a sí mismo en provecho de los ladrones que dejarse gravar por ellos. Por el contrario, rechaza los impuestos que transfieren la riqueza de las personas industriosas a los que «no hacen más que comer, beber, cantar, jugar, danzar y hacer metafísica». Las obras de Petty son raras en las librerías y no existen sino esparcidas en ediciones antiguas y malas, cosa tanto más extraña cuanto que William Petty es no solamente el padre de la economía política inglesa, sino también el antepasado Henry Petty *alias Marquis of Lansdowne*, el Néstor de los Whigs ingleses. Verdad es que la familia Lansdowne no sabría publicar una edición completa de las obras de Petty sin que les precediera una biografía, y aquí sí que encaja, como en la mayor parte de los orígenes de las grandes familias whigs, la frase sabida: *the less said of them the better* (cuanto menos se diga de ellos, mejor). El cirujano del ejército, audaz pensador, pero sustancialmente frívolo como hombre, tan dispuesto a la rapiña en Irlanda bajo la égida de Cromwell como decidido a arrastrarse para obtener de Carlos II el título de

como para su compatriota Hobbes, esta concepción del origen de la riqueza material no queda más o menos estéril, sino que le conduce a la *Aritmética Política*, primera forma bajo la cual la economía política se destaca como ciencia independiente.

Sin embargo, toma el valor de cambio por lo que éste *parece* ser en el proceso de cambio de las mercancías como dinero, y el dinero mismo por una mercancía existente: el oro y la plata. Imbuido por las nociones del sistema monetario, declara que la clase particular de trabajo concreto que proporciona oro y plata es trabajo que crea valor de cambio. Estima, efectivamente, que el trabajo burgués no tiene que producir valor de uso inmediato, sino una mercancía, un valor de uso capaz, por su enajenación, de manifestarse en el proceso de cambio bajo la forma de oro y plata, o sea dinero, valor de cambio, trabajo general objetivado. Su ejemplo, por otra parte, es una prueba concluyente de que se puede a la vez reconocer el trabajo como fuente de la riqueza material y desconocer la forma social particular bajo la cual el trabajo es origen del valor de cambio.

Boisguilleberf reduce, por su parte, si no de manera consciente, por lo menos de hecho, el valor de cambio de una mercancía a tiempo de trabajo, determinando «el justo valor», por la exacta proporción en que el tiempo de trabajo de los individuos se encuentra repartido entre las distintas ramas de la industria y representa la libre competencia como proceso social que crea esa justa proporción. Al mismo tiempo, y en contraste con Petty, combate al dinero con fanatismo, porque con su intervención turba el equilibrio natural o la armonía del cambio de las mercancías, y, cual Moloch fantástico, pide en sacrificio toda la riqueza natural. Pero, si por una parte esta polémica contra el dinero se relaciona con circunstancias históricas determinadas, puesto que Boisguillebert hace la guerra a la pasión del oro ciegamente destructora de la corte de un Luis XIV²⁵, de sus arrendatarios generales y de su nobleza, mientras que Petty exalta en la pasión del oro el impulso enérgico que lleva a un pueblo a desarrollar la industria y conquistar el mercado universal, se manifiesta aquí, no obstante, el profundo antagonismo de principios que se vuelve a encontrar como un contraste permanente entre la

barón, indispensable en el pillaje, es un retrato de antepasado que no resulta muy conveniente para exponerlo públicamente. Además Petty, en la mayor parte de los escritos que publicó, intenta demostrar que Inglaterra había llegado a su apogeo bajo Carlos II, opinión heterodoxa para los explotadores hereditarios de la *Glorious revolution*.

²⁵ En contraposición al «arte negro de las finanzas» de la época. Boisguillebert dice: «La ciencia financiera no es más que el conocimiento profundo de los intereses de la agricultura y del comercio» (*Le détail de la France*, 1697. Edición Eugene Daire, *Economistes financiers du XVIII^e siècle*, París, 1843, vol. I. pág. 241.)

verdadera economía inglesa y la verdadera economía francesa²⁶.

Boisguillebert, en efecto, no tiene presente sino el contenido material de la riqueza, el valor de uso, el disfrute²⁷, la forma burguesa del trabajo -la producción de los valores de uso en calidad de mercancías y el proceso de cambio de éstas- es para él la forma social natural en que el trabajo individual alcanza este fin. Cuando el carácter específico de la riqueza burguesa se le revela en el dinero, cree entonces en la injerencia de elementos usurpadores extraños y se indigna contra el trabajo burgués bajo una de sus formas, alabándolo en cambio como utopista bajo otra de ellas²⁸. Boisguillebert nos ofrece la prueba de que se puede considerar el tiempo de trabajo como medida del valor de las mercancías, y, sin embargo, confundir el trabajo objetivado en valor de cambio de ellas y medido con el tiempo, con la actividad natural inmediata de los individuos.

El primer análisis consciente y de una claridad casi banal del valor de cambio es debido a un hombre del Nuevo Mundo, donde las relaciones burguesas de producción, importadas al mismo tiempo que sus agentes, crecían rápidamente en un terreno que compensaba con una superabundancia de *humus* su falta de tradición histórica. Este hombre es *Benjamin Franklin*, que en el primer trabajo de su juventud, escrito en 1719 y editado en 1721, formulaba la ley fundamental de la economía política moderna²⁹. Afirma la necesidad de buscar una medida de los valores distinta de los metales preciosos. Esta medida sería el trabajo. «Por medio del trabajo se puede medir el valor del dinero tan bien como el de cualquier otra cosa. Supongamos, por ejemplo, que un hombre se ocupe en producir trigo, mientras que otro extrae y purifica la plata. Al fin del año o de cualquier otro período de tiempo determinado, el producto total de trigo y el de plata son los precios

naturales del uno y del otro, y si el producto del uno es de 20 fanegas y el del otro 20 onzas, una onza de plata vale el trabajo empleado en la producción de una fanega de trigo. Pero supongamos que por el descubrimiento de minas más próximas, más accesibles y de mayor rendimiento pueda un hombre producir ahora 40 onzas de plata con la misma facilidad que las 20 onzas de antes y que el trabajo que era necesario para producir las 20 fanegas de trigo permanezca invariable; en estas condiciones, dos onzas de plata no valdrán más que el mismo trabajo empleado en la producción de una fanega de trigo, y esta fanega que antes valía una onza valdrá ahora dos, *caeteris paribus*. De modo que la riqueza de un país debe ser estimada teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que sus habitantes pueden comprar.»³⁰ Como los economistas, Franklin considera el trabajo unilateralmente como medida de los valores. La transformación de los productos reales en valores de cambio se entiende, entonces por sí sola, y se trata, pues, únicamente de encontrar una medida para la magnitud de su valor. «El comercio -dice-, como no es, en general, otra cosa que el cambio de trabajo por trabajo, por medio de éste se fija lo más exactamente el valor de las cosas»³¹. Si aquí se reemplaza la palabra trabajo por trabajo real, se descubre en seguida que hay confusión de trabajo de una forma con el trabajo de otra. Por el hecho de que el comercio, por ejemplo, consista en el cambio de trabajo de zapatero, de minero, de tejedor, de pintor, etc., ¿queda el valor de las botas valorado lo más exactamente en trabajo de pintor? Franklin pensaba, por el contrario, que el valor de las botas, de los productos mineros, de los hilados, de los cuadros, etc., está determinado por trabajo abstracto, que no posee cualidad especial y se puede medir, por tanto, mediante de la simple cantidad³². Pero no desarrolla el trabajo contenido en el valor de cambio como trabajo general abstracto, como trabajo social que procede de la enajenación universal de trabajos individuales, y forzosamente equivocado, ve en la moneda la forma de existencia inmediata de este trabajo enajenado. Por eso el dinero y el trabajo creador del valor de cambio no tienen para él conexión interna, sino que el dinero es más bien un instrumento introducido en el cambio desde fuera para comodidad técnica³³. El análisis del valor de cambio hecho por Franklin no influyó de una manera

²⁶ No en la economía de los países latinos, pues los italianos, en las dos escuelas napolitana y milanesa, renuevan la oposición entre la economía inglesa y la francesa, mientras que los españoles de la época anterior, o bien son simples mercantilistas, y mercantilistas modificados, como Ustáriz, o bien, como Jovellanos (véanse sus Obras. Barcelona, 1839-1840), sostienen, con Adam Smith, el «justo medio».

²⁷ «La verdadera riqueza..., disfrute completo, no solamente de las necesidades de la vida, sino de todo lo superfluo y de todo cuanto puede agradar a la sensualidad.» (Boisguillebert, *Dissertation sur la nature de la richesse*, etc., pág. 403.) Si Petty era un aventurero frívolo, rapaz y sin carácter, Boisguillebert, aunque intendente de Luis XIV, defendió a las clases oprimidas con tanto valor como inteligencia.

²⁸ El socialismo francés bajo la forma proudhoniana padece la misma enfermedad racional hereditaria.

²⁹ Franklin B., *The works of*, etc., ed. I. Sparks, vol. II, Boston, 1836: *A modest inquiry into the nature and necessity of a paper currency*.

³⁰ «Thus the riches of a country are to be valued by the quantity of labour its inhabitants are able to purchase» (pág. 265).

³¹ «Trade in general being nothing else but the exchange of labour for labour, the value of all things is, as I said before, most justly measured by labour» (pág. 267).

³² «Remarks and facts relative to the American paper money», (1764).

³³ Véase «Papers on American politics. Remarks and facts relative to the American paper money», 1764.

inmediata sobre la marcha general de la ciencia porque sólo trataba cuestiones especiales de economía política en determinadas ocasiones prácticas.

La antítesis entre trabajo útil real y trabajo creador de valor de cambio ejerció el ingenio de Europa durante el siglo XVIII bajo la forma del siguiente problema: ¿Qué clase particular de trabajo real es el origen de la riqueza social? Quedaba entendido que todo trabajo que se convierte en valores de uso o facilita productos, no crea inmediatamente la riqueza por este solo hecho. Para los fisiócratas, como para sus adversarios, sin embargo, la cuestión palpitante no consiste en saber qué trabajo crea el *valor*, sino qué trabajo crea la plusvalía. Tratan, pues, el problema bajo una forma complicada antes de haberlo resuelto en su forma elemental. Del mismo modo la marcha histórica de las ciencias conduce siempre por caminos de través, por idas y venidas, a sus verdaderos puntos de partida. A diferencia de los demás arquitectos, la ciencia no construye únicamente castillos en el aire, sino que edifica un cierto número de pisos habitables del edificio antes de haber colocado los cimientos. Sin detenernos más en los fisiócratas, y dejando a un lado toda una serie de economistas italianos, que, con resultados más o menos felices, han presentado el análisis exacto de la mercancía³⁴, fijémonos en el primer británico que ha tratado del sistema general de la economía burguesa: en *Sir James Steuart*³⁵. Según él, las categorías abstractas de la economía política se encuentran aún en vías de separación de su contenido material, y por ello aparecen difusas y oscilantes, y lo mismo ocurre con las del valor de cambio. En cierto lugar determina el valor real por el tiempo de trabajo («what a workman can perform in a day») (lo que un obrero puede realizar en un día); pero, en cambio, junto a esta definición, figuran confusamente el salario y las materias primas³⁶. En otro lugar se debate más penosamente aún contra el contenido material de su tema. Llama a la materia natural contenida en una mercancía, la plata, por ejemplo, contenida en una filigrana, su *valor intrínseco* (intrinsic worth), mientras que designa el tiempo de trabajo que contiene, como su valor útil (useful value).

³⁴ Galiani, *Della moneta*, vol. III. *Scrittori classici Italiani di Economia politica* (editado por Cuslodi). «La fatica, dice, è l'unica che dà valore alla cosa» (pág. 74). (La fatiga únicamente da valor a las cosas.) Designar el trabajo con la palabra fatica (fatiga) es característico del lenguaje meridional.

³⁵ La obra de Steuart. *An Inquiry into the Principles of Political economy being an essay on the science of domestic policy in free nations* publicado por primera vez en Londres en dos volúmenes en 4.º, en 1767, diez años antes que *Wealth of Nations*, de Adam Smith. Cito de la edición de Dublín de 1770.

³⁶ Steuart, lib. I, págs. 181-183.

«La primera -dice- es algo que es real en sí; el valor de uso, por el contrario, debe de ser valorado teniendo en cuenta el trabajo que ha costado producirlo. El trabajo aplicado a la modificación de la materia representa una porción del tiempo de un hombre. etc.»³⁷. Lo que distingue a Steuart de sus predecesores y de los que le siguen, es que diferencia rigurosamente el trabajo específicamente social que se manifiesta en el valor de cambio y el trabajo real que tiene por objeto los valores de uso. Al trabajo -dice- que por su enajenación crea un equivalente general (*universal equivalent*), lo llamo *industria*. No solamente distingue el trabajo bajo la forma de industria del trabajo concreto, sino también de las demás formas sociales del trabajo. Para él, la industria es la forma burguesa del trabajo en contraste con sus formas antiguas y medievales. Lo que le interesa especialmente es el contraste entre el trabajo burgués y el trabajo feudal; este último lo había observado en su decadencia, tanto en Escocia misma, como en sus viajes por el continente. Naturalmente que Steuart sabía muy bien que en las épocas preburguesas también el producto había revestido la forma de mercancía, y ésta la forma de dinero; pero demuestra detalladamente que la mercancía como forma fundamental elemental de la riqueza y la enajenación como forma dominante de la apropiación, no pertenecen más que al período de producción burguesa, y que el carácter del trabajo que crea el valor de cambio es, por consiguiente, específicamente burgués³⁸.

Después de haber sido sucesivamente declaradas como verdaderas fuentes de la riqueza las formas particulares del trabajo concreto, tales como la agricultura, la Industria, la navegación, el comercio, etc., Adam Smith proclamó el trabajo en general, y, además, bajo su aspecto social total de *división del trabajo*, como la única fuente de la riqueza material o de los valores de uso. Mientras desatiende completamente el elemento natural, éste le persigue en la esfera de la riqueza puramente social, en la esfera del valor de cambio. Sin duda Adam Smith determina el valor de la mercancía por el tiempo de trabajo que contiene, pero para relegar en seguida la realidad de esta determinación del valor a los tiempos preadamitas. En otros términos: lo que le parece cierto desde el punto de vista de la simple mercancía,

³⁷ Steuart, lib. I, págs. 361-362. «Represents a portion of a man's time.»

³⁸ Considera la forma patriarcal de la agricultura aplicada directamente a la producción de los valores de uso para el poseedor del suelo como un «abuso», no en Esparta y en Roma, ni siquiera en Atenas, sino en los países industriales del siglo XVIII. «This abusive agriculture is not trade but a direct means of subsisting». Esta agricultura abusiva no es comercio, sino un medio directo de subsistencia.) Del mismo modo que la agricultura burguesa limpia el país de bocas superfluas, la Industria burguesa limpia la fábrica de manos superfluas.

se le hace oscuro en cuanto ésta es reemplazada por las formas superiores y más complicadas del capital, del trabajo asalariado, de la renta de la tierra. Expresa esto diciendo: el valor de las mercancías era medido por el tiempo de trabajo contenido en las mismas en el *paradise lost* (paraíso perdido) de la burguesía, donde los hombres no se confrontaban aún como capitalistas, obreros asalariados, propietarios rústicos, granjeros, usureros, etc., sino únicamente como simples productores y cambistas de mercancías. Confunde continuamente la determinación del valor de las mercancías por el tiempo de trabajo que contienen, con la determinación de sus valores por el valor del trabajo; vacila al elaborar los detalles y toma la ecuación objetiva que el proceso social establece violentamente entre los trabajos distintos por la igualdad de derecho subjetivo de los trabajos individuales³⁹. Trata de efectuar el tránsito del trabajo real al trabajo que crea el valor de cambio, es decir, al trabajo burgués en su forma fundamental por medio de la *división del trabajo*. Pero, si bien es cierto que el cambio privado supone la división del trabajo, resulta falso decir que la división del trabajo supone el cambio privado. Entre los peruanos, por ejemplo, el trabajo se encontraba extraordinariamente dividido, a pesar de que no se efectuaba cambio privado, cambio de productos en forma de mercancías.

Contrariamente a Adam Smith, David Ricardo elabora con claridad la determinación del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo, y demuestra que esta ley rige hasta en las relaciones de producción burguesa, que son las que en apariencia la contradicen más. Las investigaciones de Ricardo se limitan exclusivamente a la *magnitud del valor*, y en lo que concierne a ésta, presiente, por lo menos, que la realización de la ley depende de determinadas condiciones históricas. Así, dice, que la determinación de la magnitud del valor por el tiempo de trabajo no es válida más que para aquellas mercancías que «pueden ser aumentadas voluntariamente por la industria, y cuya producción

está regida por una competencia ilimitada»⁴⁰. Lo cual, en realidad, significa, únicamente, que la ley del valor supone para su completo desarrollo la sociedad de la gran producción industrial y de la libre competencia, es decir, la sociedad burguesa moderna. Por lo demás, Ricardo considera la forma burguesa del trabajo como la natural y eterna del trabajo social. Según él, el pescador y el cazador primitivos cambian en seguida pescados y caza como poseedores de mercancías proporcionalmente al tiempo de trabajo realizado en estos valores de cambio. A este propósito comete un anacronismo, que consiste en que, para valorar sus instrumentos de trabajo, el pescador y el cazador primitivos consultan las tablas de anualidades en curso en 1817 en la Bolsa de Londres. Los «Paralelogramos del Sr. Owen» parecen ser, para él, la única forma de sociedad, aparte de la forma burguesa. Aunque envuelto en este horizonte burgués, Ricardo hace lo disección de la economía burguesa -la cual es muy distinta en sus profundidades de como aparece en la superficie- con una agudeza teórica tal que Lord Brougham ha dicho de él: «Mr. Ricardo seemed as if he had dropped from another planet.» (El Sr. Ricardo parece que ha caído de otro planeta). Sismondi, en una polémica directa con Ricardo, insiste en el carácter específicamente social del trabajo creador del valor de cambio⁴¹, al mismo tiempo que observa que el «carácter de nuestro programa económico» es reducir la magnitud del valor al tiempo de trabajo *necesario*, «a la relación entre la necesidad de toda la sociedad y la cantidad de trabajo que basta para satisfacer dicha necesidad»⁴². Sismondi no se encuentra ya atrapado en la noción de Boisguillebert, según la cual el trabajo creador del valor de cambio está falsificado por el dinero, sino que, así como Boisguillebert denunciaba al dinero, aquél denuncia al gran capital industrial. Si con Ricardo la economía política saca sin temor sus últimas consecuencias y queda de este modo acabada, con Sismondi cierra esta conclusión, puesto que representa las dudas que aquella tiene de sí misma.

Como Ricardo, al dar su forma acabada a la economía política, ha sido el que más claramente ha formulado y desarrollado la determinación del valor de cambio por el tiempo de trabajo, es natural que sobre él se haya concentrado la polémica de los economistas. Si se le despoja de su forma, a menudo burda⁴³, puede resumirse esta polémica en los puntos

³⁹ Dice Adam Smith: «Se puede decir que cantidades iguales de trabajo tienen en todo tiempo y lugar un valor igual para el trabajador. En su estado normal de fuerza, actividad y preparación y con el grado medio de habilidad que puede poseer, es siempre preciso que dé la misma porción de su reposo, de su libertad y de su dicha. Cualquiera que sea la cantidad de mercancías que obtenga en recompensa de su trabajo, el precio que pague será siempre el mismo. Este precio puede, en efecto, comprar una cantidad mayor o menor de estas mercancías, pero lo que varía es su valor y no el del trabajo con que se compran. Siendo, pues, el trabajo lo único que no varía nunca en su propio valor..., es el precio real de las mercancías.» *Wealth of Nations*, Lib. I, Cap. V.

⁴⁰ Ricardo, *On the principles of political economy and taxation*, tercera edición, Londres, 1821, pág. 3.

⁴¹ Sismondi, *Etudes sur l'Economie politique*, t. II, Bruselas, 1837: «El comercio ha reducido todo al contraste entre el valor de uso y de cambio» (pág. 161).

⁴² Sismondi, págs. 163-166.

⁴³ Resulta quizá la más burda la de las anotaciones de J. B. Say a la traducción francesa por Constancio de Ricardo, y

siguientes:

1.º El trabajo mismo tiene un valor de cambio, y trabajos diferentes tienen distintos valores de cambio. Hacer del valor de cambio la medida de sí mismo es un círculo vicioso, puesto que el valor de cambio que sirve para medir necesitará a su vez una medida. Esta objeción se reduce al problema siguiente: dado el tiempo de trabajo, como medida inmanente del valor de cambio, desarrollar el salario obrero sobre esta base. La respuesta nos la da la teoría del trabajo asalariado.

2.º Si el valor de cambio de un producto es igual al tiempo de trabajo que contiene, el valor de cambio de un día de trabajo es igual a su producto. O el salario del trabajo debe ser igual al producto del trabajo⁴⁴. Pero el caso es que sucede lo contrario. *Ergo*. Esta objeción se reduce al problema: ¿Cómo es que la producción, sobre la base del valor de cambio creado por el solo tiempo de trabajo conduce al resultado de que el valor de cambio del trabajo es menor que el valor de cambio de su producto? Resolveremos este problema en el estudio del capital.

3.º Los precios de venta de las mercancías bajan o suben respecto de su valor de cambio con arreglo a la relación variable de la oferta y de la demanda. *Precisamente por esto* es por lo que el valor de cambio de las mercancías está determinado por la relación entre la oferta y la demanda y no por el tiempo de trabajo contenido en ellas. Esta conclusión singular no hace más que renovar la pregunta: ¿Cómo es que sobre la base del valor de cambio se desarrolla un precio de venta distinto de dicho valor?; o más exactamente: ¿cómo es que la ley del valor de cambio no se realiza sino en perjuicio propio? Este problema está resuelto en la teoría de la competencia.

4.º La última contradicción, la que más sorprende en apariencia, cuando no está expuesta, como es corriente, en forma de ejemplos raros, es la siguiente: Si el valor de cambio no es otra cosa que el tiempo

de trabajo contenido en una mercancía, ¿cómo pueden poseer valor de cambio las mercancías que no contienen trabajo? O en otros términos: ¿De dónde procede el valor de cambio de las simples fuerzas de la naturaleza? Este problema se halla resuelto en la teoría de la renta de la tierra.

CAPITULO II. EL DINERO O LA CIRCULACIÓN SIMPLE

En un debate parlamentario sobre las *Bank-Acts* de Sir Robert Peel, introducidas en 1844 y 1845, Gladstone hacía notar que la especulación sobre la esencia del dinero ha hecho perder la cabeza a más personas que el amor. Hablaba de británicos a los británicos. Por el contrario, los holandeses, gentes que, sin hacer caso de las dudas de Petty, han poseído siempre un ingenio «celeste» para las especulaciones con el dinero, no han perdido nunca la cabeza en semejante menester.

La dificultad capital del análisis de la moneda se ha vencido tan pronto como se ha llegado a comprender que ésta tiene su origen en la misma mercancía. Supuesto esto, no se trata más que de concebir claramente sus formas particulares determinadas, lo cual resulta algo difícil, porque todas las relaciones burguesas, «doradas» o «plateadas», aparecen como relaciones monetarias, y la forma de dinero, por consiguiente, parece poseer un contenido infinitamente diversificado, que le es extraño.

En el estudio que sigue conviene retener que se trata solamente de las formas del dinero que nacen inmediatamente del cambio de las mercancías, y no de las que pertenecen a un grado más elevado del proceso de producción, como, por ejemplo, la moneda de crédito. Con el fin de simplificar, se supone siempre que el oro es la mercancía-dinero.

I. Medida de los valores

El primer proceso de la circulación es una especie de proceso teórico preparatorio de la circulación real. Las mercancías que existen como valores de uso se crean en primer lugar la forma bajo la cual se *aparecen* idealmente unas a otras como valor de cambio, como cantidades determinadas de tiempo de trabajo general objetivado.

Ya hemos visto que el primer acto necesario de este proceso consiste en que las mercancías excluyan a una específica, supongamos el *oro*, como materia inmediata del tiempo de trabajo general, o equivalente general. Volvamos, por un momento, a la forma bajo la cual las mercancías transforman el oro en dinero.

1 tonelada de hierro = 2 onzas de oro

1 fanega de trigo = 1 onza de oro

1 quintal de café = 1/4 de onza de oro

1 quintal de potasa = 1/2 onza de oro

1 tonelada de madera = 1 1/2 onzas de oro

la más pedantemente pretenciosa la de la *Theory of Exchange*, Londres. 1858. del Sr. Mac Leod.

⁴⁴ Esta objeción hecha a Ricardo por los economistas burgueses fue renovada más tarde por los socialistas. Supuesta la corrección teórica de la fórmula, se reprochó a la práctica que contradecía la teoría y se invitó a la sociedad burguesa a sacar prácticamente la pretendida consecuencia de su principio teórico. Por lo menos de este modo, los socialistas ingleses tergiversaron la fórmula del valor de cambio contra la economía política. Corresponderla a Proudhon no solamente proclamar el principio fundamental de la antigua sociedad como principio de la sociedad nueva, sino hasta hacerse pasar por el inventor de la fórmula en la que Ricardo ha resumido el resultado total de la economía clásica inglesa. Se ha demostrado que hasta la interpretación utopista de la fórmula de Ricardo había caldo en el olvido cuando Proudhon la «descubrió» desde el otro lado del Canal de la Mancha. (Véase mi libro *Misere de la Philosophie*, etc., París, 1847. párrafo sobre el valor constituido.)

Y mercancía = X onzas de oro

En esta serie de ecuaciones, el hierro, el trigo, el café, la potasa, etc., se manifiestan unas a otras como materialización de trabajo uniforme, es decir, como trabajo materializado en oro, en el que está completamente eliminada toda particularidad de los trabajos reales representados en sus diferentes valores de uso. Como valor, son idénticas, son materialización del *mismo* trabajo o la misma materia de trabajo: oro. Como materialización uniforme del mismo trabajo, no presentan más que una diferencia, una diferencia cuantitativa; son valores de magnitudes distintas, porque sus valores de uso contienen un tiempo *desigual* de trabajo. Como mercancías aisladas, se relacionan unas con otras como objetivación del tiempo de trabajo general, relacionándose con éste como con una mercancía excluida: el oro. La misma relación evolutiva mediante la cual representan valores de cambio las unas para las otras, expresa también el tiempo de trabajo contenido en el oro como tiempo de trabajo general, del que una cantidad determinada se expresa en cantidades distintas de hierro, trigo, café. etc.; en resumen: se expresa en los valores de uso de todas las mercancías o se desarrolla inmediatamente en la interminable serie de los equivalentes mercancías. Como todas ellas expresan sus valores de cambio en oro, éste expresa inmediatamente su valor de cambio en todas las mercancías. Dándose a sí mismas y unas con respecto a otras la forma de valor de cambio, las mercancías dan al oro la forma de equivalente general, o de dinero.

Precisamente porque *todas* las mercancías miden en oro sus valores de cambio, según la relación proporcional en la cual una cantidad determinada de oro y otra de mercancías contienen el mismo tiempo de trabajo, el oro se convierte en *medidas de valores*, y únicamente en virtud de esta función de medida de valores, en la que su propio valor se mide directamente en el círculo entero de los equivalentes de mercancías, se convierte en equivalente general o dinero. Por otra parte, el valor de cambio de todas las mercancías se expresa ahora en oro. Hay que distinguir en esta expresión un elemento cualitativo y otro cuantitativo. El valor de cambio de la mercancía existe como materialización de un mismo tiempo de trabajo homogéneo; la magnitud de valor de la mercancía está completamente representada, puesto que en la relación proporcional en que las mercancías están puestas en ecuación con el oro, también lo están unas con otras. Por una parte, aparece el carácter *general* del tiempo de trabajo que contienen, por otra aparece la cantidad de este tiempo de trabajo en su equivalente oro. El valor de cambio de las mercancías, expresado así, a la vez como equivalencia general y como grado de esta equivalencia en una mercancía específica o en una sola ecuación de las mercancías con otra específica,

es el *precio*. El precio es la forma metamorfoseada, bajo la cual *aparece* el valor de cambio de las mercancías dentro de los límites del proceso de circulación.

Por el mismo proceso en virtud del cual las mercancías expresan sus valores como precio oro, expresan también el oro como medida de los valores, y, por lo tanto, como moneda. Si aquéllas midieran universalmente sus valores en plata, en trigo o en cobre, y los representaran, por consiguiente, como precio plata, precio trigo o precio cobre, plata, trigo y cobre se convertirían en medida de valores, y, por tanto, en equivalente general. Para que las mercancías aparezcan en la circulación bajo la forma de precio, se las supone como valores de cambio. El oro no llega a ser medida de valores, sino porque todas las mercancías estiman en él su valor de cambio. Pero la universalidad de esta progresiva relación, la única de donde obtiene el oro su carácter de medida, presupone que cada mercancía aislada se mide en oro, proporcionalmente al tiempo de trabajo contenido en uno y otra o sea que la verdadera medida entre mercancía y oro es el trabajo mismo, o que la mercancía y el oro son iguales como valores de cambio por el trueque directo.

En la esfera de la circulación simple no podemos exponer cómo puede establecerse prácticamente esta ecuación. Pero es evidente que en los países productores de oro y plata se incorpora directamente un tiempo de trabajo determinado a una cantidad también determinada de oro y plata, mientras que en los países que no producen oro ni plata se obtiene el mismo resultado indirectamente, por medio de un cambio directo o indirecto de mercancías del país; es decir, cambiando una porción determinada de trabajo nacional medio, por un «quantum» también determinado de tiempo de trabajo concretado en oro y plata de los países mineros. Para poder servir como medida de valores, el oro debe de ser virtualmente un valor *variable*, puesto que solamente como tiempo de trabajo materializado puede el oro convertirse en equivalente de otras mercancías, y porque el mismo tiempo de trabajo se realiza, sin embargo, siguiendo la variación de las fuerzas productoras del trabajo real, en volúmenes distintos de los mismos valores de uso. Cuando se evalúan todas las mercancías en oro, lo mismo que cuando se representa el valor de cambio de cada mercancía en el valor de uso de otra, se supone que el oro, en un momento determinado, representa un «quantum» dado de tiempo de trabajo. En cuanto al cambio de valor del oro, se rige por la ley de los valores de cambio que hemos desarrollado antes. Si el valor del oro permanece constante, no es posible un alza general de precios sino en el caso de que haya un alza de los valores de cambio de todas las mercancías. Lo contrario ocurre en el caso de una baja general de los precios de las mercancías. Si el valor de una onza de oro aumenta o disminuye,

porque el tiempo de trabajo necesario para su producción varía, disminuye o aumenta *uniformemente* para todas las mercancías y, por consiguiente, dicha onza representa respecto a todas éstas, lo mismo antes que ahora, un tiempo de trabajo de magnitud determinada. Los mismos valores de cambio se estiman ahora como cantidad de oro más grandes o más pequeños que antes; pero se estiman en relación a sus magnitudes de valor y conservan, por tanto, la misma relación de valor los unos respecto a los otros. La relación de 2 : 4 : 8 es la misma que 1 : 2 : 4 ó que 4 : 8 : 16. La distinta cantidad de oro en que se estiman los valores de cambio siguiendo la variación del oro, no le impide servir de medida de valor, como tampoco el valor quince veces menor de la plata con relación al oro impide a aquélla que pueda sustituir al oro en esta función. Siendo el tiempo de trabajo la medida entre el oro y la mercancía y convirtiéndose aquél en medida de valores únicamente cuando todas las mercancías se miden con él, es una simple apariencia del proceso de la circulación la que hace creer que es dinero la que convierte a la mercancía en conmensurable⁴⁵. Es más bien la conmensurabilidad de las mercancías como tiempo de trabajo materializado la que convierte al oro en dinero.

El aspecto concreto que revisten las mercancías en el proceso de cambio es el de sus valores de uso. Llegarán a ser equivalente general real gracias a su enajenación. La determinación de su precio y su transformación puramente ideal en equivalente general constituye una ecuación con el oro que hay que realizar. Pero como en sus precios las mercancías no se transforman en oro más que idealmente, como no se convierten más que en oro maginario, y como su modo de ser bajo la forma de dinero no está todavía separado realmente de su verdadero modo de

ser, el oro no se ha transformado aún más que en dinero ideal, no es todavía más que medida de valores, les cantidades determinadas de oro no sirven todavía más que de denominaciones para las cantidades dadas de tiempo de trabajo. La forma determinada bajo la cual el oro cristaliza en dinero depende en cada caso del modo determinado según el cual las mercancías manifiestan unas a otras su propio valor de cambio.

Las mercancías se confrontan ahora bajo un doble aspecto; son reales como valores de uso, ideales como valores de cambio. La doble forma de trabajo que contienen se manifiesta en que el trabajo concreto particular, que es su valor de uso, existe realmente, mientras que el tiempo de trabajo general-abstracto adquiere en el precio de las mercancías una existencia imaginaria en la que éstas son materia uniforme de la misma sustancia de valor y diferentes solamente por la cantidad.

La diferencia entre el valor de cambio y el precio aparece, por una parte, como puramente nominal; el trabajo, dice Adam Smith, es el precio real; el dinero es el precio nominal de las mercancías. En lugar de valorar una fanega de trigo en treinta jornadas de trabajo, se valora ahora en una onza de oro, siempre que una onza de oro sea el producto de treinta jornadas de trabajo. Por otra parte, esta diferencia se halla tan lejos de ser una simple diferencia de nombre, que en ella, por el contrario, están concentrados todos los peligros que amenazan a la mercancía durante el proceso de circulación real. Las treinta jornadas de trabajo están incorporadas a la fanega de trigo; por tanto, no hay necesidad de que éste se halle representado en tiempo de trabajo. Pero el oro es una mercancía distinta del trigo y únicamente en la circulación es donde se puede comprobar si la fanega de trigo se convierte realmente en oro, como así parecía anticiparse en su precio. Esto depende de que su valor de uso se confirme o no, según se compruebe o no que la cantidad de tiempo de trabajo que contiene es la cantidad que emplea necesariamente la sociedad para producir una fanega de trigo. La mercancía, como tal, es valor de cambio, posee un precio. En esta diferencia entre valor de cambio y precio se ve que el trabajo particular, individual, que contiene la mercancía, debe de manifestarse exclusivamente en el proceso de la enajenación como su opuesto, como trabajo general-abstracto, impersonal, y que no es trabajo social sino bajo esta forma, es decir, como dinero. Que sea o no susceptible de manifestarse así parece cosa fortuita. Aunque en el precio, el valor de cambio de la mercancía no adquiera sino idealmente una existencia diferente de ella, y aunque el doble carácter del trabajo que contiene no sea más que un modo distinto de expresión; aunque, por otra parte, la materia del tiempo de trabajo general, el oro, no se enfrente con la mercancía real sino a título de medida

⁴⁵ Ciertamente que Aristóteles ve que el valor de cambio de las mercancías se presupone en su precio: «Está claro que el cambio ha existido antes que el dinero, pues es indiferente que se den cinco jergones por una casa, o tanto dinero como valgan los jergones.» Por otra parte, como las mercancías no adquieren sino en el precio la forma de valor de cambio unas respecto de otras, las hace conmensurables mediante el dinero. «Por ello, precisamente, todo debe ser apreciado. En tales circunstancias, el cambio puede tener lugar siempre, y con él puede existir la comunidad. El dinero, por ser una medida, hace todo conmensurable e igual. Sin el cambio no habría comunidad y sin igualdad no existiría el cambio y sin conmensurabilidad no podría haber igualdad.» No se le oculta que estos objetos distintos medidos por medio del dinero son magnitudes completamente inconmensurables. Lo que busca es la unidad de las mercancías como valores de cambio, que no podía encontrar por su cualidad de griego antiguo. Sale del apuro haciendo conmensurable mediante el dinero, en la medida que lo exige la necesidad práctica, lo que de por sí no lo es. (Arist., *Ethic, Nicom.*, cap. VIII, edición Bekkeri, Oxonii, 1837.)

figurada de valor, sin embargo, en la existencia del valor de cambio como precio, o del oro como medida de valor, está contenida la necesidad de la enajenación de la mercancía por oro sonante, la posibilidad de su no-enajenación, en una palabra, toda la contradicción resultante de que el producto sea mercancía o de que el trabajo especial del individuo privado debe, para producir un efecto social, manifestarse en su inmediato opuesto, el trabajo general-abstracto. Por eso los utopistas que quieren la mercancía pero no dinero, la producción basada en el cambio privado sin las condiciones necesarias de esta producción, son consecuentes cuando «aniquilan» dinero, no solamente bajo su forma palpable, sino sobre la forma etérea y quimérica de medida de valores. En la indivisible medida de los valores se halla emboscado el dinero sólido.

Dando por supuesto el proceso en virtud del cual el oro se ha convertido en medida de valores y el valor de cambio en precio, las mercancías no son ya más que imaginarias cantidades de oro de diversa magnitud. Precisamente porque son tales cantidades de una misma cosa, del oro, se igualan, se comparan y se miden entre sí, y así se desarrolla de una manera técnica la necesidad de relacionarlas con una cantidad determinada de oro considerada como *unidad de medida*. Esta unidad de medida se convierte en patrón porque se divide en partes alícuotas y éstas a su vez en otras nuevas⁴⁶. Pero las cantidades de oro como tales se miden mediante el peso. El patrón existe ya en las medidas generales de pesos de los metales, las cuales sirven también originalmente como patrón de precios en toda circulación metálica. Como consecuencia del hecho de que las mercancías no se relacionen ya unas con otras como valores de cambio que deban de medirse por el tiempo de trabajo, sino como magnitudes de la misma denominación, medidas en oro, éste se transforma de *medida de los valores* en *patrón de precios*. La mutua comparación de los precios de las mercancías como cantidades distintas de oro cristaliza así en las cifras señaladas en una cantidad de oro imaginaria y que le representan como patrón de partes alícuotas. El oro, como medida de valores y como patrón de precios, tiene una forma determinada completamente distinta y la confusión de una y otra

⁴⁶ El hecho singular de que la unidad de medida de la moneda inglesa, la onza de oro, no esté subdividida en partes alícuotas, se explica del modo siguiente: «En su origen nuestra moneda estaba adaptada exclusivamente a la plata; por eso, una onza de plata puede siempre ser dividida en un número de partes alícuotas; pero habiendo sido introducido el oro en un periodo posterior, en un sistema de moneda adaptado exclusivamente a la plata, una onza de oro no podría ser acuñada en un número de monedas alícuotas.» Mac Laren, *History of the currency*, pág. 16. Londres. 1858.

ha originado las más extravagantes teorías. El oro es medida de valores porque es tiempo de trabajo materializado; es patrón de precios porque es un determinado peso de metal. El oro se convierte en medida de valores porque está relacionado proporcionalmente como valor de cambio con las mercancías en cuanto valores de cambio; en el patrón de precios, un «quantum» de oro determinado sirve de unidad a otros «quanta» de oro. El oro es medida del valor porque su valor es variable; es patrón de precios porque es fijo como unidad invariable de peso. En este caso, como en todos aquellos en que se determina la medida de magnitudes de la misma denominación, la fijeza y la precisión de las relaciones de medida son decisivas. La necesidad de fijar un «quantum» de oro como unidad de medida y partes alícuotas como subdivisiones de esta unidad, ha hecho pensar que un «quantum» de oro determinado, cuyo valor es naturalmente variable, se relacionaba como valor fijo con los valores de cambio de las mercancías. Se olvidaba que los valores de cambio de las mercancías están transformados en «quanta» de oro antes de que éste se desarrolle como patrón de precios. Cualesquiera que sean las variaciones del valor del oro, cantidades distintas de oro representan siempre entre sí la misma relación de valor: si el valor del oro bajase 1.000 por 100,12 onzas de oro tendrían ahora, como antes, un valor doce veces mayor que una onza de oro, y en los precios lo interesante es la relación de las diferentes «quanta» de oro entre sí. Como, por otra parte, una onza de oro no cambia de peso porque su valor suba o baje, el peso de sus partes alícuotas tampoco cambiará, y de este modo el oro como patrón fijo de precios rinde siempre el mismo servicio, cualquiera que sea la variación de su valor⁴⁷.

Del mismo modo que ocurrió con un proceso histórico que explicaremos más adelante al hablar de la naturaleza de la circulación metálica, se conservó el mismo nombre de peso para un peso siempre decreciente de los metales preciosos en su función de patrón de precios. Así, la libra esterlina inglesa designa un tercio menos de su peso original; la libra

⁴⁷ «El dinero puede continuamente cambiar de valor y servir, sin embargo, de medida de valor tan bien como si permaneciese perfectamente estacionario. Suponed, por ejemplo, que su valor haya bajado. Antes de la baja, una guinea hubiera comprado 3 fanegas de trigo ó 6 días de trabajo; después, solamente hubiera comprado 2 fanegas de trigo ó 4 días de trabajo. En los dos casos, dadas las relaciones del trigo y del trabajo con el dinero, pueden deducirse las suyas recíprocas; en otros términos, podemos hacer constar que una fanega de trigo vale 2 días de trabajo. Esto es lo que significa medir el valor y puede hacerse lo mismo antes que después de la baja. La excelencia de una cosa como medida de valor es completamente independiente de la variabilidad de su propio valor.» (Bayley, *Money and its vicissitudes*, pág. 11. Londres, 1837).

anterior a la Unión no designaba más que 1/36; la libra francesa, 1/74; el maravedí español, menos de 1/1000; el reis portugués, una proporción aún mucho menor. Así es como los nombres monetarios de los pesos de los metales se separaron históricamente de sus nombres generales de pesos⁴⁸. Siendo, por una parte, puramente convencional la determinación de la unidad de medida, de sus partes alícuotas y de los nombres de éstas, y debiendo, por otra parte, poseer en la circulación el carácter de universalidad y de necesidad, era preciso que aquella determinación tomase determinación legal. La operación puramente formal correspondió, pues, a los gobiernos⁴⁹. El metal determinado que servía de materia al dinero estaba dado socialmente. En países distintos, el

⁴⁸ «Le monete le quali oggl sono ideali sono le piu antiche d'ogni nazione, e tutti furono un tempo reali; e perche erano reali con essi si contava.» (Las monedas que hoy son ideales son las más antiguas de cada nación, y todas eran reales en cierta época (esta última afirmación no es exacta en un sentido tan lato), y porque eran reales se contaban.) (Galiani, *Delia moneta*, pág. 153).

⁴⁹ El romántico A. Müller dice: «En nuestra opinión, todo soberano independiente posee el derecho de designar la moneda de metal, atribuirle un valor nominal, un rango, un estado y una ley» (A. H. Müller, *Die Elemente der Staasthunst*, pág. 276, vol. II. Berlín, 1809.) En cuanto a la ley de la moneda, el señor consejero áulico tiene razón: olvida únicamente el contenido. El párrafo siguiente será una muestra de cuán confusas eran sus «ideas»: «Todo el mundo comprende la importancia que tiene la determinación exacta del precio monetario, sobre todo en un país como Inglaterra, donde el Gobierno, con una liberalidad grandiosa, fabrica gratuitamente la moneda (Müller parece que cree que el Gobierno inglés sufragaba los gastos de acuñación de su propio bolsillo), donde no cobra derecho de señorío, etc., y, por tanto, si estableciese el precio monetario del oro muy por encima del precio de mercado, si en lugar de pagar ahora 1 onza de oro con 3 libras 17 s. 10 1/2 d., fijase el precio monetario de una onza de oro en 3 libras 19s. todo el dinero afluiría a la Casa de la Moneda y el dinero que saliese de ésta sería cambiado en el mercado por el oro más barato, y éste volvería de nuevo a la Casa de la Moneda y el desorden se adueñaría del sistema monetario» (págs. 280-281). Para mantener el orden en la moneda inglesa, el Sr. Müller cae en el «desorden», Mientras que shillings y pence no son más que partes determinadas de una onza de oro, representadas por fichas de plata y cobre, Müller se imagina que la onza de oro está estimada en oro, plata y cobre, y de este modo hace obsequio a los ingleses de un triple *Standard of value* (patrón de valor). El empleo de la plata como medida monetaria al lado del oro fue abolido formalmente en 1816 por 56, Jorge III, c. 68 [la 68.ª ley del 56.º año del reinado de Jorge III]. Legalmente lo había sido ya en 1734 por 14, Jorge II, c. 42, y prácticamente mucho antes de esta época. Dos circunstancias han influido especialmente en Müller para que tenga una concepción llamada superior de la economía política. Por una parte, su ignorancia grande en cuestiones económicas y por la otra, su actitud de simple aficionado entusiasta respecto de la filosofía.

patrón legal de precios es, naturalmente, diferente. En Inglaterra, por ejemplo, la onza como peso de metal está dividida en *pennyweight*, *grains* y *carats troy*, pero como unidad de medida de la moneda, se halla dividida en 3 7/8 *sovereigns*, el *sovereign* en 20 shillings, el shilling en 12 *pence*, de modo que 100 libras de oro de 22 quilates (1.200 onzas), equivalen 4.672 *sovereigns* y 10 shillings. Sin embargo, en el mercado mundial, donde las fronteras desaparecen, estos caracteres nacionales de medidas de la moneda desaparecen también y dejan paso a las medidas generales de pesos de los metales.

El precio de una mercancía o el «quantum» de oro en que está idealmente metamorfoseada, se expresa ahora en los nombres monetarios del patrón oro. En lugar de decir que la fanega de trigo es igual a una onza de oro, se diría en Inglaterra, que es igual a 3 libras 17 chelines 10 1/2 peniques. Todos los precios se expresan así en las mismas denominaciones. La forma especial que da a la mercancía su valor de cambio queda transformada en *denominaciones monetarias* con las cuales se dicen unas a otras lo que valen. Por su parte, el dinero se convierte en *dinero contante*⁵⁰.

La transformación de la mercancía en moneda contante, imaginativamente, verbalmente, gráficamente, tiene lugar cada vez que una clase cualquiera de riqueza queda determinada desde el punto de vista del valor de cambio⁵¹. Esta transformación exige la materia oro; pero únicamente como materia figurada. Para estimar el valor de 1.000 balas de algodón en un número determinado de onzas de oro y expresar después este número de onzas con los nombres contantes de la misma, en libras, chelines y peniques, no hace falta ni un solo átomo de oro efectivo. Antes de la Bank-Act (1845) de Sir Robert Peel, no circulaba en Escocia ni una sola onza de oro, aunque ésta, expresada como patrón contante inglés en 3 libras 10 chelines 1/2 peniques, servía como medida legal de los precios. Así es también como el dinero sirve de medida de precios en el cambio de mercancías entre Siberia y China, aunque el comercio no sea en realidad más que un trueque. En cuanto a la moneda, como tal moneda contante, es indiferente, por tanto, que su unidad de medida o las fracciones de ésta estén o no acuñadas. En Inglaterra, en tiempos de Guillermo el Conquistador, una libra, que entonces era de plata pura y el chelín 1/20 de

⁵⁰ Como preguntasen a Anacharsis para qué servía el dinero entre los griegos, respondió: «Lo utilizan para contar», (*Athen, Deipn.* 1, IV, 49, v. 2 ed. Schwelghäuser, 1802).

⁵¹ G. Garnier, uno de los primeros traductores franceses de Adam Smith, ha tenido la curiosa idea de establecer una proporción entre el uso de la moneda contante y el de la moneda real. La proporción es de 10 a 1. (G. Garnier, *Historia de la moneda desde la más remota antigüedad*, etc., t. I, pág. 78.)

libra no existía sino como moneda contante, mientras que el penique 1/240 de libra de plata, era la mayor moneda de plata. En la Inglaterra actual, por el contrario, no existen ni chelines ni peniques, aunque éstos sean los nombres contantes legales de partes determinadas de una onza de oro. La moneda como tal moneda contante puede, en general, no existir más que idealmente, en tanto que el dinero que realmente existe está acuñado con arreglo a otro patrón completamente distinto. En muchas colonias inglesas de Norteamérica, la moneda circulante consistía hasta bastante antes del siglo XVIII en monedas españolas y portuguesas, mientras que la moneda contante era por todas partes la misma que en Inglaterra⁵².

Precisamente porque el oro, como patrón de precios, se presenta con los mismos nombres que los precios de las mercancías, y porque una onza de oro, lo mismo que una tonelada de hierro, está expresada en 4 libras 17 chelines 10 1/2 peniques, se ha dado a estas expresiones el nombre de *precio monetario*. Esto es lo que ha originado la peregrina noción de que el valor del oro podía ser expresado en su propia sustancia y que, a diferencia de los demás mercancías, recibía del Estado un *precio fijo*. Se confundía la fijación de los nombres de moneda contante por medio de pesos determinados de oro, con la fijación del valor de estos pesos⁵³. Cuando el oro sirve de elemento para la determinación del precio y, por tanto, de moneda contante, no solamente no tiene precio fijo, sino que *carece* de precio. Para que se expresase en una mercancía *específica* como el equivalente general, sería preciso que esta otra mercancía representase en el proceso de circulación el mismo papel exclusivo que el oro. Pero dos mercancías que excluyen a todas las demás se excluyen mutuamente. En todos los lugares en donde el oro y la plata se mantienen legalmente a título de moneda, es decir, como medida de valor, se ha intentado siempre en vano tratarlos como a una *misma y única materia*. Suponer que la misma cantidad de trabajo se objective inmutablemente en la misma proporción de oro y de plata, es suponer en

realidad, que el oro y la plata son la misma sustancia y que un «quantum» dado de plata, del metal que vale menos, es una fracción inmutable de un «quantum» dado de oro. Desde el reinado de Eduardo III hasta los tiempos de Jorge II, la historia del dinero en Inglaterra se desarrolla en una serie continua de perturbaciones nacidas del choque entre la relación del valor legal de la plata y del oro, y las oscilaciones de su valor real. Tan pronto era el oro el que subía de estimación, como lo era la plata. El metal estimado por debajo de su valor se retiraba de la circulación y era fundido y exportado. Se cambiaba de nuevo legalmente la relación de valor de los dos metales; pero, como anteriormente, el valor nominal no concordaba con la relación de valor real. En nuestra misma época, una débil y pasajera baja del oro con relación a la plata, producida por un pedido de plata hecho por India y China, ha originado en Francia el mismo fenómeno, pero en mayor escala, es decir, la exportación de plata y su sustitución por el oro en la circulación. Durante los años 1855, 1856 y 1857, el excedente de la importación de oro en Francia sobre su exportación ascendió a 41.580.000 libras, mientras que el excedente de la exportación de plata sobre su importación ascendió a 14.740.000 libras. En realidad, en los países como Francia en donde ambos metales son medidas legales de valor y tienen curso forzoso, de modo que todo el mundo puede pagar a su gusto, sea con uno, sea con otro, el metal en alza supone un agio y mide su precio, como cualquier otra mercancía, con el metal encarecido, mientras que este último es el que únicamente se emplea como medida de valor. Toda la experiencia facilitada por la historia sobre este punto se reduce simplemente al hecho de que cuando dos mercancías ejercen legalmente la función de medida de valor, en realidad, la que la ejerce es una sola⁵⁴.

B. Teorías sobre la unidad de medida del dinero

El hecho de que las mercancías en cuanto precios no son transformadas en oro sino idealmente, y que éste, por consiguiente, se transforma en moneda también idealmente, ha dado lugar a la doctrina de la *unidad ideal de la medida del dinero*. Precisamente porque en la determinación del precio no hay más que oro y plata figurados, y porque éstos no funcionan sino como moneda contante, se ha sostenido que los nombres libra, chelín, penique, thaler, franco, etc., en lugar de designar fracciones de

⁵² El acta de Maryland de 1723 que designaba al tabaco como moneda legal, pero reducía su valor a la moneda de oro inglesa, es decir, un penique por libra de tabaco, hace pensar en las *leges barbarorum*, en las que inversamente bueyes, vacas, etc., equivalían a sumas determinadas de moneda. En este caso no es el oro ni la plata, sino el buey y la vaca los que constituyen la materia real de la moneda contante.

⁵³ Así en los *Familiar words* de David Urquhart leemos: «Quieren que el oro se mida por sí mismo. ¿Cómo es posible que una sustancia cualquiera sea la medida de su propio valor en otros objetos? El valor del oro será establecido por su propio peso, bajo una falsa denominación de este peso, y una onza valdrá tantas libras y fracciones de libras. Esto es falsificar una medida, pero no establecer un patrón.»

⁵⁴ «El dinero es la medida del comercio, y debería, como cualquier otra medida, ser mantenido también estable e invariable en lo posible. Esto no se puede conseguir si vuestra moneda se compone de dos metales cuya relación de valor varía siempre.» (John Locke, *Some considerations on the Lowering of interest*, etc. 1691, pág. 65, de sus Works. séptima edición, Londres, 1768, v. III.

peso de oro o plata o trabajo objetivado de un modo cualquiera, designaban más bien átomos ideales de valor. Según esto, cuando el valor de una onza subiese, querría decir que contendría más átomos y debería de ser acuñada y calculada en un número mayor de chelines. Esta doctrina data de fines del siglo XVII y ha resurgido durante la última crisis comercial en Inglaterra; en el Parlamento hasta ha sido desarrollada en dos informes especiales que constituyen el apéndice del informe del Comité de la Banca en 1858.

A raíz del advenimiento de Guillermo III, el precio monetario de una onza de plata era de 5 chelines 2 peniques; llamaban peniques a $1/62$ de una onza de plata y chelín a 12 de estos peniques. De acuerdo con este patrón, un peso de plata de seis onzas, por ejemplo, se acuñaba en 31 monedas que llevaban el nombre de chelín. Pero el *precio de venta* de la onza de plata rebasó su precio monetario de 5 chelines 2 peniques y se elevó a 6 chelines 3 peniques, es decir, que para comprar una onza de plata bruta, había que pagar 6 chelines, y 3 peniques. ¿Cómo podía elevarse el precio de venta de una onza de plata por encima de su precio monetario, si éste no era otra cosa que la denominación contante de las partes alícuotas de una onza de plata? La solución del enigma era fácil. De 5.600.000 libras de moneda de plata que circulaban entonces, cuatro millones estaban gastados, roídos, estropeados. Una experiencia que se hizo demostró que 57.200 libras de plata, que debían de haber pesado 220.000 onzas, no pesaban más que 141.000. La moneda continuaba en funciones según el mismo patrón, pero los chelines ligeros que circulaban realmente representaban partes alícuotas de onza más pequeñas que las que indicaba su denominación. Había que pagar, pues, en el mercado, una cantidad superior de estos chelines, más ligeros, por una onza de plata bruta. Cuando a consecuencia de la perturbación que se produjo, se decidió la fundición general. Lowndes, el *secretary to the treasury*, declaró que habiendo aumentado el valor de la onza de plata, había que acuñarla en adelante en 6 chelines 3 peniques y no en 5 chelines 2 peniques, como anteriormente. Afirmaba, pues, en realidad, que puesto que el valor de la onza había aumentado, el de sus partes alícuotas había disminuido. Pero su falsa teoría no servía más que para predicar un fin práctico justificado, las deudas del Estado habían sido contraídas en chelines ligeros; ¿debían de pagarse en chelines pesados? En lugar de decir pagad cuatro onzas de plata por cinco que habéis recibido nominalmente, pero que, en realidad son cuatro, decía al revés: pagad cinco onzas de plata nominalmente, pero reducid el contenido metálico a cuatro onzas y llamad chelín a lo que hasta ahora habéis llamado $4/5$ de chelín. Prácticamente, Lowndes se refería al contenido metálico, mientras que en realidad se atenía a la

denominación contante. Sus adversarios, que no retenían más que la denominación contante y que declaraban que un chelín con pérdida de peso de 25 a 30 por 100 era idéntico a un chelín pesado, pretendían, por el contrario, atenerse al contenido metálico.

John Locke, que defendía la nueva burguesía bajo todas sus formas, los industriales contra las clases obreras y las indigentes, los usureros comerciantes contra los usureros al antiguo estilo, los aristócratas de las finanzas contra los deudores al Estado, y que, en una obra especial, había demostrado que la inteligencia burguesa es la humana normal, recogió también el guante lanzado por Lowndes. John Locke ganó la partida; y el dinero tomado a préstamo a 10 ó 14 chelines la guinea, fue pagado en guineas de 20 chelines⁵⁵.

Sir James Steuart resume irónicamente la transacción en los siguientes términos: «El gobierno

⁵⁵ Locke dice, entre otras cosas: (John Locke, *Some considerations on the Lowering of Interest*, etc., 1691, págs. 136-145, *passim*.) «Llamad ahora corona a lo que antes no era sino parte de una corona... Una misma cantidad de dinero tiene siempre idéntico valor que otra cantidad igual de dinero. Si podéis rebajar $1/20$ de peso de plata a una moneda sin disminuir su valor, lo mismo podréis quitarle $19/20$ sin que su valor baje. Y así un solo *farthing*, que lleve el nombre de corona, comprará tanta cantidad de seda o de cualquier otra mercancía, como una corona que contengo 20 veces más plata... Todo lo más que podéis hacer es dar o una cantidad menor de plato la figura y el nombre de una cantidad mayor... Pero es el dinero y no los nombres, quien paga las deudas y compra las mercancías. Si elevar el valor de la moneda no significa otra cosa que dar nombres o las partes alícuotas de uno pieza de plata, por ejemplo, llamar penique a la octava parte de una onza de plata, entonces podéis, en efecto, elevar la moneda tanta como queráis.» Locke respondía al mismo tiempo a Lowndes que el alza del precio de venta por encima del precio monetario no provenía del «alza del valor de la plata, sino del menor peso de las monedas de plata.» 77 chelines carcomidos no pesaban un gramo más que 62 chelines de peso cabal. Por fin hacía valer con razón que, hecha abstracción de la pérdida de peso de la moneda circulante, el precio de venta de la plata bruta en Inglaterra podió rebosar algo el precio monetario, porque la exportación de la plata bruta estaba permitida y la de la moneda de plata estaba prohibida (pág. 54-116, *passim*.) Locke se guardaba bien de abordar la cuestión palpitante de las deudas públicas, así como también evitaba cuidadosamente discutir el delicadísimo punto económico. Este era el siguiente: el curso del cambio, así como la relación entre la plata bruta y la acuñada demostraban que la moneda circulante se hallaba lejos de ser depreciada en la proporción de su pérdida real de plata. Volveremos a esta cuestión bajo su forma general en la sección de «Medios de circulación», Nicolás Barban, en *A discourse concerning coining the money lighter in answer to Mr. Locke's considerations*, etc. Londres, 1696, hizo inútiles tentativas para atraer a Locke a un terreno escabroso.

ganó considerablemente en los impuestos, los acreedores en el capital y los intereses, y la nación, principal engañada, se sentía a gusto porque su *standard* (el patrón de su propio valor) no había sufrido depreciación⁵⁶. Steuart creía que con el futuro desarrollo comercial no se mostraría tan cándida la nación. Se equivocaba. Unos ciento veinte años después, se renovó el mismo *quid pro quo*.

Era de rigor que el obispo Berkeley, el representante de un idealismo místico en la filosofía inglesa, diese un giro teórico a la doctrina de la unidad de medida ideal del dinero, lo que negligentemente había dejado de hacer el práctico *secretary to the treasury*. Berkeley pregunta: «¿Es que los nombres libra, libra esterlina, corona, etc., no deben de ser considerados como simples *nombres de relación*? (es decir, la relación del valor abstracto como tal). ¿Es que el oro, la plata o el papel son otra cosa que simples vales o señales para contarlos, registrarlos y transmitirlos? (la relación del valor). El poder de controlar la industriosisidad de las demás (el trabajo social), ¿no es riqueza? Y el dinero, en realidad, ¿es otra cosa que la señal o signo de la transmisión o registro de tal poder y hay que dar tan gran importancia a la materia de que están formados esos signos?»⁵⁷. Hay en todo esto confusión, por una parte, entre la medida de los valores y el patrón de precios, y por otra, entre el oro y la plata como medida y como medio o instrumento de circulación. Del hecho de que los metales preciosos puedan ser reemplazados por señales en el acto de la circulación, Berkeley deduce que estas señales, por su parte, no representan *nada*, es decir, que representan el abstracto concepto de valor.

La doctrina de la unidad de medida ideal del dinero está tan completamente desarrollada por Sir James Steuart que sus sucesores -sucesores inconscientes, puesto que no le conocen- no encuentran una frase, ni siquiera un ejemplo nuevos. «La moneda contante -dice- no es nada más que un patrón arbitrario de partes iguales, inventado para medir el valor relativo de los objetos que hay que vender. La moneda contante difiere por completo de la moneda acuñada (*money coin*), que es el precio⁵⁸, y podría existir sin necesidad de que hubiese en el mundo una sustancia que fuese su equivalente proporcional para todas las mercancías. La moneda contante rinde el mismo servicio respecto al valor de los objetos que los grados, minutos, segundos, etc.,

respecto de los ángulos o escalas en los mapas. En todas estas invenciones se toma siempre como unidad la misma denominación. Del mismo modo que la utilidad de todas estas invenciones se halla limitada a la *indicación de la proporción*, así ocurre también con la unidad de dinero. Por tanto, no puede tener una proporción determinado inmutablemente respecto a una parte cualquiera del valor, es decir, que no puede ser fijada en un «quantum» determinado de oro, plata o cualquier otra mercancía. Una vez dada la unidad, se puede elevar, mediante la multiplicación, hasta el valor más grande. Como el valor de las mercancías depende de un concurso general de circunstancias que obran sobre ellas y sobre el capricho de los hombres, su valor debería ser considerado como variable únicamente en sus relaciones recíprocas. Todo aquello que turba y embrolle la comprobación del cambio de proporción por medio de un patrón general determinado e inmutable, debe de perjudicar al comercio. El dinero no es más que un *patrón ideal* de partes iguales. A la pregunta: ¿cuál debe ser la unidad de medida del valor de una parte?, respondo con esta otra pregunta: ¿cuál es la magnitud normal de un grado, de un minuto, de un segundo? No la tienen, pero tan pronto como una parte esté determinada, el resto entero, de acuerdo con la naturaleza de una escala, debe de seguir proporcionalmente. Hay dos ejemplos de esta clase de moneda. La Banca de Ámsterdam nos ofrece uno de ellos, y la costa de Angola el otro⁵⁹.

Steuart se atiene simplemente al papel que representa la moneda en la circulación a título de *patrón de precios* y de *moneda contante*. En efecto; si distintas mercancías están señaladas en el precio corriente a 15 s., 20 s., 36 s., respectivamente, no es el contenido en dinero ni el nombre chelín lo que me interesa cuando se trata de comparar la magnitud de su valor. Las relaciones numéricas 15, 20, 36 lo dicen ahora todo, y el número 1 es la única unidad de medida. Sólo la proporción numérica abstracta es la expresión puramente abstracta de la proporción. Para ser consecuente hubiese sido necesario que Steuart abandonase no solamente el oro y la plata, sino también sus nombres de pila legales. Como no comprende la transformación de la medida de valores en patrón de precios, cree, como es natural, que el «quantum» de oro determinado que sirve de unidad de medida no se halla relacionado como medida con otros «quanta» de oro, sino con los valores en cuanto tales valores. Precisamente porque las mercancías, gracias a la transformación de sus valores de cambio en precio, se presentan como magnitudes de la misma denominación, niega la cualidad de la medida que los reduce a la misma denominación y porque en esta comparación de diferentes «quanta» de oro, la magnitud del «quantum» de oro que sirve de unidad de medida es convencional, niega que debe ser fijada

⁵⁶ Steuart, t. II, pág. 154.

⁵⁷ *The Querist*. En las *Queries on Money* hay, además, ingenio. Berkeley observo con razón que precisamente el desarrollo de las colonias de Norteamérica ofrece una prueba claro como la luz de que el oro y la plata no son tan necesarios para la riqueza de una nación como se imaginan las gentes vulgares de todas clases.

⁵⁸ Precio significa aquí equivalente real. Lo mismo que paro los economistas ingleses del siglo XVII.

⁵⁹ Steuart, t. II, págs. 154, 299.

en general. En lugar de llamar grado a $1/360$ de círculo, puede llamarlo a $1/180$; el ángulo recto será medido entonces con 45 grados en lugar de serlo con 90; los ángulos agudos y obtusos, de una manera correspondiente. La medida del ángulo seguiría siendo, sin embargo, ahora como antes, en primer lugar, una figura matemática determinada cualitativamente, el círculo: en segundo lugar, una sección de círculo determinada cuantitativamente. En lo concerniente a los ejemplos económicos de Steuart se ataca a sí mismo con uno y nada prueba con el otro. El dinero de la Banca de Ámsterdam no era otra cosa que la denominación contante de los doblones españoles que, gracias a su perezoso estacionamiento en los sótanos del Banco, conservaban orondos su buen peso, mientras que la revoltosa moneda circulante había adelgazado por el áspero roce con el mundo exterior. En cuanto a los idealistas africanos, nos vemos obligados a abandonarles a su suerte, en espera de que viajeros críticos nos den más amplios informes de ellos⁶⁰. Según Steuart, podría calificarse de moneda aproximadamente ideal el talón francés: *Propiedad nacional. Talón de 100 francos*. Es cierto que el valor de uso que debía de representar el talón se halla especificado en este caso: es decir, las tierras confiscadas; pero habían olvidado la determinación cuantitativa de la unidad de medida, y la palabra «franco», por consiguiente, no tenía sentido. La cantidad de tierra representada por el talón de un franco dependía del resultado de las subastas públicas. Sin embargo, en la práctica, el talón franco circulaba como signo de valor de la moneda de plata y su depreciación se medía con este patrón de plata.

La época de la suspensión de pagos al contado por el Banco de Inglaterra fue, casi tan fecunda en partes de guerra como en teorías sobre el dinero. La depreciación de los billetes de Banco y la elevación del precio de venta del oro por encima de su precio monetario reanimaron la doctrina de la medida monetaria ideal entre ciertos defensores de la banca. Lord Castlereagh encontró la expresión confusa clásica que podía corresponder a aquella confusa visión. Y dio de la unidad de medida de la moneda esta definición: *A sense of value in reference to currency as compared with commodities*. Cuando algunos años después de la paz de París, las circunstancias permitieron la reanudación de los pagos al contado el problema que Lowndes había provocado bajo Guillermo III surgió de nuevo en

forma apenas modificada. Una deuda pública enorme y una masa de deudas particulares, de obligaciones firmes, etc., acumuladas durante más de veinte años, se habían contraído en billetes de banco depreciados. Había que pagarlos en billetes de banco, de los cuales 4.672 £ 10 s. representaban no nominalmente, pero sí realmente, 100 libras de oro de 22 quilates. Thomas Attwood, un banquero de Birmingham, salió a escena como un *Lowndes redivivus*. Los acreedores debían de recibir nominalmente tantos chelines como nominalmente habían prestado; pero si según la antigua ley de moneda se llamaba chelín a $1/78$ de onza de oro, ahora había que bautizar con el nombre de chelín, por ejemplo, a $1/90$ de onza. Los partidarios de Attwood son llamados los *little Shillingmen* de la escuela de Birmingham. La disputa sobre la medida monetaria ideal, comenzada en 1819, continuó entre Sir Robert Peel y Attwood, cuyo juicio, por lo mismo que se ejerce sobre la moneda en su función de medida, se resume y termina en la cita siguiente: «En su polémica con la Cámara de Comercio de Birmingham, Sir Robert Peel pregunta: ¿Qué es lo que representará vuestro billete de una libra? ¿Qué es una libra? Inversamente, ¿qué debemos de entender por unidad de medida actual del valor? ¿Es que 3 £ 17 s. 10 1/2 d. significan una onza de oro o bien su valor? Si es la onza lo que significan, ¿por qué no llamar a las cosas por su nombre, y en lugar de decir £, s., d., no decimos onza, penniweight y grain? Entonces volvemos al sistema de trueque directo... O ¿es que significan el valor? Si una onza = 3 £ 17 s. 10 1/2 d., ¿por qué en distintas épocas valía tan pronto 5 £ 4 s., como 3 £ 17 s. 9 d.?... La expresión libra (£) se refiere al valor, pero no al valor fijado en una parte invariable de peso de oro. La libra es una *unidad ideal*..., el trabajo es la sustancia en que se resuelven los gastos de producción y da al oro como al hierro su valor relativo. Cualquiera que sea, pues, la *denominación contante especial* empleada para designar el *trabajo diario o semanal* de hombre, dicha denominación expresa el valor de la mercancía producida»⁶¹. En estas últimas palabras se disipa la vaga concepción de la medida monetaria ideal, y se hace claro el pensamiento que contiene. Los nombres contantes de oro, Libra, chelín, etc., serían los nombres de determinados «quanta» de tiempos de trabajo. Siendo el tiempo de trabajo la sustancia y medida inmanente de los valores, estos nombres, en realidad, representarían la proporción de valor mismo. En otros términos, se afirma que el tiempo de trabajo es la verdadera unidad de medida del dinero.

Salimos así de la escuela de Birmingham, pero observemos de paso que la doctrina de la medida ideal de la moneda adquiere nueva importancia en la polémica sobre la convertibilidad o no

⁶⁰ Con ocasión de la última crisis comercial, en ciertos círculos ingleses se alababa con exaltación a la moneda ideal africana, después de haber transferido su residencia de la costa al corazón de Berbería. Se atribuía el hecho de que los berberiscos se hallen exentos de crisis comerciales a la unidad de medida de sus *bar*. ¡No hubiese sido más sencillo decir que el comercio y la industria son las condiciones sine qua non de las crisis comerciales e industriales!

⁶¹ *The Currency question, the Gemini Letters*. Londres, 1844. págs. 260-272, passim.

convertibilidad de los billetes de banco. Si el oro o la plata son los que dan al papel su denominación, la convertibilidad del billete, es decir, su carácter de cambiabile por oro o plata constituye una ley económica, cualquiera que sea la jurídica. El billete de un thaler prusiano, aunque legalmente inconvertible, sería depreciado en seguida si en el tráfico ordinario valiese menos de un thaler y, por consiguiente, no fuese convertible prácticamente. También los consecuentes defensores del papel-moneda inconvertible en Inglaterra recurrieron a la medida ideal del dinero. Si los nombres contantes de dinero Libra, chelín, etc., son denominaciones de una de terminada suma de átomos de valor, parte de los cuales absorbe o cede durante el curso del cambio con otras mercancías, también un billete de banco inglés de 5 £, por ejemplo, es tan independiente de su relación con el oro como de la de dicho billete con el hierro y con el algodón. Puesto que su ley habría dejado de igualarlo teóricamente con un «quantum» determinado de oro o de cualquier otra mercancía, la exigencia de su convertibilidad, es decir, de su ecuación práctica con un «quantum» determinado de un artículo especificado, quedaría excluida o causa de su mismo concepto.

John Gray es el primero que ha desarrollado sistemáticamente la doctrina del tiempo de trabajo considerado como unidad de medida inmediata del dinero⁶². Según su sistema, hace certificar por un banco central, con ayuda de sus sucursales, el tiempo de trabajo consumido en la producción de las diferentes mercancías. A cambio de la mercancía, el productor recibe un certificado oficial de su valor, es decir, un recibo del tiempo de trabajo que contiene su mercancía⁶³, y estos billetes de banco de una semana, de un día, de una hora de trabajo, etc., sirven al mismo tiempo de bono poro un equivalente de todas las mercancías almacenadas en los muelles del Banco⁶⁴. Este es el principio fundamental aplicado

con cuidado en todos sus detalles y siempre apoyado en instituciones inglesas establecidas. «Con este sistema -dice Gray- sería siempre tan fácil vender por dinero como lo es ahora comprar por dinero; la producción sería el manantial uniforme e inagotable de la demanda⁶⁵. Los metales preciosos perderían su «privilegio» sobre las demás mercancías y ocuparían el lugar que les corresponde en el mercado al lado de la mantequilla, de los huevos, de las telas, etc., y su valor no nos interesaría más que el de los diamantes⁶⁶. ¿Debemos de conservar nuestra medida ficticia de los valores, el oro, o bien recurrir a la medida de los valores, el trabajo, y dar así la libertad a las fuerzas productoras del país!»⁶⁷.

Puesto que el tiempo es la medida inmanente de los valores, ¿por qué añadirle otra medida externa? ¿Por qué el valor de cambio se convierte en el precio? ¿Por qué todas las mercancías estiman su valor en una mercancía exclusiva que queda así transformada en la forma adecuada del valor de cambio, en dinero? Este era el problema que Gray tenía que solucionar. En lugar de resolverlo, se figura que las mercancías pueden relacionarse directamente unas con otras como productos del trabajo social. Pero solamente pueden relacionarse entre sí en calidad de mercancías. Las mercancías son los productos inmediatos de trabajos privados, aislados, independientes, los cuales en el proceso de cambio privado deben confirmarse como trabajo social general, mediante su propia enajenación, o dicho de otro modo, el trabajo, sobre la base de la producción de mercancías, no se convierte en trabajo social sino por la enajenación universal de los trabajos individuales. Pero admitiendo que el tiempo de trabajo contenido en las mercancías sea tiempo de trabajo *inmediatamente social*, Gray supone que es tiempo de trabajo común o tiempo de trabajo de individuos asociados directamente. Entonces, en realidad, una mercancía específica, tal como el oro y la plata, no podría enfrentarse con las demás mercancías como encarnación del trabajo general; el valor de cambio no se convertiría en precio, pero tampoco el valor de uso llegaría a ser valor de cambio; el producto no se haría mercancía, y de este modo quedaría suprimida la base misma de la producción burguesa. Pero no es éste el pensamiento de Gray. *Los productos deben ser creados como mercancías, pero no deben de ser cambiados como mercancías*. Gray encarga a un Banco Nacional la realización de este piadoso deseo. Por un lado, la

⁶² John Gray. *The Social System. A Treatise on the Principle of Exchange*, Edimburgo, 1831. Véase del mismo autor: *Lectures on the nature and use of money*, Edimburgo, 1848. Después de la revolución de febrero Gray dirigió al Gobierno provisional una Memoria donde explica que Francia no necesita una «organización del trabajo», sino una «organización del cambio», cuyo plan desarrollado podría encontrarse en su sistema monetario. El buen John no sospechaba que dieciséis años después de la publicación del *Social System*, Proudhon, el inventor, pretendería patentar el mismo descubrimiento.

⁶³ Gray, *The Social System*, etc. «El dinero no debería ser sino un recibo, un documento donde se hiciera constar que su poseedor, o bien ha contribuido con un cierto valor al stock de la riqueza nacional, o bien que ha adquirido un derecho al mismo valor de alguien que haya contribuido a aquella riqueza.»

⁶⁴ «Cuando un objeto haya sido estimado en cierto valor, que se almacene en un Banco y pueda retirarse cuando sea necesario; únicamente habría que estipular, de común

acuerdo, que el que almacene un objeto cualquiera en el Banco Nacional propuesto, podrá retirar del mismo un valor igual de todo lo que pueda contener, en lugar de verse obligado a retirar un objeto idéntico al que ha depositado.» (Op. cit. pág. 68).

⁶⁵ Página 16.

⁶⁶ Gray, *Lectures on money*, etc., pág. 182.

⁶⁷ Página 169.

sociedad en forma de banco hace a los individuos independientes de las condiciones del cambio privado, y por otro les deja que continúen produciendo sobre la misma base de cambio. Sin embargo, la lógica interna induce a Gray a negar, una tras otra, las condiciones de la producción burguesa, aunque su deseo sea únicamente «reformular el dinero procedente del cambio de las mercancías». De este modo transforma el capital en capital nacional⁶⁸, la propiedad de la tierra en propiedad nacional⁶⁹, y si se analiza de cerca su banco, se descubre que éste no sólo recibe mercancías con una mano y entrega certificados de trabajo con la otra, sino que hasta regula la producción misma. En su última obra: *Lectures on money*, en la que Gray trata ansiosamente de presentar su moneda de trabajo como una reforma puramente burguesa, se embrolla en contrasentidos aún más estridentes.

Toda mercancía es inmediatamente dinero. Esta es la teoría de Gray, deducida de su análisis incompleto, y falsa por tanto, de la mercancía. La construcción «orgánica» del «dinero-trabajo», del «banco nacional», de los «muelles de mercancías», no es más que una fantasmagoría en que se presenta el dogma, con la ayuda de un truco, como ley que gobierna al mundo. Sin duda que el dogma que enseña que la mercancía es inmediatamente moneda y que el trabajo particular del individuo privado en ella contenido es inmediatamente trabajo social, no se convierte en verdad por el hecho de que un banco crea en él y opere de conformidad con esta creencia. La bancarrota sería la que, en este caso, asumiría las funciones de la crítica práctica. Lo que Gray no dice y constituye un secreto para él mismo, o sea que el dinero-trabajo es una frase de estilo económico que disimula el deseo piadoso de desembarazarse del dinero, y con el dinero del valor de cambio, y con el valor de cambio de la mercancía y con la mercancía de la forma burguesa de la producción, es lo mismo que ha sido afirmado sin ambages por algunos socialistas ingleses que han escrito antes y después de Gray⁷⁰. Pero quedaba reservado al Sr. Proudhon ya sus discípulos sermonear en serio acerca de la degradación del *dinero* y la exaltación de la *mercancía* como el eje del socialismo, reduciendo éste a un desconocimiento elemental de la conexión

necesaria entre la mercancía y el dinero⁷¹.

II. Instrumentos de circulación

Después de que la mercancía, en el proceso que de termina el precio, ha recibido la forma que la capacita para circular y cuando el oro ha adquirido su carácter de dinero, la circulación hará resurgir y resolverá todas juntas las contradicciones que encerraba el proceso de cambio de las mercancías. El cambio real de éstas, es decir, el cambio social de la materia, se opera en una metamorfosis en la que se despliega el doble carácter de la mercancía como valor de uso y de cambio, pero donde su propia metamorfosis cristaliza al mismo tiempo en las formas determinadas del dinero. Describir esta metamorfosis es describir la circulación. Del mismo modo que la mercancía sólo es valor de cambio cuando se coloca en el mundo de las mercancías, con una división del trabajo efectivamente desarrollada, así también la circulación supone actos universales de cambio y el curso ininterrumpido de su renovación. Queda sentado, además, que las mercancías entran en el proceso de cambio como mercancías de *precios determinados* o que *se presentan* en él las unas con respecto a las otras, como existencias dobles, reales como valores de uso, ideales -en el precio- como valores de cambio.

En las calles más animadas de Londres, los establecimientos se suceden unos a otros, y detrás de las lunas de sus escaparates se ofrecen tentadoras todas las riquezas del Universo: chales de la India, revólveres americanos, porcelanas chinas, corsés de París, pieles de Rusia, productos de los trópicos; pero todas estas cosas mundanas ostentan debajo de ellas unas fatales etiquetas blancas que llevan grabadas cifras árabes seguidas de los caracteres lacónicos £. s., d. Así aparece la mercancía en la circulación.

a) La metamorfosis de las mercancías

Cuando se le considera más de cerca, el proceso de la circulación presenta dos formas distintas de ciclos. Si llamamos *M* a la mercancía y *D* al dinero, podemos expresar estas dos formas así:

M-D-M

D-M-D

En esta primera sección nos ocuparemos exclusivamente de la primera forma, de la forma inmediata de la circulación de las mercancías.

El ciclo *M-D-M* se descompone en el movimiento *M-D*, cambio de la mercancía por el dinero o vender; en el movimiento opuesto *D-M*, cambio del dinero por la mercancía o *comprar*; y en la unión de los dos movimientos *M-D-M*, cambiar la mercancía por el dinero para cambiar el dinero por la mercancía, o sea vender para comprar. Como resultado final, en el

⁶⁸ «The business of every country ought to be conducted on a national capital.» (Los asuntos de un país deberla atenderse por medio de un capital nacional.) John Gray, *The Social System*, etc., página 171.

⁶⁹ «The land to be transformed into national property». (La tierra deberá ser transformada en propiedad nacional): pág. 298.

⁷⁰ Véase, por ejemplo, W. Thomson, *An inquiry into the distribution of wealth*, etc.; Londres, 1827. Bray, *Labour's wrongs and labour's remedy*; Leeds, 1839.

⁷¹ Se puede considerar a Alfred Darimon, *Sobre la Reforma de los Bancos*, como el compendio de esta melodramática teoría de la moneda. París, 1856.

cual se extingue el proceso mismo, tenemos *M-M*, cambio de mercancía por mercancía, la circulación real de la materia.

Si se parte del extremo de la primera mercancía, *M-D-M* representa su transformación en oro y su nueva transformación de oro en mercancía, movimiento en el cual la mercancía aparece primeramente bajo la forma de valor de uso particular; después se despoja de esta forma y se reviste de la de valor de cambio o equivalente general, sin enlace alguno con su primitivo modo de ser; pierde de nuevo su última forma y se queda finalmente como valor de uso real que responde a las necesidades particulares. En este último estado cae de la circulación al consumo. El conjunto de la circulación *M-D-M* es, pues, en primer lugar, la serie total de metamorfosis que sufre cada mercancía para llegar a ser valor de uso inmediato para su poseedor. La primera metamorfosis se realiza en la primera mitad de la circulación *M-D*, la segunda en la otra mitad *D-M*, y el conjunto de la circulación forma el *curriculum vitae* de la mercancía. Pero la circulación *M-D-M* no es la transformación total de una mercancía aislada, sino porque es al mismo tiempo la suma de las metamorfosis unilaterales determinadas de otras mercancías, pues cada metamorfosis de la primera mercancía es su transformación en otra, o también transformación de la otra mercancía en ella, o sea transformación bilateral, que se realizan en el mismo grado de la circulación. En primer lugar tenemos que considerar aisladamente cada uno de los dos procesos de cambio en los cuales se descompone la circulación *M-D-M*.

M-D, o venta: *M*, la mercancía, entra en el proceso de circulación no solamente como un valor de uso particular, por ejemplo, una tonelada de hierro, sino también como un valor de uso de un precio determinado, supongamos 3 £, 17 s. 10 1/2 d., o sea una onza de oro. Este precio, que es, por una parte, el exponente del «quantum» de tiempo de trabajo contenido en el hierro, es decir, de su magnitud de valor, expresa al mismo tiempo el buen deseo que tiene el hierro de convertirse en oro, o sea de invertir al tiempo de trabajo que él contiene de la forma de tiempo de trabajo social general. Si no resulta esta transubstanciación, la tonelada de hierro no solamente deja de ser mercancía, sino también producto, pues precisamente es mercancía porque constituye un no-valor de uso para su poseedor, o dicho de otro modo, porque su trabajo no es trabajo real sino en cuanto es trabajo útil para los demás, y no es útil a sí mismo sino en cuanto es trabajo general-abstracto.

La misión del hierro o de su poseedor consiste, pues, en descubrir en el mundo de las mercancías el lugar en donde el hierro atrae al oro. Esta dificultad, el *salto mortale*⁷² de la mercancía, queda vencida si

la venta se efectúa realmente, como suponemos aquí en el análisis de la circulación simple. La tonelada de hierro, por su enajenación, es decir, por su paso de la mano en que no es útil a aquella en que lo es, se concreta como valor de uso, realiza a la vez su precio, y, de oro imaginario que era, se convierte en oro real. El nombre de onza de oro real reemplaza ahora al otro nombre: onza de oro o 3 £, 17 s. 10 1/2 d.; pero la tonelada de hierro ha evacuado su sitio. En virtud de la venta *M-D*, no solamente se ha transformado realmente en oro la mercancía que ya lo había sido idealmente en su precio, sino que por el mismo proceso, el oro, que, como medida de los valores, no era otra cosa que dinero ideal y que en realidad no figuraba sino como nombre monetario de las mercancías mismas, se ha transformado en moneda real⁷³. El oro, que se había hecho idealmente equivalente general porque todas las mercancías median con él sus valores, ahora, como producto de la enajenación universal de las mercancías -cuyo proceso es la venta *M-D*-, se transforma en mercancía absolutamente enajenable, dinero real. Pero si el oro se convierte en dinero real en la venta es porque los valores de cambio de las mercancías eran ya idealmente oro en los precios. En la venta *M-D*, así como en la compra *D-M*, dos mercancías se confrontan, unidades de valor de cambio y de valor de uso, pero en la mercancía su valor de cambio no existe sino idealmente como precio, mientras que en el oro, aunque sea él mismo valor de uso real, su valor de uso no existe más que como soporte del valor de cambio, o sea únicamente como valor de uso formal que no se relaciona con ninguna necesidad individual real. La antítesis de valor de uso y de valor de cambio está, pues, distribuida opuestamente en dos extremos de *M-D*, hasta tal punto que, respecto del oro, la mercancía es valor de uso que debe de realizar en el oro su valor de cambio ideal, el precio; y respecto de la mercancía, el oro es valor de cambio que debe materializar en la mercancía su valor de uso formal. Solamente, a causa de este desdoblamiento de la mercancía en mercancía y en oro, y por la relación doble también y antitética, en la que cada extremo es idealmente lo que su opuesto es realmente, y realmente lo que su opuesto es idealmente, solamente, pues, por la representación de las mercancías como opuestas bipolares, se resuelven las contradicciones contenidas en su proceso de cambio.

Hasta ahora hemos considerado a *M-D* como venta, metamorfosis de la mercancía en dinero. Pero

⁷³ El dinero es de dos clases, ideal y real, y sirve para dos usos diferentes, para valorar los objetos y para comprarlos. Para valorar los objetos, la moneda ideal es tan buena y quizá mejor aún que la moneda real... El otro uso de la moneda es el de comprar estos mismos objetos que aprecia..., los precios y los contratos se valoran en moneda ideal y se ejecutan en moneda real.» Galiani, pág. 112.

⁷² En italiano en el original.

colocándonos en el otro extremo, el proceso aparece más bien como *D-M*, como compra, metamorfosis del dinero en mercancía. La venta existe al mismo tiempo que su contrario, la compra; es una u otra según que se observe el proceso por un lado o por el opuesto. En la realidad el proceso no se distingue sino porque en *M-D* la iniciativa parte de la mercancía o vendedor, y en *D-M* del dinero o del comprador. Representando la primera metamorfosis de la mercancía, su transformación en dinero, como el resultado de haber recorrido el primer grado de la circulación *M-D*, se subentiende que otra mercancía se ha transformado ya en dinero y se encuentra ya, por lo tanto, en el segundo grado de la circulación *D-M*. Nos aventuramos así en un círculo vicioso de hipótesis. Este círculo vicioso constituye la circulación misma. Si en *M-D* dejamos de considerar a *D* como la metamorfosis ya efectuada de otra mercancía, excluimos el acto del cambio del proceso de la circulación. Pero fuera de éste la forma *M-D* desaparece y ya no existen más que dos mercancías distintas frente a frente, por ejemplo, el hierro y el oro, cuyo cambio no es un acto especial de la circulación, sino un acto de trueque directo. En su origen, el oro es una mercancía como otra cualquiera. Su valor relativo, el del hierro o cualquier otra mercancía, se manifiesta aquí en las cantidades en que se cambian recíprocamente. Pero esta operación está prevista en el proceso de la circulación, ya que el valor propio del oro está determinado en el precio de las mercancías. Nada hay, pues, más erróneo que figurarse que en el *interior del proceso de circulación* el oro y la mercancía entran en la proporción del trueque inmediato y que, por consiguiente, su valor relativo queda establecido por su cambio a título de simples mercancías. Si parece que en el proceso de circulación el oro se cambia como simple mercancía por otras mercancías, esta apariencia proviene de que en los precios está ya puesta en ecuación una cantidad determinada de mercancías con un «quantum» de oro también determinado, es decir, está ya relacionada con el oro como moneda, equivalente general, y *por esta razón* es inmediatamente cambiable por oro. Siempre que el precio de una mercancía *se realice* en el oro, se cambia por él en calidad de mercancía, de materialización particular del tiempo de trabajo; pero cuando es su *precio* el que se realiza en el oro, se cambia por él como dinero y no como mercancía, es decir, como materialización general del tiempo de trabajo. Sin embargo, en una y otra relación el «quantum» de oro por el cual se cambia la mercancía en el proceso de circulación no es determinado por el cambio; es este el que queda determinado por el precio de las mercancías, es decir, por su valor de cambio estimado en oro⁷⁴.

En el proceso de circulación el oro aparece como el resultado de la venta *M-D*. Pero *M-D*, venta, como es al mismo tiempo *D-M*, compra, resulta que mientras *M*, mercancía, de donde arranca el proceso, efectúa su primera metamorfosis, la otra mercancía, *D*, que confronta con ella por ser el otro extremo, realiza su segunda metamorfosis y recorre la segunda mitad de la circulación, mientras la primera mercancía se encuentra todavía en la primera mitad de su curso.

El dinero, resultado del primer proceso de circulación, de la venta, es el punto de partida del segundo. En el lugar que ocupaba la mercancía bajo su primera forma ha aparecido su equivalente de oro. Este resultado puede constituir en primer lugar una parada, puesto que la mercancía bajo esta segunda forma tiene una existencia propia, duradera. La mercancía que, en la mano de su poseedor, no constituye un valor de uso, ahora existe bajo una forma utilizable siempre, porque es siempre cambiable, y las circunstancias son las que deciden el momento y el punto de la superficie del mundo comercial en que debe de entrar en la circulación. Su estado de crisálida de oro forma en su vida una fase independiente en la que puede detenerse más o menos tiempo. Mientras que en el trueque, el cambio de un valor de uso particular está inmediatamente ligado al cambio de otro valor de uso particular, el carácter general del trabajo, creador del valor de cambio, aparece en la separación y en la disyunción indiferente de la compra y de la venta.

D-M, la compra, es el movimiento inverso de *M-D*, y al mismo tiempo la segunda metamorfosis, la última de la mercancía. Bajo la forma de oro o de equivalente general, la mercancía puede ser representada inmediatamente en los valores de uso de todas las demás mercancías que, en sus precios, aspiran todas al oro como a su Más Allá, al mismo tiempo que indican la nota que hay que dar para que sus cuerpos, los valores de uso, pasen al lado de la moneda, y su alma, el valor de cambio, vaya a alojarse al oro mismo. El producto general de la enajenación de las mercancías es la mercancía absolutamente enajenable. Para la transformación del oro en mercancía no existe ya barrera cualitativa, sino solamente la cuantitativa, la de su propia cantidad o magnitud de valor. «Con dinero contante todo se consigue.» Mientras que en el movimiento *M-D*, la mercancía, por la enajenación como valor de uso, realiza su propio precio y el valor de uso del dinero de otros, en el movimiento *M-D* realiza, por su enajenación como valor de cambio, su propio valor de uso y el precio de la otra mercancía. Mientras que por la realización de su precio la mercancía convierte el oro en moneda real, por su

⁷⁴ Naturalmente que esto no impide que el precio de las mercancías esté más alto o más bajo que su valor. Pero

esta consideración es extraña a la circulación simple y pertenece a otra esfera distinta en la que estudiaremos la relación del valor con el precio de venta.

nueva transformación convierte el oro en su propia forma puramente fugitiva de dinero. Como la circulación de las mercancías supone la división desarrollada del trabajo, y por tanto la multiplicidad de las necesidades del productor aislado, en razón inversa a la particularidad de su producto, la compra, $M-D$, se expresará bien sea en una ecuación con una mercancía equivalente o bien se dispersará en una serie de mercancías equivalentes, circunscrita ahora por el círculo de las necesidades del comprador y la magnitud de su suma de dinero. Siendo la venta al mismo tiempo compra y ésta a la vez venta, $M-D$, es la vez $M-D$, pero en este caso la iniciativa corresponde al oro y al comprador.

Si ahora volvemos a la circulación total $M-D-M$, veremos que una mercancía recorre en ella la serie completa de sus metamorfosis. Pero al mismo tiempo que la mercancía comienza la primera mitad de la circulación y realiza la primera metamorfosis, una segunda mercancía entra en la segunda mitad de la circulación, efectúa su segunda metamorfosis y sale de la circulación, mientras una tercera mercancía entra en la circulación, recorre la primera mitad de su curso y realiza la primera metamorfosis. La circulación total $M-D-M$, que es la metamorfosis completa de una mercancía, es, pues, en conjunto el término de la metamorfosis total de una segunda y el comienzo de la metamorfosis total de una tercera mercancía; es una serie sin principio ni fin. A fin de distinguir las mercancías, y para mayor claridad, designemos M , en los dos extremos, de distinta manera, por ejemplo, $M'-D-M''$. En efecto, el primer miembro de $M'-D$ supone que D es el resultado de otro $M-D$, luego aquél es el último miembro de $M-D-M$, mientras que el segundo miembro de $D-M''$ es en su resultado $M''-D$, luego representa él mismo el primer miembro de $M''-D-M'''$, y así sucesivamente. Además, ocurre que el último miembro $D-M$, aunque M sea el resultado de una sola venta, puede representarse por $D-M' + D-M'' + DM''' + \text{etc.}$, puede escindirse en una masa de compras, o sea de ventas, o sea en una masa de primeros miembros de nuevas metamorfosis totales de mercancías. Y puesto que la metamorfosis total de una mercancía aislada no aparece únicamente como un anillo de una cadena de metamorfosis sin comienzo ni fin, sino de un gran número de estas cadenas, el proceso de circulación del mundo de las mercancías se manifiesta -puesto que cada mercancía recorre la circulación $M-D-M$ - como una confusión de cadenas infinitamente enredadas de este movimiento que termina y vuelve a comenzar siempre sobre una infinita diversidad de puntos. Pero cada venta o compra particular constituye al mismo tiempo un acto indiferente y aislado, cuyo acto complementario puede ser separado en el tiempo y en el espacio y no necesita volverse a unir inmediatamente al primero para seguirle. Puesto que cada proceso de circulación

particular, $M-D$ o $D-M$, en tanto que es transformación de una mercancía en valor de uso, y de otra en dinero, es decir, en tanto que es primero y segundo grado de la circulación, constituye un punto independiente de parada en dos direcciones; como, por otra parte, todas las mercancías comienzan su segunda metamorfosis bajo la forma que les es común, de equivalente general, de oro, y se colocan en el punto de partida de la segunda mitad de la circulación: en la circulación real un $D-M$ cualquiera se coloca al lado de un $M-D$, el segundo capítulo en la carrera de una mercancía toca al primer capítulo de otra. A , por ejemplo, vende hierro por 2 £; efectúa, pues, $M-D$ la primera metamorfosis de la mercancía hierro, pero deja la compra para más tarde. Simultáneamente B , que quince días antes había vendido dos fanegas de trigo por 6 £, con este mismo dinero compra un traje en casa de Moses and Son, y efectúa $D-M$, o la segunda metamorfosis de la mercancía trigo. Si estos dos actos $D-M$ y $M-D$ aparecen aquí como anillos de una cadena, es porque una mercancía expresada en oro se parece a otra, y porque en el oro no se reconoce si hay hierro o trigo metamorfoseados. En el proceso de circulación real, $M-D-M$ aparece como una confusión de una infinidad de miembros, fortuitamente yuxtapuestos o sucesivos, de diferentes metamorfosis totales. El proceso de circulación real no se presenta como metamorfosis total de la mercancía, como movimiento suyo en fases opuestas, sino como un simple agregado de numerosas compras y ventas que se efectúan simultánea o sucesivamente de un modo accidental. Queda así eliminada la determinación formal del proceso, y tanto más completamente cuanto que cada acto aislado de circulación, por ejemplo la venta, es al mismo tiempo su contraria, la compra, o viceversa. Por otra parte, el proceso de circulación es el movimiento de las metamorfosis del mundo de las mercancías, y por consiguiente, debe reflejarlo también en su movimiento total. Examinaremos cómo lo refleja en la sección siguiente. Baste aquí con observar que en $M-D-M$ los dos extremos M no guardan la misma relación formal con D . El primer extremo M es una mercancía particular y se relaciona con el dinero como con la mercancía general, mientras que el dinero es una mercancía general, y se relaciona con el segundo extremo M como con la mercancía singular, $M-D-M$ puede, pues, reducirse por lógica abstracta al silogismo $P-G-S$, en el que la particularidad forma el término mayor, la generalidad el mediano y la singularidad el menor.

Los cambistas entraron en el proceso de circulación en calidad de guardianes de mercancías. Dentro de los límites del proceso se enfrentan bajo el aspecto antitético de comprador y vendedor: el uno, azúcar personificado; el otro, oro personificado. Cuando el azúcar se transforma en oro, el vendedor

se convierte en comprador. Estos caracteres sociales determinados no tienen su origen en la individualidad humana en general, sino en las relaciones de cambio que existen entre dos hombres que producen sus productos bajo la forma determinada de mercancías. Son tan pocas las relaciones puramente individuales que se expresan en la relación del comprador con el vendedor, que uno y otro entran en esta relación precisamente porque queda negado su trabajo individual, es decir, porque se convierte en dinero, porque no es el trabajo de *ningún* individuo. Es tan absurdo, por consiguiente, concebir caracteres económicos burgueses de compradores y vendedores como formas sociales eternas de la individualidad humana, como deplorar el hecho de que tales formas aniquilen la individualidad⁷⁵. Son expresiones necesarias de la individualidad en cierto grado social de la producción. Además, en la oposición de compradores y vendedores, la naturaleza antagónica de la producción burguesa se expresa todavía de manera tan superficial y formal que esta oposición pertenece también a formas de sociedad pre-burguesas, puesto que únicamente exige que los individuos se relacionen unos con otros como tenedores de mercancías.

Si ahora consideramos el resultado de $M-D-M$, se reduce a la permuta de la materia $M-M$. Se ha cambiado mercancía por mercancía, valor de uso por valor de uso, y la transformación de la mercancía en dinero, o la mercancía bajo la forma de dinero, no sirve más que de intermediario en esta permuta de la materia. El dinero se presenta de este modo como simple *instrumento o medio de cambio* de las mercancías; pero no como instrumento de cambio en general, sino como medio de cambio caracterizado por el proceso de circulación, es decir, como

instrumento o medio de circulación⁷⁶.

Pretender deducir que solamente existe la unidad y no la separación de la compra y la venta, fundándose en que el proceso de circulación de las mercancías se extingue en $M-M$, y por consiguiente no parece ser otra cosa que el trueque efectuado por intermedio del dinero, o en que $M-D-M$ en general no se escinde únicamente en dos procesos aislados, sino que representa su unidad en movimiento, es una manera de pensar cuya crítica corresponde a la lógica y no a la economía. Del mismo modo que la separación en el proceso de cambio de la compra y la venta derriba las barreras -localmente consagradas por el tiempo, sacralizadas por la larga tradición o por un sentimiento estúpido- de la circulación de la materia social, constituye asimismo la forma general de la ruptura de sus momentos conexos, que se oponen ahora unos a otros; en una palabra, es la posibilidad general de las crisis comerciales, pero solamente porque el antagonismo entre mercancía y dinero es la forma abstracta y general de todos los antagonismos contenidos en el trabajo burgués. La circulación de la moneda puede tener lugar sin crisis, pero éstas no pueden existir sin aquélla. Lo que equivale a decir que donde el trabajo basado sobre el cambio privado no haya evolucionado todavía hacia la formación del dinero, no puede naturalmente producir fenómenos que suponen el completo desarrollo del proceso de producción burguesa. Podemos, pues, medir la profundidad de la crítica que pretende suprimir los «inconvenientes» de la producción burguesa mediante la abolición del «privilegio» de los metales preciosos y la introducción de un llamado «sistema monetario racional». Para dar una idea, por otra parte, de la apologética economista bastará con citar un pasaje famoso por su extraordinaria agudeza. He aquí lo que dice James Mill, padre de John Stuart Mill, el conocidísimo economista inglés: «No pueden faltar nunca compradores para todas las mercancías. Quien pone a la venta una mercancía desea obtener a cambio otra; luego es comprador por el solo hecho de ser vendedor. Los compradores y vendedores de toda clase de mercancías, considerados en conjunto, deben, pues, por necesidad metafísica, equilibrarse. Si hay más vendedores que compradores de una mercancía, es preciso que haya más compradores que vendedores de otra mercancía.»⁷⁷ Mill establece el

⁷⁵ El siguiente extracto de las *Leçons sur l'industrie et finances*, del Sr. Isaac Pereire (París, 1832) muestra hasta qué punto impresiono o las buenas almas incluso la forma más superficial del antagonismo que se manifiesta en la compra y la venta. El hecho de que este mismo Isaac, como inventor y dictador del Crédito mobiliario, lleve fama de haber sido el terror de la Bolsa de París, enseña también el caso que debe hacerse de la crítica sentimental de la Economía. Pereire, que entonces era un apóstol de Saint-Simon, dice: «Precisamente porque los individuos se hallan aislados, separados unos de otros, sea en sus trabajos, sea para el consumo, hay entre ellos cambio de los productos de su respectiva industria. De la necesidad del cambio se ha derivado la de determinar el valor relativo de los objetos. Las ideas de valor y de cambio se hallan, pues, inmediatamente enlazados, y ambos, en su forma actual, expresan el individualismo y el antagonismo... Hay que fijar el valor de los productos, porque hay venta y compra; en otros términos, antagonismo entre los diversos miembros de la sociedad. Nos ocupamos del precio del valor, sólo porque existe venta y compra, es decir, porque cada individuo se ve obligado a luchar para procurarse los objetos necesarios para la conservación de su vida» (págs. 2-3).

⁷⁶ «El dinero no es más que el medio y la preparación, mientras que las mercancías útiles para la vida son el objeto y fin.» (Boisguillebert, *Le détail de la France*, 1697. *Economistes financiers du XVIII siècle*, de Eugène Daire, vol. I, París, 1843, pág. 210.

⁷⁷ En noviembre de 1807 apareció en Inglaterra una obra de William Spence con el título de *Britain independent of commerce*, cuyo principio desarrolló William Cobbet en su *Political Register*, bajo la forma de *Perish commerce*, James Mill respondió en 1808, en su *Defence of*

equilibrio porque transforma el proceso de circulación en trueque directo, pero vuelve a introducir en éste, de contrabando, las figuras de compradores y vendedores tomadas en el proceso de circulación. Empleando su confuso lenguaje, diremos que en ciertos períodos, durante los cuales no pueden venderse las mercancías, como sucedió en Londres y en Hamburgo en la crisis comercial de 1857-58, hay más compradores que vendedores de *una* mercancía, el dinero, y más vendedores que compradores de *todo el dinero restante*: las mercancías. El equilibrio metafísico de compras y ventas se reduce a que cada compra es una venta y cada venta una compra, lo cual resulta un mediano consuelo para los poseedores de mercancías que no pueden vender, ni, por lo tanto, comprar⁷⁸. La separación de venta y compra hace posibles, junto al comercio propiamente dicho, numerosas transacciones ficticias anteriores al cambio definitivo entre productores y consumidores de mercancías. También permite penetrar en el proceso de producción y explotar esta separación a una multitud de parásitos. Lo que equivale a decir una vez más que con el dinero como forma universal del trabajo en el sistema burgués se da la posibilidad del desarrollo de sus contradicciones.

b) La circulación del dinero

commerce, que contiene ya el pasaje tomado a sus *Elements of Political Economy*, antes, citado. En su polémica con Sismondi y Malthus sobre las crisis comerciales, J. B. Say se apropia este agradable hallazgo, y como resultada imposible decir con qué novedad ha enriquecido a la economía política este cómico «príncipe de la ciencia» -su mérito ha consistido más bien en la imparcialidad con que ha comprendido mal a sus contemporáneos Malthus, Sismondi y Ricardo- sus admiradores del continente han alborotado y asegurado que es él quien ha desenterrado este tesoro del equilibrio metafísico de las compras y ventas.

⁷⁸ Los ejemplos siguientes mostrarán de qué manera los economistas representan los diferentes aspectos de la mercadería: «Si poseemos el dinero, no tenemos que hacer más que un solo cambio para procurarnos el objeto de nuestro deseo, mientras que con otros productos hay que hacer dos, y el primero (procurarse el dinero) es infinitamente más difícil que el segundo. G. Opúyke, *A treatise on political economy*: Nueva York, 1851, págs. 277-278.

«La mayor facilidad que existe para vender la moneda es consecuencia natural de la dificultad de vender las mercancías.» Corbet Th., *An Inquiry into the causes and modes of the wealth of individuals*, etc.; Londres, 1841, pág. 117. «El dinero posee la cualidad de ser siempre cambiante por los objetos que mide». Bossanquet, *Metallic, Paper and Credit Currency*, etc.; Londres, 1842, pág. 100.

«El dinero siempre puede comprar las demás mercancías, mientras que las demás mercancías no siempre pueden comprar el dinero.» Th. Tooke, *An Inquiry into the currency principle*, segunda edición, Londres, 1844, pág. 10.

La circulación real se anuncia en primer lugar como una masa de compras y ventas accidentalmente paralelas. En la compra y en la venta, la mercancía y el oro dinero se confrontan siempre en la misma relación, el vendedor al lado de la mercancía, el comprador al lado del dinero. El dinero, que sirve de instrumento de circulación, aparece, pues, siempre como *instrumento de compra*, y de ahí que sus distintos caracteres en las fases opuestas de la metamorfosis de las mercancías se hayan hecho irreconocibles.

El mismo acto hace pasar el dinero a la mano del vendedor y la mercancía a la del comprador. La mercancía y el dinero corren, pues, en opuesta dirección, y este cambio de lugar, en el que la mercancía pasa a un lado y el dinero al otro, se efectúa simultáneamente en un número indeterminado de puntos sobre toda la superficie de la sociedad burguesa. Pero el primer paso que da la mercancía en la circulación es también el último⁷⁹. Es lo mismo que se desplace por haber atraído al oro (*M-D*) o por haber sido atraída por él (*D-M*); el caso es que por este solo movimiento, por este cambio de lugar único, cae de la circulación al consumo. La circulación es un movimiento continuado de mercancías, pero de mercancías siempre distintas, y cada mercancía se mueve sólo una vez. Cada mercancía comienza la segunda mitad de su circulación, no como la misma mercancía, sino como otra distinta, como oro. El movimiento de la mercancía metamorfoseada es, pues, el movimiento del oro. La misma moneda o el mismo oro que en el acto *M-D* ha cambiado de sitio una vez con una mercancía, aparece inversamente como punto de partida de *M-D* y cambia de lugar por segunda vez con otra mercancía. Lo mismo que ha pasado de la mano del comprador *B* a la del vendedor *A*, pasa ahora de la mano de *A*, convertido en comprador, a la de *C*. El movimiento formal de una mercancía, su transformación en dinero y su nueva transformación de dinero en mercancía, o el movimiento de la metamorfosis total de la mercancía, aparece, pues, como movimiento exterior de la misma moneda, que por dos veces cambia de sitio con dos mercancías distintas. Por muy fortuitas y dispersas que sean las compras y ventas simultáneas, siempre, en la circulación real un comprador se enfrenta con un vendedor, y el dinero que se desliza en el sitio que ocupaba la mercancía vendida ha tenido que cambiar ya de sitio con otra mercancía antes de pasar a la mano del comprador. Por otra parte este dinero pasa de nuevo, tarde o temprano, de la mano del vendedor, convertido en comprador, a la de un nuevo vendedor,

⁷⁹ La misma mercadería puede ser comprada y vendida varias veces. En este caso ya no circula a título de simple mercancía, sino que tiene un destino que no existe todavía desde el punto de vista de la circulación simple, de la simple oposición entre mercancía y dinero.

y por medio de estos repetidos desplazamientos expresa la concatenación de las metamorfosis de las mercancías. Las mismas monedas se mueven, pues, siempre en una dirección opuesta a la de las mercancías movidas, una más a menudo, otra menos, de un punto de la circulación a otro, y describen, por consiguiente, un arco de circulación más o menos grande. Estos diferentes movimientos de la misma moneda tienen que suceder en el tiempo e inversamente, la multiplicidad y la dispersión de compras y ventas se presentan en el simultáneo cambio de lugar de las mercancías y del dinero, cambio que se efectúa paralela y contiguamente.

La circulación de las mercancías $M-D-M$, bajo su forma simple se realiza por el paso del dinero de la mano del comprador a la del vendedor y de la mano de éste, convertido en comprador, a la de un nuevo vendedor. La metamorfosis de la mercancía se termina aquí, así como el movimiento del dinero, como expresión que es de ella. Pero como continúan produciéndose siempre nuevos valores de uso en forma de mercancías que tienen que ser lanzados siempre de nuevo a la circulación, $M-D-M$ se repite y se renueva entre los mismos cambistas. El dinero que han gastado en comprar vuelve de nuevo a ellos tan pronto como venden mercancías. La constante renovación de la circulación de mercancías se refleja en ésta de tal modo que el oro no sólo rueda incesantemente de una mano a otra por toda la superficie de la sociedad burguesa, sino que hasta describe una suma de distintos y pequeños ciclos que parten de un número infinito de diferentes puntos y vuelven a los mismos para volver a comenzar el movimiento.

Si el cambio de forma de las mercancías aparece como un simple cambio de lugar del dinero, y si la continuidad del movimiento de la circulación corresponde por completo al dinero, puesto que la mercancía no da nunca más que un paso en dirección opuesta a la del dinero, mientras que éste da siempre el segundo por la mercancía, y dice B donde la mercancía ha dicho A , entonces, el movimiento entero ofrece la *apariencia* de que procede del dinero. Pero en la venta, la mercancía hace salir al dinero de su posición y, por consiguiente, le hace circular del mismo modo que éste obliga a circular a la mercancía. Porque como, además, el dinero se le enfrenta como instrumento de compra, pero como tal no mueve a las mercancías sino cuando realiza sus precios, el movimiento entero de la circulación toma esta apariencia: que la moneda cambia de lugar con las mercancías realizando sus precios, sea en actos especiales de la circulación que se realizan simultáneamente, juntos, sea sucesivamente, puesto que la misma moneda realiza diferentes precios de mercancías, unos después de otros. Si consideramos, por ejemplo, $M-D-M'-D-M''-D-M'''$, etc., sin tener en cuenta momentos cualitativos, sólo comprobamos

la misma operación monótona. D , después de haber realizado el premio de M , realiza sucesivamente los de $M'-M''$ y las mercancías $M, M', M'',$ etc., se colocan siempre en el lugar que abandona el dinero. Al realizar sus precios, el dinero parece, pues, que pone en circulación a las mercancías. En esta función de realización de precios, el dinero mismo circula siempre, tan pronto cambiando de lugar solamente, como recorriendo un pequeño arco de circulación, o describiendo un pequeño círculo en el que coinciden el punto de salida y el de llegada. Cuando es instrumento de circulación posee la suya propia. Por eso el movimiento formal de las mercancías evolutivas aparece como movimiento propio suyo, en tanto que es mediador de cambio de las mercancías inmóviles por sí mismas. El movimiento del proceso de circulación de las mercancías se manifiesta, pues, en el movimiento del dinero en cuanto instrumento de circulación, en la *circulación del dinero*.

Si los poseedores de mercancías representaban los productos de sus trabajos privados como productos del trabajo social transformando un objeto, el oro, en tiempo de trabajo general concretado, y, por consiguiente, en dinero, ahora su propio movimiento universal, por medio del cual se opera la circulación de materia de sus trabajos, se yergue ante ellos como movimiento particular de una cosa, como curso del oro. Para los cambistas el movimiento social es, por una parte, una necesidad exterior, y por otra un proceso puramente formal que permite retirar a cada individuo, a cambio del valor de uso que lanza a la circulación, otros valores de uso de la misma magnitud de valor. La utilidad de la mercancía comienza al salir de la circulación, mientras que la utilidad del dinero, como instrumento de la circulación, estriba en su circulación. El movimiento de la mercancía en la circulación no es más que un movimiento accidental, en tanto que la función del dinero consiste en moverse en la circulación sin descanso. Esta función específica del dinero en la circulación le da, como instrumento de circulación que es, una determinación formal nueva que debemos desarrollar ahora con más detalle.

En primer lugar, es claro que el curso de la moneda es un movimiento infinitamente disperso, puesto que en él se refleja la infinita dispersión de compras y ventas del proceso de la circulación, así como la separación fortuita de las fases integrantes de la metamorfosis de las mercancías. En los pequeños circuitos del dinero en los que coinciden los puntos de salida y llegada hay, es verdad, un movimiento de vuelta, un verdadero movimiento circular, pero, en primer lugar, hay tantos puntos de salida como mercancías, y además estos circuitos, por su multiplicidad indeterminada, se sustraen a toda intervención, a todo cálculo, a toda medida. El lapso de tiempo entre la salida y la vuelta al punto de partida tampoco está más determinado. Por eso

mismo es indiferente que semejante círculo sea o no descrito en un caso dado. El hecho económico más universalmente conocido es que se puede gastar dinero con una mano sin que vuelva a la otra. El dinero parte de puntos variados hasta el infinito y vuelve a puntos infinitamente variados; pero la coincidencia del punto de salida y de llegada es fortuita, porque el movimiento *M-D-M* no implica necesariamente que el comprador vuelva a ser vendedor. El curso de la moneda representa menos aún un movimiento que irradia de un centro hacia todos los puntos de la periferia y que vuelve de todos esos puntos al centro. El llamado movimiento circular del dinero, cuya imagen flota delante de los ojos, se reduce al hecho de que sobre todos los puntos se comprueba su aparición y desaparición, su desplazamiento incesante. En una forma superior mediadora de la circulación del dinero, por ejemplo, la circulación de los billetes, veremos que las condiciones de gasto del dinero encierran las de su reflujo. En la circulación simple, al contrario, el mismo comprador se hace vendedor por casualidad. Cuando los verdaderos movimientos circulares se muestran en estado crónico, no son más que el reflejo de procesos de producción más profundos. Por ejemplo, el fabricante toma dinero de su banquero el viernes; lo envía a sus obreros el sábado; éstos gastan su mayor parte en las tiendas o almacenes, etc., y el lunes estos últimos lo vuelven a traer a los banqueros.

Hemos visto que en las compras y ventas múltiples que se efectúan juntas indistintamente, el dinero realiza simultáneamente una cantidad dada de precios y que no cambia de lugar con la mercancía más que una sola vez. Por otra parte, una misma moneda, por lo mismo que en su movimiento aparece el movimiento de las metamorfosis totales de las mercancías y la concatenación de aquéllas, realiza los precios de diferentes mercancías y da así un número más o menos grande de vueltas. Si consideramos, pues, el proceso de circulación en un país durante un período dado de tiempo, por ejemplo, de un día, la masa de oro necesaria para la realización de los precios, y, por tanto, para la circulación de las mercancías, estará determinada por el doble momento de la suma total de estos precios y el número medio de vueltas de las mismas monedas. Este número de vueltas -o la velocidad media del curso del dinero- está determinado igualmente por la velocidad media con que las mercancías recorren las diferentes fases de su metamorfosis, por la velocidad con que se encadenan estas metamorfosis, y por la velocidad con que las mercancías, que han realizado sus metamorfosis, son reemplazadas por otras mercancías en el proceso de circulación. Mientras, en virtud de la fijación de precios, el valor de cambio de todas las mercancías se había transformado idealmente en un *quantum* de oro del mismo valor, y

mientras en los dos actos aislados de la circulación *D-M* y *M-D* existía la misma suma de valor bajo dos formas, bajo la de mercancía y la de oro, la existencia funcional del oro como instrumento de circulación está determinada, no por su relación aislada con las mercancías particulares que permanecen en reposo, sino por su existencia agitada en el mundo de las mercancías en movimiento; está determinada por su función de expresar, en su propio cambio de lugar, el cambio formal de las mercancías y representar, pues, así, por la rapidez de su cambio de lugar la rapidez del cambio formal de las mercancías. La presencia real en el proceso de circulación, es decir, la masa real de oro que circula está determinada ahora por su actividad funcional en el mismo proceso total.

La circulación del dinero supone la de las mercancías; el dinero hace circular mercancías que tienen precios, es decir, que están ya puestas idealmente en ecuación con cantidades determinadas de oro. En la determinación del precio de las mercancías la magnitud del valor del *quantum* de oro que sirve de unidad de medida, o el valor del oro, se supone dada. Admitido esto, el *quantum* de oro que se requiere para la circulación está determinado, primeramente, por la suma total de los precios de las mercancías que hay que realizar. Esta suma total está determinada a su vez: 1.º Por el nivel de los precios, por la elevación o depresión relativas de los valores de cambio de las mercancías estimadas en oro; y 2.º Por la masa de las mercancías circulantes a precios determinados, o sea, por el número de compras y ventas con precios dados⁸⁰. Si una fanega de trigo cuesta 60 chelines, hace falta doble cantidad de oro para hacerla circular o realizar su precio, que si costase 30 chelines. La circulación de 500 fanegas a 60 chelines exige doble cantidad de oro que la circulación de 250 fanegas al mismo precio. Por último, la circulación de 10 fanegas a 100 chelines exige la mitad de oro que la circulación de 40 fanegas a 50 chelines. Se deduce de esto que la cantidad de oro que se requiere para la circulación puede bajar, a pesar del alza de los precios, si la masa circulante de mercancías sufre una disminución en proporción menor que el aumento de la suma total de precios, y que, a la inversa, la masa de los instrumentos de circulación puede aumentar si disminuye la masa de las mercancías circulantes;

⁸⁰ La masa del dinero es indiferente, «con tal de que haya bastante para mantener los precios adquiridos por las mercancías». Boisguillebert, *Le détail de la France*, pág. 210. «Si la circulación de mercancías por valor de 400 millones de libras esterlinas exige una masa de oro de 40 millones... y suponiendo que esta proporción de 1/10 sea el nivel adecuado..., en el caso de que el valor de las mercancías circulantes subiera a 450 millones..., la masa de oro, para quedar a nivel, debería de ascender a 45 millones.» W. Blake, *Observations on the effects produced by the expenditure of Government*, etcétera; Londres, 1823. págs. 80-81.

pero la suma de sus precios aumenta en una proporción mayor. Así, concienzudos estudios de detalle efectuados por los ingleses han demostrado que en Inglaterra, en los primeros grados de un encarecimiento de cereales, la masa del dinero circulante aumenta, porque la suma de los precios de la masa de cereales disminuida es mayor que la suma de los precios de la masa de aquéllos antes de la disminución; pero que al mismo tiempo las demás mercancías continúan circulando tranquilamente, durante cierto tiempo, con sus antiguos precios. En un grado superior de encarecimiento de los cereales la masa del dinero disminuye por el contrario, ya sea porque al mismo tiempo que los cereales se vendan menos mercancías a sus antiguos precios, ya porque se vendan mercancías en igual cantidad, pero a precios más bajos.

Hemos visto que la cantidad de dinero circulante no está determinada solamente por la suma total de los precios de las mercancías que hay que realizar, sino también por la rapidez con que el dinero circule o efectúe el trabajo de esta realización. Si el mismo soberano hace diez compras de mercancías en el mismo día, al precio de 1 soberano la mercancía cada vez, y cambia de mano, por tanto, 10 veces, hace exactamente el mismo trabajo que 10 soberanos cada uno de los cuales hubiera circulado solamente una vez en el día⁸¹. La rapidez del curso del oro puede así suplir a su cantidad, o sea, que lo presencio del oro en la circulación no está sólo determinada por su presencia o título de equivalente al lado de la mercancía, sino también por su presencia en el movimiento de la metamorfosis de los mercancías. Sin embargo, la rapidez del curso del dinero no suple a su cantidad sino hasta cierto grado, puesto que en cada período de tiempo dado se efectúan juntamente un infinito número de compras y ventas independientes.

Si el conjunto de los precios de las mercancías circulantes aumenta, pero en menor proporción que el crecimiento de velocidad del curso de la moneda, disminuye la masa de los medios de circulación. Si, por el contrario, la velocidad de la circulación disminuye en mayor proporción que la baja del precio total de la masa de mercancías que circula, aumentará la masa de los medios de circulación. Cantidad creciente de los instrumentos de circulación con bajo general de precios; cantidad decreciente de los medios de circulación, con alza general de precios, es uno de los fenómenos mejor observados en la historia de los precios de las mercancías. Pero las causas que producen una elevación en el nivel de los precios y una elevación mayor aún en el grado de rapidez del curso de la moneda, no entran en el dominio de la circulación simple. A modo de

ilustración se puede recordar que durante el período en que predominó el crédito es cuando la velocidad del curso de la moneda crece más rápidamente que los precios de las mercancías, mientras que al disminuir el crédito, los precios de las mercancías disminuyen con más lentitud que la velocidad de la circulación. El carácter superficial y formal de la circulación simple del dinero salta a la vista si se considera que todos los factores que determinan la cantidad de los medios de circulación, tales como: masa de mercancías circulantes, precios, alza o bajo de los mismos, número de compras y ventas simultáneas, velocidad del curso de la moneda, dependen del proceso de la metamorfosis de las mercancías, el cual depende, asimismo, del carácter de conjunto del modo de producción, de la densidad de población, de la proporción entre la ciudad y el campo, del desarrollo de los medios de transporte, de la mayor o menor división del trabajo, del crédito, etc., en una palabra, de circunstancias que se encuentran todas fuera de la circulación simple del dinero y que no hacen más que reflejarse en ella.

Dada la velocidad de la circulación, la masa de los instrumentos de circulación está determinado simplemente por los precios de las mercancías. Los precios no son altos o bajos porque circule más o menos dinero, sino que circula más o menos porque aquéllos son altos o bajos. Esta es una de las más importantes leyes económicas, y su demostración detallada por medio de la historia de los precios de las mercancías es quizá el único mérito de la economía inglesa posterior a Ricardo. Si la experiencia muestra ahora que el nivel de la circulación metálica, o la masa de oro o de plata que circula en un país determinado, se halla expuesta efectivamente a flujos y reflujos temporales, a veces violentísimos⁸², pero que en conjunto queda la misma durante períodos de tiempo bastante largos, y que los desniveles no conducen más que a débiles oscilaciones, se explica este fenómeno sencillamente por la naturaleza antagónica de las condiciones que determinan la masa de dinero que circula. Su

⁸² En 1858, Inglaterra presentó un ejemplo de baja extraordinaria de la circulación metálica, como puede verse por el extracto siguiente del *London Economist*: «Como consecuencia de la dispersión que caracteriza a la circulación simple, es imposible procurarse datos muy exactos acerca de la cantidad de moneda que fluctúa en el mercado y en manos de las clases que no la depositan en la banca. Pero quizá la actividad o inactividad de las monedas de las grandes naciones comerciales podría facilitar indicaciones útiles sobre las variaciones de dicha cantidad. Acuñaarán mucha cuando necesiten mucha, poca cuando ocurra lo contrario... La moneda inglesa acuñada era en 1855: 9.245.000 libras, 1856: 6.476.000 libras, 1857: 5.293.855 libras. En el año 1858, la Casa de la Moneda no ha tenido casi trabajo.» *Economist*, Julio 10, 1858. Pero en la misma época había cerca de 18 millones de libras esterlinas oro en los sótanos del Banco.

⁸¹ «Es la rapidez de circulación del dinero y no la cantidad de los metales lo que hace que aparezca poco o mucho dinero.» Galliani, pág. 99.

simultánea modificación paraliza su efecto y deja las cosas en su primitivo estado.

La ley que establece que la cantidad de los medios de circulación queda determinada merced a la velocidad del curso del dinero y a la suma de los precios de las mercancías, puede expresarse también del modo siguiente: dados los valores de cambio de las mercancías y la velocidad media de sus metamorfosis, la cantidad de oro que circula depende de su propio valor. Por consiguiente, si el valor del oro, es decir, el tiempo de trabajo exigido para su producción, aumentase o disminuyese, los precios de las mercancías aumentarían o disminuirían en razón inversa, y a este alza o baja generales de los precios, permaneciendo constante la velocidad de circulación, correspondería una cantidad de oro más o menos grande para hacer circular la misma cantidad de mercancías. Idéntico cambio tendría lugar si la antigua medida del valor fuese suplantada por un metal de un valor más o menos grande. Así, por ejemplo, cuando Holanda, por delicadeza hacia los rentistas, y por temor a las consecuencias de los descubrimientos en California y Australia, sustituyó la moneda de oro por la de plata, necesitó catorce o quince veces más cantidad de plata que antes de oro para hacer circular la misma cantidad de mercancías.

Puesto que el «quantum» de oro que circula depende de la suma variable de los precios de las mercancías y de la velocidad también variable de la circulación, se deduce que la masa de los medios de circulación metálica debe de ser capaz de contraerse y dilatarse; en una palabra: que para responder a la necesidad del proceso de circulación, el oro, en calidad de instrumento de circulación, debe de entrar en el proceso unas veces y retirarse otras. Ya veremos más adelante cómo el mismo proceso de circulación realiza estas condiciones.

c) La moneda. El signo del valor

En su función de instrumento de circulación, el oro adquiere una forma propia, se convierte en *moneda*. Para que su curso no se detenga por dificultades técnicas, el oro está acuñado con arreglo al patrón de moneda circulante. Las piezas de oro cuya acuñación y figura indican que contienen fracciones de peso de oro representadas por la denominación corriente del dinero, libras esterlinas, chelines, etc., son monedas. Lo mismo que para la determinación del precio monetario, el trabajo técnico de la acuñación incumbe al Estado. Como moneda circulante y como tal moneda, el dinero adquiere un *carácter local y político*, habla diferentes idiomas y lleva distintos uniformes nacionales. La esfera en la cual el dinero circula como moneda es una esfera *interior* de la circulación de las mercancías, circunscrita por las fronteras de una comunidad, y que se separa de la circulación *general* del mundo de las mercancías. Sin embargo, el oro en

lingote y el acuñado no se distinguen entre sí más de lo que se distinguen su denominación monetaria y su denominación de peso. Lo que en el último caso era diferencia de nombre aparece ahora como simple diferencia de figura. La moneda de oro puede ser echada al crisol y convertida en oro *sans phrase*, e inversamente; basta enviar el lingote a la Casa de la Moneda para que tome la forma monetaria. La operación de convertir y volver a convertir una figura en otra es puramente técnica.

Con 100 libras ó 1.200 onzas troy de oro de 22 quilates se obtienen en la Casa de la Moneda inglesa 4.672 y media libras o soberanos de oro, y si se colocan éstos sobre uno de los platillos de la balanza y en el otro 100 libras de oro en lingote, hay equilibrio de peso y se obtiene la prueba de que el soberano no es otra cosa que la parte de peso de oro indicada con aquel nombre en el precio monetario inglés, con figura e inscripción propias. Los 4.672 y medio soberanos de oro son lanzados a la circulación desde diversos puntos, y arrastrados por ella, realizan en un día un número determinado de vueltas; unos más, otros, menos. Si el número medio de vueltas diarias de cada onza fuese 10, las 1.200 onzas de oro realizarían una suma total de precios de mercancías que ascenderían a 12.000 onzas ó 46.725 soberanos. Por muchas vueltas que se le dé, una onza de oro no pesará nunca como diez onzas. Pero aquí, en el proceso de circulación, una onza pesa efectivamente como diez onzas. La existencia de la moneda, dentro de los límites del proceso de circulación, es igual al «quantum» de oro que contiene multiplicado por el número de vueltas que da. Además de su existencia real como pieza de oro de un peso determinado, la moneda adquiere una existencia ideal que nace de su función. Pero aunque el soberano recorra el círculo uno o diez veces, en cada compra o venta aisladas, actúa como un solo soberano. Puede decirse de él como del general, que, gracias a su oportuna presencia en diez puntos distintos en un día de batalla, reemplaza a diez generales; pero, sin embargo, en cada uno de estos diez puntos distintos es un mismo y único general. La idealización del instrumento de circulación, que durante el curso de la moneda se produce porque la rapidez suple a la cantidad, no se refiere sino a la existencia funcional de la moneda en el proceso de circulación, pero no afecta a la existencia de la moneda individual.

No obstante, el curso de la moneda es un movimiento exterior, y el soberano, aunque *non olet*, frecuenta una sociedad muy heterogénea. Por el roce de toda clase manos, bolsos, bolsillos, portamonedas, cinturones, cajas y arcas, la moneda se gasta, deja un átomo aquí, otro allí, y a causa de este desgaste, en su carrera pierde más y más de su contenido. Detengamos el soberano en el momento en que su carácter genuino, puro, no se halla más que ligeramente rozado. «Un panadero que recibo hoy del

Banco un soberano reluciente y nuevo y al día siguiente lo remita al molinero, no le da el mismo «verdadero» soberano; éste es más ligero que el que había recibido»⁸³. «Es evidente que las especies, por la naturaleza misma de las cosas, tienen que depreciarse pieza por pieza, a consecuencia del desgaste habitual e inevitable. Excluir enteramente de la circulación en un momento cualquiera, aunque no fuese más que por un sólo día, las monedas menudas, constituye una imposibilidad física»⁸⁴. Jacob estima que de los 380 millones de libras esterlinas que existían en Europa en 1809, 19 millones habían desaparecido a causa del desgaste⁸⁵ en 1829, o sea, en un período de tiempo de veinte años. Por tanto, así como la mercancía al dar el primer paso en el seno de la circulación, sale de ella, la moneda, tras dar algunos pasos en el ámbito de la circulación, representa un peso metálico superior al que realmente tiene. Cuanto más tiempo dura el curso de una moneda, permaneciendo constante la velocidad de la circulación, o cuanto más rápida es su circulación en el mismo espacio de tiempo, más se destaca su función monetaria de su sustancia metálica. Lo que queda es *magni nominis umbra*. El cuerpo de la moneda no es más que una sombra. Así como al principio ganaba peso en el proceso, ahora lo pierde; pero sin embargo sigue valiendo el "*quantum*" de oro primitivo en cada compra o venta aislada. El soberano, que ahora no es más que un simulacro de soberano, un simulacro de oro, continúa llenando la función de la pieza de oro legítima. En tanto que otros seres pierden su idealismo por su roce con el mundo exterior, la moneda se idealiza por la práctica, y su cuerpo de oro o de plata no es más que un fantasma. Esta segunda idealización de la moneda metálica, ocasionada por el proceso mismo de la circulación, o la escisión entre su contenido nominal y su contenido real, es explotada en parte por los Gobiernos, en parte por los aventureros particulares, que falsifican las monedas por todos los procedimientos. Toda la historia de la acuñación, desde el comienzo de la Edad Media hasta bien entrado el siglo XVIII, se reduce a la historia de estas falsificaciones bilaterales y antagónicas, y la voluminosa recopilación de economistas italianos de Custodi se refiere en gran parte a este particular.

La existencia ficticia del oro en el interior de sus funciones choca con su existencia real. En la

circulación una moneda de oro ha perdido más, otra menos, de su sustancia metálica, y un soberano vale ahora en realidad más que otro. Precisamente porque en su función monetaria valen tanto uno como otro, y porque el soberano que es un cuarto de onza vale más que el que no presenta el aspecto de ser un cuarto de onza, por todo esto, los soberanos de peso sufren entre las manos de tenedores poco escrupulosas operaciones quirúrgicas, y se les cercena artificialmente lo que la circulación quitaba naturalmente a sus hermanos ligeros, roídos y estropeados, y el sobrante de su grasa de oro va a fundirse al crisol. Si 4.672 y medio soberanos de oro puestos sobre el platillo de la balanza no pesan por término medio más que 800 onzas en lugar de 1.200, llevados al mercado no comprarán más que 800 onzas de oro, a menos que el precio de venta del oro se eleve por encima de su precio monetario. Cada moneda, aunque tuviese su peso, valdría menos bajo su forma de moneda que bajo su forma de lingote. Los soberanos de peso serían transformados de nuevo en su forma de lingote, bajo la cual a mayor cantidad de oro corresponde más valor. Tan pronto como esta pérdida de contenido metálico hubiese alcanzado a un número suficiente de soberanos como para poder ocasionar un alza persistente del precio de venta del oro por encima de su precio monetario, los nombres contantes de las monedas seguirían siendo los mismos, pero designarían en lo sucesivo un «quantum» de oro menor. En otros términos: el patrón de moneda cambiaría, y en adelante el oro sería acuñado conforme a este nuevo patrón. Por su idealización como instrumento de circulación, el oro cambiaría de rechazo las relaciones legalmente establecidas en las cuales figuraba como patrón de los precios. Al repetirse la misma revolución al cabo de cierto tiempo, el oro en su función de patrón de precios e instrumento de circulación quedaría sometido a un cambio continuo, de tal manera que el cambio en una de las formas traería como consecuencia obligada el de la otra, y viceversa. Esto explica el fenómeno antes mencionado: que en la historia de todos los pueblos modernos el mismo nombre monetario quedaba unido a un contenido metálico que iba disminuyendo siempre. La contradicción entre el oro que sirve de moneda y el oro que sirve de patrón de precios, existe también entre el oro monetario y el oro equivalente general, bajo cuya forma circula no solamente dentro de los límites nacionales, sino también en el mercado mundial. Como equivalente en el acto aislado *M-D*, pasa en seguida del movimiento al reposo, mientras que como moneda su sustancia natural está en perpetuo conflicto con su función. La transformación de un soberano de oro en oro ficticio no puede evitarse por completo, pero la legislación trata de impedir que se implante como moneda, desmonetizándolo cuando la pérdida de sustancia ha

⁸³ Dodd, *Curiosities of industry*, etc.; Londres, 1854.

⁸⁴ *The currency question reviewed*, etc., by a banker, Edimburgo, 1845, pág. 69, etc ... «Si un escudo un poco usado se reputase como un valor algo menor que un escudo nuevo, la circulación se detendría a cada momento, y no habría un solo pago que no fuese discutido»; G. Garnier, t. I, pág. 24.

⁸⁵ Jacob W., *An inquiry into the production and consumption of the precious metals*; Londres, 1831, vol. II, cap. XXVI.

alcanzado cierto grado. Según la ley inglesa, por ejemplo, un soberano que haya perdido más de 0,747 gramos de peso no es ya un soberano legal. El Banco de Inglaterra, que desde 1844 a 1848 no habrá pesado menos de 48 millones de soberanos de oro, posee una máquina, la balanza de M. Cotton, que no solamente descubre una diferencia de 1/100 de gramo entre dos soberanos, sino que, como un ser inteligente, lanza la pieza ligera sobre una plancha, donde es cogida por otra máquina, que la despedaza con crueldad completamente oriental. En estas condiciones, las monedas no podrían circular de ningún modo si su curso no quedara restringido a determinados sectores de la circulación, dentro de cuyos límites se gastan menos rápidamente.

Una moneda de oro cuyo valor en la circulación se reputa como de 1/4 de onza, cuando en realidad no pese más que 1/5 de onza, queda de hecho convertida en un simple signo o símbolo para 1/20 de onza de oro, y así toda moneda de oro queda más o menos transformada por el proceso mismo de la circulación en un simple signo o símbolo de su sustancia. Pero nada puede ser su propio símbolo. Unas uvas pintadas no son símbolo de uvas reales, sino de simulacros de uvas. Y menos aún puede ser un soberano falto de peso símbolo de un soberano con peso cabal, del mismo modo que un caballo flaco no puede ser el símbolo de un caballo gordo. Puesto que el oro se convierte en símbolo de sí mismo, pero no puede servir como tal, en los sectores de la circulación donde se gasta más de prisa, es decir, en aquellos en que las compras y ventas se renuevan constantemente en las mínimas proporciones, reviste una forma de aparición simbólica de plata o cobre separada de su forma de oro. Una determinada proporción de la totalidad de la moneda de oro, aunque no fuesen las mismas monedas, circularía siempre en estos sectores como moneda. En esta proporción es reemplazado el oro por fichas de plata o de cobre. En tanto que una mercancía específica puede sólo funcionar como medida de los valores, y por consiguiente como dinero en el interior de un país, diferentes mercancías pueden servir de moneda al lado del dinero. Estos medios de circulación subsidiarios, fichas de plata o de cobre, por ejemplo, representan en la circulación fracciones determinadas de la moneda de oro. No está, pues, determinado su propio contenido de plata o de cobre en razón del valor de la plata y del cobre con respecto al oro, sino que está fijado arbitrariamente por la ley no pueden ser gastadas sino en las cantidades en que las fracciones diminutivas de la pieza de oro que representan, circularían de un modo continuo, bien fuera para cambiar piezas de oro de nombre más elevado, bien fuera para realizar precios bajos de mercancías correspondientes. En la circulación pormenorizada de las mercancías, las fichas de plata y de cobre corresponderían también a círculos

particulares. La rapidez de su curso está en razón inversa del precio que realizan en cada compra y en cada venta, o de la magnitud de la fracción de oro que representa. Si se considera la enorme extensión del pequeño comercio cotidiano en un país como Inglaterra, la proporción relativamente insignificante de la cantidad total de la moneda menuda, muestra claramente la rapidez y continuidad de su curso. De un informe parlamentario publicado recientemente resulta que en 1857 la Casa de la Moneda inglesa acuñó oro por valor de 4.859.000 £, plata por un valor nominal de 733.000 £, y por valor metálico de 363.000 £. La suma total de oro acuñado en un plazo de diez años, que terminaba el 31 de diciembre de 1857, fue de 55.239.000 £, la de plata solamente de 2.434.000 £. Las monedas de cobre no representaban en 1857 más que un valor nominal de 6.720 £, con un valor metálico de 3.492 libras, de las cuales 3.136 en *peniques*, 2.464 en *medios peniques* y 1.120 en *farthings*. El valor total de las monedas de cobre acuñadas en estos diez últimos años era de 141.477 £ en valor nominal, y teniendo un valor metálico de 73.503 £. Como quiera que se impide a las monedas de oro que se fijen en su función de monedas, determinando legalmente la pérdida metálica que las desmonetiza, se impide inversamente a las fichas de plata y cobre que pasen de sus esferas de circulación a la esfera de las monedas de oro y que se fijen como moneda, determinando el precio que realizan legalmente. En Inglaterra el cobre puede ser de pago obligado hasta la suma de seis *peniques* solamente, y la plata hasta la de 40 chelines. Si la emisión de fichas de plata y cobre fuese mayor de lo que exigen las necesidades de sus esferas de circulación, no daría como consecuencia un alza en los precios de las mercancías, sino que resultaría una acumulación de estas fichas en las manos de los vendedores al detall, quienes se verían obligados finalmente a venderlas como metal. Así fue como en 1798 las monedas de cobre gastadas por los particulares se habían acumulado en cantidad de 20.350 libras en manos de los tenderos, quienes intentaban en vano volver a ponerlas en circulación, y a fin de cuentas tuvieron que lanzarlas al mercado del cobre en calidad de mercancías⁸⁶.

Las fichas de plata y cobre que representan las monedas de oro en las esferas determinadas de la circulación interior poseen un contenido de plata o cobre determinado legalmente, pero aprehendidas por la circulación, se desgastan como las monedas de oro, y a consecuencia de la rapidez y continuidad de sus cursos, se idealizan aún más de prisa, hasta llegar a no ser más que sombras. Si se trazase ahora una nueva línea de desmetalización más allá de la cual las fichas de plata y cobre perdiesen su carácter de

⁸⁶ David Buchanan. *Observations on the subjects treated of in doctor Smith's Inquiry on the Wealth of Nations, etc.*; Edimburgo, 1814, pág. 31.

moneda, tendrían que ser reemplazadas a su vez en el interior de círculos determinados de su propia esfera de circulación por otra moneda simbólica: el hierro o el plomo. Y representar la moneda simbólica por otra moneda simbólica constituiría un proceso sin fin. Por eso en todos los países en que la circulación es intensa, el mismo curso de la moneda exige que el carácter monetario de las fichas de plata y cobre se haga independiente del grado de su pérdida metálica. Resulta, pues, como es natural, que son símbolos de las monedas de oro, no porque sean símbolos compuestos de plata y cobre, no porque tengan un valor, sino precisamente porque no lo tienen.

Y de este modo, objetos relativamente sin valor, como *el papel*, pueden servir como símbolos de la moneda de oro. Si la moneda subsidiaria consiste en fichas de metal, plata, cobre, etc., es, sobre todo, porque en la mayor parte de los países los metales de menor valor servían de moneda; por ejemplo, la plata en Inglaterra, el cobre en la República de la antigua Roma, en Suecia, en Escocia, etcétera, antes de que el proceso de circulación los degradase al rango de moneda menuda y los reemplazase por metales más preciosos. Es natural, por otra parte, que el símbolo del dinero, nacido inmediatamente de la circulación metálica, sea un metal. Del mismo modo que la porción de oro que debería de circular siempre como moneda fraccionaria es reemplazada por fichas de metal, así también la porción de oro que es absorbida siempre como moneda en la esfera de la circulación privada, y que debe circular constantemente, puede ser reemplazada por fichas sin valor. El nivel mínimo de la masa de moneda circulante nunca disminuye y se determina en cada país empíricamente. La diferencia, insignificante en su origen, entre el contenido nominal y el metálico de las especies de metal, puede, pues, evolucionar hasta llegar a una escisión absoluta. El nombre monetario del dinero se desprende de su sustancia y existe fuera de aquél, inscrito sobre billetes de papel sin valor. De la misma manera que el valor de cambio de las mercancías cristaliza en dinero áureo por el proceso de su cambio, la moneda se sublima en su curso, hasta llegar a ser su propio símbolo, primeramente en forma de monedas de oro depreciada, después como moneda metálica subsidiaria, y, por fin, en forma de insignias sin valor; papel, simple signo de valor.

Pero si la moneda de oro ha creado a sus representantes, el metal primeramente, el papel después, ha sido porque continuaba ejerciendo su función de moneda, a pesar de su pérdida de metal. Si las monedas dejaban de circular no era porque se desgastaran, sino que se desgastaban, hasta llegar a ser símbolos, porque continuaban circulando. Si los simples signos de valor pueden reemplazar a la moneda es porque durante el proceso, el dinero de oro se convierte en signo de su propio valor.

En tanto que el movimiento *M-D-M* es unidad

evolutiva de otros dos: *M-D*, *D-M*, que se convierten directamente uno en otro, o mientras la mercancía recorre el proceso de su metamorfosis total, su valor de cambio evoluciona hacia el precio y el dinero para anular en seguida esta forma, para volver a ser mercancía, o más bien valor de uso. Procede, pues, a una *autonomización aparente* de su valor de cambio. Hemos visto, por otra parte, que el oro, cuando sirve solamente de moneda, o siempre que circula, no representa en realidad más que la concatenación de las metamorfosis de las mercancías y su *ser dinero, puramente fugaz*, que no realiza el precio de una mercancía sino para realizar el de otra, pero que no aparece en ninguna parte como realización estable del valor de cambio ni como mercancía en reposo. La realidad que reviste el valor de cambio de las mercancías en este proceso, y al cual representa el oro durante su curso, es la de la chispa eléctrica. Aunque sea oro real, funciona únicamente como simulacro de oro, y puede ser reemplazado por signos en esta función.

El signo de valor, el papel, por ejemplo, que funciona como moneda, es signo del «quantum» de oro expresado en su nombre monetario; es decir, *signo de oro*. Lo mismo que el signo que le reemplaza, un «quantum» de oro determinado no expresa ya por sí una relación de valor. El signo de oro representa valor, porque un «quantum» de oro determinado posee, como materialización de tiempo de trabajo, un valor determinado. Pero la magnitud de valor que representa depende en cada caso del valor del «quantum» de oro que a su vez representa. En lo que respecta a las mercancías, el signo de valor representa la *realidad de su precio*, es *signum pretii* y signo de su valor, porque éste está expresado en su precio. En el proceso *M-D-M*, en tanto que se manifiesta como unidad evolutiva o conversión inmediata de las dos metamorfosis una en otra -y así es como se manifiesta en la esfera de la circulación donde funciona el signo de valor-, el valor de cambio de las mercancías no adquiere en el precio y en el dinero más que una existencia ideal, imaginaria, simbólica. De modo que el valor de cambio aparece como existencia *solamente* en el pensamiento, o representada en los objetos, pero no tiene *realidad*, salvo en las mercancías mismas, en tanto que materializan un «quantum» de tiempo de trabajo determinado. En apariencia, el signo de valor representa *inmediatamente* el valor de las mercancías, porque no se presenta como signo de oro, sino como signo del valor de cambio, expresado simplemente en el precio, pero que no existe más que en la mercancía. Pero es una falsa apariencia. Directamente, el signo de valor no es más que *signo de precio*, o sea *signo de oro*, y sólo indirectamente es signo del valor de las mercancías. El oro no ha vendido su sombra, como Peter Schlemihl, sino que compra con su sombra. Asimismo el signo de valor

tiene acción efectiva en tanto que *representa*, en el interior del proceso, el precio de una mercancía respecto de otra, o bien porque representa el *oro* respecto de cada cambista. Un objeto determinado, relativamente sin valor: un trozo de cuero, de papel, etc., se convierte por rutina en signo de la moneda, pero no se sostiene como tal sino porque su existencia simbólica está garantizada por el consentimiento general de los cambistas, porque adquiere una existencia legal de convención, y, por tanto, curso forzoso. El papel moneda del Estado de curso forzoso es la forma acabada del *signo de valor* y la única forma de papel moneda que procede inmediatamente de la circulación metálica o de la misma circulación simple de las mercancías. La *moneda de crédito* pertenece a una esfera más elevada del proceso de producción social, y está regida por leyes muy distintas. El papel moneda simbólico, en realidad no difiere en nada de las monedas metálicas subsidiarias; únicamente actúa en una esfera de circulación más extendida. Si el desarrollo puramente técnico del patrón de precios, o del precio de la moneda, y posteriormente la transformación del oro bruto en oro acuñado, han suscitado ya la intervención del Estado y han ocasionado así la separación de la circulación interior de la general de las mercancías, esta separación se termina por la evolución de la moneda hacia el signo de valor. La moneda en general, como simple instrumento de circulación, no puede tener una existencia independiente sino en la circulación interior.

Lo que hemos expuesto ha demostrado que la existencia monetaria del oro como signo de valor separado de la misma sustancia de oro, tiene su origen en el proceso de circulación y no se deriva de una convención o de la intervención del Estado. Rusia ofrece un ejemplo claro de la formación natural del signo de valor. En la época en que los cueros y pieles de adorno servían de dinero en dicho país, la incompatibilidad de esta materia perecedera y voluminosa, con su oficio de instrumento de circulación, creó la costumbre de reemplazarlos por trocitos de cuero estampillados, que se convertían así en letras pagaderas en cueros o pieles de adorno. Más tarde, bajo el nombre de copeks, llegaron a ser simples signos de fracciones del rublo de plata, y su uso se sostuvo parcialmente hasta 1700, cuando Pedro el Grande ordenó su recogida y pago con moneda menuda de cobre emitida por el Estado⁸⁷.

⁸⁷ Henry Storch, *Cours d'économie politique*, etc., anotado por J. B. Say, París, 1823, t. IV, pág. 179. Storch publicó su obra en Petersburgo, en francés. J. B. Say preparó en seguida una reimpression de la misma en París, completada con pretendidas notas que, en realidad, no contienen más que lugares comunes. Storch (véanse sus *Considérations sur la nature du revenu national*, París, 1824) tomó a mal estas adiciones de su obra por el «príncipe de la ciencia».

Algunos autores de la antigüedad que han podido observar los fenómenos de la circulación metálica, ya conciben la moneda como símbolo o signo de valor. Así lo hacen Platón⁸⁸ y Aristóteles⁸⁹. En los países en que el crédito no está desarrollado, como en China, el papel moneda de curso forzoso aparece pronto⁹⁰. Los que han preconizado los primeros el papel moneda, hacen notar expresamente que la transformación de la moneda metálica en signos de valor se efectúa en el mismo proceso de circulación. Así lo han hecho

⁸⁸ Platón, *De Rep.*, libro II. (Monedas símbolo de cambio.) *Opera omnia*, etc., ed. G. Stallbaumius; Londres, 1850, pág. 304. Platón considera la moneda únicamente como medida de valor y signo de valor, pero pide, además del signo de valor que sirve para la circulación interior, un signo para el comercio con Grecia y el exterior. (Véase también el 5.º libro de sus *Leyes*.)

⁸⁹ Aristóteles, (*Ethic. Nicom.*, lib. V, cap. VIII.) «En la satisfacción de las necesidades, el dinero se convierte, por convención, en medio de cambio. Lleva su nombre porque no procede de la naturaleza, sino de la ley, y de nosotros depende cambiarlo o anularlo.

Aristóteles tenía una concepción del dinero incomparablemente más profunda y comprensiva que Platón. En el hermoso párrafo que sigue expone cómo el trueque entre dos comunidades crea la necesidad de asignar a una mercancía específica, o sea, una sustancia que tenga valor, el carácter de dinero.»

«A medida que estas relaciones... se transformaron, desarrollándose por la importación de objetos que no se tenían y por la exportación de los que sobraban, la necesidad introdujo el uso del dinero... Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que, útil por si misma, fuese fácilmente manejable en los usos habituales de la vida; tal fue el hierro, la plata o cualquier otra sustancia análoga. (*Política de Aristóteles*, traducida por J. Barthelemy Saint-Hilacire, lib. I, cap. III.) Citado por Miguel Chevalier, que o no ha leído o no ha comprendido a Aristóteles, para demostrar que, según Aristóteles, el medio de circulación deberla ser una sustancia que tuviese valor intrínseco. Pero Aristóteles dice expresamente que el dinero como simple medio de circulación parece que debe su existencia solamente a la convención o a la ley, como ya lo indicaría así su nombre [nómisma], y que en realidad debe su utilidad como numerario exclusivamente a su función y no a un valor de uso intrínseco.»

«Este dinero no es en si mismo más que una cosa absolutamente vana, que tiene un valor legal, pero no natural, puesto que un cambio de convención entre los que lo usan puede depreciarlo por completo y hacerlo absolutamente incapaz de satisfacer ninguna de nuestras necesidades.

⁹⁰ «Este emperador (de Catay o de la China) puede gastar cuanto quiera sin calcular. Porque no gasta ni fabrica moneda, sino cuero o papel impreso. Y cuando esta moneda ha rodado tanto tiempo que ya comienza a gastarse, la llevan al tesoro del emperador y reemplazan la moneda vieja por nueva. Y esta moneda circula por todo el país y por todas sus provincias...; no fabrican moneda de oro ni de plata, y por eso» opina Mandeville «puede gastar escandalosamente.» Mandeville (Sir John), *Voyages and Travels*, Londres 1705, P. 105.

Benjamín Franklin⁹¹ y el obispo Berkeley⁹².

Sería hacer una pregunta absurda querer saber cuántas resmas de papel, cortadas en billetes, podrían circular a título de moneda. Las fichas sin valor no son signos de valor sino porque representan el oro en el proceso de la circulación, y no lo representan sino en la medida en que el oro entra como dinero en dicho proceso, cantidad determinada por su propio valor, suponiendo dados los valores de cambio de las mercancías y la rapidez de sus metamorfosis. Los billetes con el nombre de 5 libras no podrían circular más que en número cinco veces menor que los billetes con el nombre de 1 libra, y si todos los pagos se efectuasen en billetes de un chelín, tendrían que circular 20 veces más billetes de chelín que billetes de libra. Si las especies de oro estuviesen representadas por billetes de nombres diferentes; por ejemplo: billetes de 5 libras, de una libra, de 10 chelines, la cantidad de estas distintas clases de signos de valor estaría determinada no solamente por el «quantum» de oro necesario para la circulación total, sino también por el requerido para la esfera de circulación de cada clase particular. Si el nivel mínimo de la circulación fuese 14 millones de libras (que es la provisión del Banco de Inglaterra para la moneda de crédito, pero no para la moneda), podrían circular 14 millones de cédulas, y cada billete sería el signo de valor de 1 libra. Si el valor del oro bajase o subiese porque el tiempo de trabajo exigido para su producción hubiese disminuido o aumentado, permaneciendo idéntico el valor de cambio de la misma cantidad de mercancías, el número circulante de billetes de libra aumentaría o disminuiría en razón inversa a la variación del valor del oro. Si el oro fuese reemplazado por la plata en el oficio de medida de valores, la relación del oro a la plata sería como 1 : 15, y en el caso en que en el futuro cada billete representase el mismo «quantum» de plata que en otro tiempo representaba el oro, en lugar de 14 millones tendrían que circular 210 millones de

billetes de una libra. La cantidad de billetes de papel está, pues, determinada por la cantidad de moneda de oro que sustituyen en la circulación, y como son signos de valor porque lo sustituyen, el valor de esos billetes queda determinado sencillamente por su *cantidad*. Así como la cantidad de oro circulante depende de los precios de las mercancías, el valor de los billetes de papel que circulan depende inversa y exclusivamente de su propia cantidad.

La intervención del Estado que emite el papel moneda de curso forzoso -y no consideramos más que esta clase de papel moneda-, parece que anula la ley económica. El Estado, que en precio monetario daba solamente un nombre de pila a un peso de oro determinado, y en la acuñación no hacía más que marcar el oro con su señal, parece que ahora, por la magia de su sello, metamorfosea el papel en oro. Puesto que los billetes de papel tienen curso forzoso, nadie puede impedir al Estado que lance a la circulación el número de billetes que quiera e imprima en ellos nombres cualesquiera de numerario, como una libra, cinco libras, diez libras. Resulta imposible retirar los billetes de la circulación una vez arrastrados por ella, puesto que las fronteras nacionales detienen sus cursos y porque fuera de la circulación pierden todo valor: el valor de uso y el de cambio. Suprimida su existencia funcional, se transforman en miserables trozos de papel. Sin embargo, este poder del Estado no es más que pura apariencia. Le es factible lanzar a la circulación la cantidad que quiera de billetes de papel con nombres cualesquiera de moneda, pero su intervención cesa en este acto mecánico. Absorbido por la circulación, el signo de valor o el papel moneda sufre sus leyes inmanentes.

Si la suma de oro requerida por la circulación de mercancías fuese de 14 millones de libras y el Estado lanzase a la circulación 210 millones de billetes llevando cada uno el nombre de una libra, estos 210 millones representarían oro por importe de 14 millones de libras esterlinas. Lo mismo sucedería si el Estado hubiese representado con billetes de una libra a un metal de un valor quince veces menor o a una parte de peso de oro 15 veces más pequeña. Solamente habría cambiado el nombre del patrón de precios, que, naturalmente, es convencional, fuera porque hubiera tenido lugar directamente por el cambio de ley de la moneda, fuera indirectamente, por la multiplicación de los billetes en la proporción exigida por un nuevo patrón más bajo. Como el nombre libra indicaría en lo sucesivo un «quantum» de oro 15 veces menor, todos los precios de las mercancías se elevarían 15 veces, y entonces, en realidad, los 210 millones de billetes de libra serían tan necesarios como los 14 millones de antes. El «quantum» de oro que representa cada signo aislado habría disminuido en la proporción en que habría aumentado la suma total de los signos de valor. El

⁹¹ Benjamin Franklin, *Remarks and facts relative the American paper money*, 1764, pág. 348. «En el momento actual, hasta la misma moneda de plata en Inglaterra debe una parte de su valor al curso forzoso, la parte que constituye la diferencia entre su peso real y su denominación. Gran número de chelines y de piezas de seis peniques que circulan actualmente han perdido a consecuencia del desgaste un 5, 10, 20 por 100 de su peso, y algunas de las piezas de seis peniques, hasta el 50 por 100. Para enjugar esta diferencia entre lo *real* y lo *nominal*, no tienen ustedes valor intrínseco, no tienen ustedes papel, no tienen ustedes nada. El curso forzoso, la certidumbre de que pueden ustedes fácilmente volver a darlos por el mismo valor, es lo que hace pasar 3 peniques por 6 peniques.»

⁹² Berkeley, pág. 56: «Si se conservase el nombre de la moneda después de que su metal ha desaparecido, ¿no podría mantenerse la circulación del comercio a pesar de todo?»

alza de los precios no sería más que una reacción del proceso de circulación, el cual iguala obligadamente los signos de valor al «quantum» de oro que pretenden reemplazar en la circulación.

En la historia de la falsificación de la moneda por los gobiernos en Inglaterra y Francia, se comprueba con frecuencia que no hay relación entre el alza de los precios y la falsificación de la moneda de plata. Sencillamente porque la proporción en que habían aumentado las monedas no correspondía a aquella en que habían sido falsificadas. No habiendo sido emitida una masa correspondiente de la aleación inferior, los valores de cambio de las mercancías debían de ser estimados en adelante según esta aleación, tomada como medida de los valores, y ser realizados por especies que correspondiesen a esta unidad de medida inferior. Esto soluciona la dificultad, que no había sido resuelta en el duelo entre Locke y Lowndes. La relación en que el signo de valor, sea en papel, oro o plata alterados, representa pesos de oro y de plata, calculados según el precio monetario, no depende de su propia materia, sino de la cantidad de signos que circulan. La dificultad de comprender esta relación estriba en que el dinero, en sus dos funciones de medida de los valores e instrumento de circulación, no solamente está sometido a leyes contrarias, sino a leyes que parecen hallarse en contradicción con el antagonismo de estas dos funciones. En su función de medida de los valores, por la que el dinero sirve únicamente de moneda contante y el oro no es más que oro ideal, todo depende del material natural. Evaluados en metal plata o expresados en precio plata, los valores de cambio se presentan, como es natural, de un modo muy distinto que cuando se hallan evaluados en oro y expresados en precio oro. Inversamente, en su función de instrumento de circulación, en la que el dinero no solamente está imaginado, sino que tiene que existir como un objeto real al lado de las demás mercancías, la materia resulta indiferente y todo depende de su cantidad. Lo decisivo para la unidad de medida es que sea una libra de oro, de plata o de cobre, mientras que la simple cantidad hace de la moneda la realización adecuada de cada una de estas unidades cualquiera que sea su materia. Pero, para el sentido común, resulta una contradicción que respecto de la moneda ideal, dependa todo de su sustancia material, y en cuanto a la real, todo dependa de una relación numérica ideal.

El alza o baja de los precios de las mercancías correspondientes al alza o baja de la masa de los billetes -la baja tiene lugar cuando los billetes de papel constituyen el medio de circulación exclusivo- no es, pues, más que el restablecimiento violento, por el proceso de circulación, de la ley violada mecánicamente desde fuera: que el «quantum» de oro circulante está determinado por los precios de las mercancías y la cantidad de los signos de valor

circulantes por la cantidad de especies de oro que sustituyen en la circulación. Por otra parte, una masa cualquiera de billetes de papel es absorbida, y en cierto modo digerida, por el proceso de circulación, porque el signo de valor, cualquiera que sea la ley de oro que represente al entrar en la circulación, queda reducido en el interior de la misma al signo del «quantum» de oro que podría circular en su lugar.

En la circulación de los signos de valor aparecen invertidas todas las leyes de la circulación de la moneda real. Mientras que el oro circula porque tiene valor, el papel tiene valor porque circula. Mientras que el valor de cambio de las mercancías, dada la cantidad de oro circulante, depende de su propio valor, el valor del papel depende de la cantidad que circula. En tanto que la cantidad de oro circulante aumenta o disminuye con el alza o baja de los precios de las mercancías, éstos parecen subir o bajar según cambie la cantidad de papel circulante. Mientras que la circulación de las mercancías no puede absorber sino cantidades determinadas de monedas de oro, y, por consiguiente, la contracción y expansión alternativas de la moneda circulante se manifiestan como una ley necesaria, el papel moneda parece que entra en la circulación en proporciones indeterminadas. En tanto que el Estado, al emitir moneda que tenga solamente una falta de 1/100 de gramo en su contenido metálico falsifica las monedas de oro y plata, y por consiguiente perturba su función de instrumento de circulación, realiza en cambio una operación perfectamente correcta cuando emite billetes de papel sin valor, que no tienen del metal más que el nombre monetario. Mientras que el oro acuñado no representa visiblemente el valor de las mercancías, sino porque éste es él mismo valorado en oro o expresado en precio, el signo de valor parece que representa inmediatamente el valor de las mercancías. Por tanto, salta a la vista la razón por la que los observadores que estudiaban unilateralmente los fenómenos de la circulación del dinero, considerando solamente la circulación del papel moneda de curso forzoso, tenían que desconocer todas las leyes inmanentes de la circulación del dinero. En efecto, no solamente aparecen invertidas estas leyes en la circulación del signo de valor, sino hasta extinguidas, puesto que el papel moneda, si está emitido en cantidad exacta, realiza movimientos que no le son peculiares como signo de valor, mientras que su movimiento propio, en lugar de derivarse directamente de la metamorfosis de las mercancías, procede de la violación de su proporción exacta con el oro.

III. El dinero

El *dinero*, a diferencia de la moneda, que es el resultado del proceso de circulación bajo la forma *M-D-M*, constituye el punto de partida del proceso de circulación bajo la forma *D-M-D*, es decir, cambio

del dinero por la mercancía para cambiar mercancía por dinero. En la forma $D-M-D$ el dinero constituye el punto inicial y final del movimiento. En la primera forma, el dinero es mediador del cambio de las mercancías, en la última, la mercancía es la mediadora que hace que el dinero se convierta en dinero. El dinero, que en la primera forma aparece como simple medio, es, en la última, el objeto final de la circulación, y la mercancía, que en la primera forma era el objeto final, en la segunda es simple medio. Puesto que el mismo dinero es ya el resultado de la circulación $M-D-M$, en la forma $D-M-D$ el resultado de la circulación parece ser al mismo tiempo su punto de partida. Mientras que en $M-D-M$, el contenido real es el cambio orgánico, en el segundo proceso $D-M-D$ el contenido real está constituido por la existencia formal de la mercancía misma, surgida en el primer proceso.

En la forma $M-D-M$ los dos extremos son mercancías de idéntico valor, pero al mismo tiempo son valores de uso cualitativamente diferentes. Su cambio $M-M$ es una permutación real de la materia. En la forma $D-M-D$, por el contrario, los dos extremos son oro, y oro de la misma magnitud de valor. Cambiar oro por mercancía para cambiar la mercancía por oro, o si consideramos $D-D$, cambiar oro por oro, parece absurdo. Pero si se traduce $D-M-D$ por la fórmula: comprar para vender, lo cual significa solamente cambiar oro por oro, por efecto de un movimiento mediador se reconoce en seguida la forma dominante de la producción burguesa. No obstante, en la práctica no se compra para vender: se compra barato para vender más caro. Se cambia dinero por mercancía para cambiar a continuación la misma mercancía por mayor cantidad de dinero, de manera que los extremos $D-D$ difieran, si no cualitativa, sí cuantitativamente. Esta diferencia cuantitativa supone el *cambio de no equivalentes*, en tanto que la mercancía y el dinero, como tales, no son sino formas antitéticas de la mercancía misma; es decir, distintos modos de existencia de la misma magnitud de valor. El ciclo $D-M-D$ oculta bajo formas de dinero y mercancía relaciones de producción más desarrolladas, y en la circulación simple no es más que el reflejo de un movimiento superior. Nos es preciso, pues, desarrollar el dinero, a diferencia del medio de circulación, a partir de la forma inmediata de la circulación de las mercancías $M-D-M$. El oro, es decir, la mercancía específica que sirve de medida de valor y de medio de circulación, se convierte en dinero sin ulterior intervención de la sociedad. En Inglaterra, donde el metal plata no es medida de valores ni medio de circulación dominante, no se transforma en dinero y en Holanda, el oro dejó de ser dinero tan pronto como fue destronado como medida de valor. Una mercancía se convierte en dinero en tanto que es unidad de medida de valor y de instrumento de circulación, o dicho de

otro modo: el dinero es la unidad de medida de valor y de medio de circulación. Pero, como tal, el oro tiene de nuevo una existencia independiente, diferenciada de su propia existencia en estas dos funciones. Como medida de valor, el oro no es más que dinero ideal u oro ideal; como simple medio de circulación, es dinero simbólico; y oro simbólico; en su simple corporeidad metálica, el oro es dinero, o sea, el dinero es oro real.

Consideremos ahora la mercancía oro en reposo, la cual es dinero en su relación con otras mercancías. Todas las mercancías representan en sus precios una determinada suma de oro; no son sino oro imaginado o moneda imaginada, *representantes del oro*; e inversamente, el dinero en el signo de valor, era simple representante de los precios de las mercancías⁹³.

Como las mercancías no son así más que moneda imaginaria, la moneda (o dinero) es la única mercancía real. Contrariamente a las mercancías que no hacen más que representar la existencia independiente del valor de cambio, del trabajo social general, de la riqueza abstracta, el oro es la *existencia material de la riqueza abstracta*. Bajo la forma de valor de uso cada mercancía no expresa sino un momento de la riqueza material, por su relación con una necesidad especial, nada más que un lado aislado de la riqueza. Pero el dinero satisface cualquier necesidad, teniendo en cuenta que es inmediatamente convertible en el objeto de aquélla. Su propio valor de uso está realizado en la interminable serie de valores de uso que forman su equivalente. En su sustancia metálica nativa, el oro encierra toda la riqueza material que se desarrolla en el mundo de las mercancías. Si las mercancías representan en sus precios el equivalente general o la riqueza abstracta: oro, este último, en su valor de uso, representa los valores de uso de todas las mercancías. El oro es, pues, el *representante material de la riqueza material*. Es el «resumen de todas las cosas» (Boisguillebert), el compendio de la riqueza social. Es, en conjunto, la encarnación inmediata del trabajo general, por la forma, y el agregado de todos los trabajos concretos, por el contenido. El oro es la riqueza universal individualizada⁹⁴. Bajo su aspecto de mediador de la circulación sufrió toda clase de afrentas; fue roído, aplastado hasta el extremo de llegar a ser un pedazo de papel simbólico. Como

⁹³ «Non solo i metalli ricchi son segni delle cose... ma vicendevolmente le cose... sono segni dell'oro e dell'argenio» (No solamente los metales preciosos son los signos de las cosas, sino que también las cosas son, reciprocamente, los signos del oro y de la plata); A. Genovesi, *Lezione di Economia civile* (1765). pág. 281, en Custodi, Part. Mod., t. VIII.

⁹⁴ Petly. «Gold and silver are universal wealth.» *Pol. Arith.*, página 242. (El oro y la plata son la riqueza universal.)

moneda vuelve a adquirir su esplendor de oro⁹⁵. De servidor se convierte en amo. De simple peón llega a ser dios de las mercancías⁹⁶.

a) Tesauroización

El oro se había separado primeramente en calidad de moneda del medio de circulación, porque la mercancía interrumpía el proceso de su metamorfosis y permanecía en el estado de crisálida del oro. Esto tiene lugar cada vez que *la venta* no se transforma en compra. El carácter independiente que adquiere el oro bajo la forma de moneda es, pues, ante todo, la expresión sensible de la escisión del proceso de circulación o de la metamorfosis de la mercancía en dos actos separados, que se cumplen indiferentemente uno al lado del otro. La moneda misma se convierte en dinero en cuanto su curso se interrumpe. En manos del vendedor que la percibe a cambio de su mercancía, es dinero; en cuanto sale de su mano, vuelve a ser moneda. Cada cual es vendedor de la mercancía particular que produce, pero es comprador de todas las demás mercancías, de las cuales necesita para su existencia social. Mientras que su presencia como vendedor depende del tiempo de trabajo que exige la producción de su mercancía, su aparición en el papel de comprador está condicionada por la constante renovación de las necesidades de la vida. En efecto, la circulación *M-D-M* no es sino la unidad evolutiva de la compra y la venta en tanto que es a la vez el proceso perpetuo de su escisión. Para que el dinero circule constantemente bajo la forma de moneda es necesario que la moneda se coagule sin cesar en dinero. El curso continuo de la moneda está condicionado por su continua acumulación en grande

⁹⁵ E Misselden, *Free Trade or the means to make Trade flourish*, etcetera; Londres, 1622. «La materia natural del comercio es la mercancía que los comerciantes, atendiendo a los fines del comercio, han llamado «commodity». La materia artificial del comercio es el dinero que ha recibido el nombre de «nervio de la guerra y del Estado». El dinero, aunque en la naturaleza y en el tiempo viene detrás de la mercancía, se ha convertido en la cosa principal.» Compara la mercancía y el dinero con los dos nietos de Jacob, quien, al bendecirlos, puso su mano derecha sobre el más joven y su izquierda sobre el mayor. Boisguillebert: «He aquí el esclavo del comercio convertido en su tirano... La miseria de los pueblos procede de que se ha convertido en amo, o más bien en tirano, el que era un esclavo» (págs. 389-395).

⁹⁶ Boisguillebert: «Han hecho un ídolo de estos metales (el oro y la plata); y dejando a un lado el objeto y la intención para los que habían sido llamados al comercio, o sea para servir en él de prendas en el cambio y la tradición recíproca, se les ha relevado casi de este servicio para hacer de ellos divinidades a las cuales se han sacrificado y se sacrifican siempre bienes y necesidades preciosas, y hasta hombres, como jamás inmoló a estas falsas divinidades la ciega antigüedad», etc.; *Dissertation sur la nature des richesses*, etc., pág. 395.

o pequeña cantidad en los fondos de reserva que de todas partes y en conjunto provienen de la circulación, y la condicionan; fondos de reserva de moneda cuya constitución, distribución, disolución y reconstitución cambian constantemente, cuya existencia desaparece siempre y cuya desaparición subsiste. Esta transformación incesante de la moneda en dinero y del dinero en moneda, la expresa Adam Smith de esta manera: cada poseedor de mercancías debe de tener siempre en reserva, al lado de la mercancía particular que vende, una cierta cantidad de mercancía general, con la cual compra. Hemos visto que en la circulación *M-D-M*, el segundo miembro, *D-M*, se fracciona en una serie de compras que no se efectúan de una vez, sino sucesivamente en el tiempo, de modo que una porción de *D* circula a título de moneda mientras que la otra reposa bajo la forma de dinero. El dinero aquí no es, en realidad, sino moneda en suspenso, y las partes constitutivas de la masa de moneda que circula varían siempre, y aparecen tan pronto en una forma como en otra. La primera metamorfosis del medio de circulación en dinero no representa, pues, más que un momento técnico del curso monetario mismo⁹⁷.

La forma primitiva de la riqueza es la de lo superfluo o excedente, la parte de los productos que no se requiere inmediatamente como valor de uso, o también la posesión de productos cuyo valor de uso se sale del cuadro de lo simplemente necesario. Al considerar la transición de la mercancía a dinero, hemos visto que este superfluo o excedente de los productos constituye, en un grado poco desarrollado de la producción, la esfera propiamente dicha del cambio de las mercancías. Los productos superfluos se convierten en productos cambiables o mercancías. La forma adecuada de existencia de este superfluo es el oro o la plata; es la primera forma bajo la cual la riqueza queda fijada como riqueza social abstracta. Las mercancías pueden ser conservadas no solamente bajo la forma de oro y de plata, es decir, en la materia del dinero, sino que también el oro y la plata son riquezas en forma preservada.

Todo valor de uso, como tal, sirve porque es consumido, es decir, destruido. Pero el valor de uso del oro que sirve de dinero consiste en servir de soporte del valor de cambio, en ser, como primera materia amorfa, la materialización del tiempo de

⁹⁷ Boisguillebert presente en la primera inmovilización del *perpetuum mobile* es decir, en la negación de su existencia funcional como medio de circulación, su existencia independiente respecto a las mercancías. «El dinero, dice, debe estar en continuo movimiento, lo cual solamente puede ocurrir siendo mueble, pues tan pronto como deja de serlo, todo está perdido.» *Le détail de la France* pág. 231. No se da cuenta de que esta detención es la condición de su movimiento. Lo que quiere en realidad es que la forma valor de las mercancías aparezca como forma puramente fugaz de su cambio de materia, sin fijarse nunca como finalidad en si misma.

trabajo general. En el metal amorfo el valor de cambio posee una forma imperecedera. El oro o la plata, inmovilizados así bajo la forma de dinero, constituyen el *tesoro*. En los pueblos en que la circulación es exclusivamente metálica, como en los antiguos, todo el mundo atesora, desde el individuo hasta el Estado, que guarda su tesoro de Estado. En los tiempos más remotos estos tesoros, bajo la guardia de los reyes y sacerdotes, sirven más bien para prestar testimonio de su poderío. En Grecia y Roma la política ordena que se constituyan tesoros públicos considerados como la forma siempre segura y accesible de la sobreabundancia. El rápido transporte de semejantes tesoros de un país a otro por los conquistadores, y su difusión parcial y súbita en la circulación, constituyen una particularidad de la economía antigua.

Siendo *tiempo de trabajo objetivado*, el oro garantiza su propia magnitud de valor; siendo materialización del tiempo de trabajo *general*, el proceso de circulación le garantiza su eficacia constante como valor de cambio. Por el simple hecho de que el poseedor de mercancías pueda fijar la mercancía bajo su aspecto de valor de cambio, o sea, fijar el valor de cambio mismo bajo la forma de mercancía, el cambio de las mercancías, con el fin de recobrarlas bajo el aspecto transformado del oro, llega a ser el motivo propio de la circulación. La metamorfosis de la mercancía *M-D* se realiza a fin de convertirla de riqueza natural particular en riqueza social general. En lugar del cambio de la materia, el cambio de forma es el que se convierte en finalidad propia. El valor de cambio se transforma de simple forma en contenido del movimiento. La mercancía se mantiene como riqueza, como mercancía, porque se mantiene en la esfera de circulación y permanece en este estado fluido precisamente porque se solidifica en oro o plata. Y sigue fluyendo como cristal del proceso de circulación. Sin embargo, el oro y la plata se fijan en forma de moneda sólo en cuanto no son medio de circulación. *Se conviertan en moneda como no-medios de circulación*. Así, pues, el único medio de mantener constantemente la mercancía en la esfera de circulación es retirarla de ésta bajo la forma de oro.

El poseedor de mercancías no puede retirar de la circulación bajo la forma de moneda más que aquello que trae a la circulación bajo la forma de *mercancías*. Vender sin cesar, lanzar continuamente mercancías a la circulación es la primera condición de la tesorización, desde el punto de vista de la circulación de mercancías. Por otra parte, la moneda desaparece continuamente como medio de circulación en el proceso de circulación mismo, porque aquélla se realiza continuamente en valores de uso y se resuelve en goces efímeros. Hay que arrancarla, pues, de la corriente devoradora de la circulación o hay que detener la mercancía en su

primera metamorfosis e impedir a la moneda que cumpla su función de medio de compra. El poseedor de mercancías que se convierta ahora en atesorador, debe de vender todo lo que pueda y comprar lo menos posible, como así lo enseñaba el viejo Catón: «*Patrem familias vendacem non emacem esse*», Si la asiduidad en el trabajo es la condición positiva, el ahorro es la condición negativa del atesoramiento. Cuanto menos equivalente de la mercancía bajo la forma de mercancía particular o de valores de uso se sustrae de la circulación, más se le quita bajo la forma de dinero o de valores de cambio⁹⁸. La apropiación de la riqueza bajo su forma general implica, pues, el renunciamiento a la riqueza en su realidad sustancial. El móvil impulsor del atesoramiento es la *avaricia*, que no ambiciona la mercancía como valor de uso, sino el valor de uso como mercancía. Para apoderarse de lo superfluo bajo su forma general hay que considerarlas necesidades particulares como lujo y superfluo. Así es como en 1593 las Cortes de Valladolid dirigieron una petición a Felipe II, en la que, entre otras cosas, se decía: «Las Cortes de Valladolid del año 1586 rogaron a vuestra majestad que no permitiera más la importación en el reino de bujías, vidriería, bisutería, cuchillería y otros objetos semejantes que envían desde el extranjero con el fin de cambiar por oro esos objetos tan inútiles para la vida del hombre, como si los españoles fuesen indios.» El atesorador desdeña los goces terrestres, temporales y transitorios, para correr en pos del tesoro eterno, que no puede ser roído ni por las hormigas ni por la roña, y que es al mismo tiempo y completamente celeste y terrestre. «La causa general más lejana -dice Misselden en el escrito antes citado- es el gran exceso en que este país consume mercancías de los países extranjeros, que resultan «discommodities», en lugar de «commodities», puesto que nos privan de los tesoros, que de otro modo serían importados en vez de estos juguetes (toys). Consumimos en abundancia vinos de España, de Francia, del Rhin, de Levante; pasas de España, uvas de Corinto, limones y batistas de Hainault, sederías de Italia, azúcar y tabaco de las Indias Orientales, especias de las Indias Occidentales; todo esto no constituye para nosotros una necesidad absoluta, y, sin embargo, se compra con oro sólido.» Bajo la forma de oro y de plata la riqueza es imperecedera, tanto porque el valor de cambio existe en el indestructible metal, como porque, sobre todo, se impide al oro que tome, como medio de circulación, la forma dinero puramente fugitiva de la mercancía. El contenido perecedero es así sacrificado a la forma imperecedera. «Si el impuesto despoja del dinero a quien lo gasta en beber y comer y lo da a quien lo emplea en mejorar la

⁹⁸ «Cuanto más aumenta en mercancías el almacenamiento, tanto más disminuye en tesoro». E. Misselden, pág. 7.

tierra, en la pesca, en los trabajos de minas, en la industria o a quien lo gasta en vestidos, resulta siempre de todo esto una ventaja para la comunidad, pues los vestidos son menos perecederos que los alimentos y las bebidas. Si el dinero se gasta en muebles, la ventaja crece; se hace mayor si se emplea en construir casas, y resulta máxima si se introduce en el país oro y plata, puesto que son las únicas cosas imperecederas y estimadas como riqueza en todos tiempos y lugares; todo lo demás no es más que riqueza *pro hic et nunc*⁹⁹. Debido al acaparamiento del dinero, arrancado de la corriente de la circulación y preservado del cambio social de la materia, se establecen entre la riqueza social, bajo la forma de un tesoro subterráneo imperecedero, y el poseedor de mercancías, relaciones particulares y secretas. El doctor Bernier, que ha vivido durante algún tiempo en Delhi, en la corte de Aurenzebs, cuenta que los comerciantes entierran su dinero profundamente y en secreto, sobre todo los paganos no mahometanos, que manejan casi todo el comercio y todo el dinero, «imbuidos por la creencia de que el oro y la plata que esconden durante su vida les servirá en el otro mundo después de su muerte»¹⁰⁰. Además, el atesorador, por poco que su ascetismo se refuerce con una enérgica aplicación al trabajo, ha de ser, en religión, eminentemente protestante, y aún más puritano. «Lo que no se puede negar, es la necesidad de comprar y vender; ya no es posible pasarse sin ello, pero se puede comprar en forma cristiana, especialmente las cosas que sirven para las necesidades y el honor, pues así es como los patriarcas han comprado y vendido ganado, lana, trigo, manteca, leche y otros bienes. Son dones de Dios que pone en su tierra y reparte entre los hombres. Pero el comercio exterior que trae de Calcuta y de las Indias y otros países mercancías, sedas preciosas, joyería y especias que no sirven sino de suntuosidad y no tienen utilidad, que se llevan el dinero del país y de los bolsillos de las gentes, no debería de ser tolerado si tuviéramos un gobierno de príncipes. Pero no quiero ahora escribir acerca de esto último, porque estimo que en definitiva, cuando no tengamos ya dinero, cesará todo ello forzosamente, así como la glotonería y los adornos; que de nada sirve enseñar si la necesidad y pobreza no nos obliga»¹⁰¹.

⁹⁹ Pelly. *Political Arith.*, pág. 196.

¹⁰⁰ François Bernier, *Voyage contenant la description des états du Grand Mogol*; edición de París, 1830, t. I, págs. 312-14.

¹⁰¹ Doctor Martin Lutero: *Bücher vom Kaufhandel und Wucher*, 1524. En el mismo lugar dice Lutero: «Dios nos ha obligado a los alemanes a lanzar nuestro dinero a los países extranjeros, para hacer rico a todo el mundo, mientras quedamos mendigos. Inglaterra tendría menos oro si Alemania le dejase sus tejidos y el rey de Portugal también tendría menos, si se le dejaran sin comprar las especias. Cuenta lo que la feria de Francfort trasiega sin necesidad y sin razón a las tierras alemanas y te

En épocas en que la circulación social orgánica se halla perturbada, el atesoramiento del dinero tiene lugar hasta en la sociedad burguesa desarrollada. El nexo social bajo su forma compacta -para el cambista este nexo es la mercancía y la expresión adecuada de la mercancía es el dinero- está preservado del movimiento social. El *nervus rerum* social es enterrado al lado del cuerpo del cual es nervio.

Pero el tesoro sería sólo metal inútil, su alma de dinero volaría y quedaría como ceniza extinguida de la circulación, como su *caput mortuum*, si no tendiese constantemente hacia el retorno a la circulación. El dinero o el valor de cambio concretado es, desde el punto de vista de su calidad, la encarnación de la riqueza abstracta; por otra parte, toda suma dada de dinero es una magnitud de valor cuantitativamente limitada. El límite cuantitativo del valor de cambio contradice su universalidad cualitativa, y el atesorador siente el límite como una barrera que, en realidad, se convierte al mismo tiempo en barrera cualitativa, o sea, convierte el tesoro en representante limitado de la riqueza material. El dinero, considerado como equivalente general, se manifiesta inmediatamente, como ya lo hemos visto, en forma de una ecuación cuyo primer miembro lo forma él mismo y cuyo segundo miembro está constituido por la interminable serie de mercancías. De la magnitud del valor de cambio depende la medida en la cual se realiza aproximadamente el dinero en dicha serie infinita de mercancías y responde a su concepto de valor de cambio. El movimiento automático del valor de cambio en cuanto valor de cambio no puede ser, en

asombrarás, y te preguntarás cómo es posible que quede todavía un solo céntimo en los países alemanes. Francfort es el pozo de oro y de plata por donde se escapa del país alemán todo lo que germina y, crece, todo lo amonedado y acuñado en nuestro país; si se taponase el agujero, ya no se oiría, como ahora, la queja de que por todas partes no hay más que deudas y ningún dinero, que los campos y ciudades han sido despojados por la usura. Pero déjalo, no tiene remedio. Los alemanes tenemos que ser alemanes. No cambiaremos mientras no haga falta.»

Misseldén, en la obra antes citada, quiere, por lo menos, retener el oro y la plata en el círculo de la cristiandad.

«La otra causa lejana de la falta de dinero es el comercio que se hace fuera de la cristiandad, con Turquía, Persia y las Indias orientales. La mayor parte de este comercio se efectúa con dinero contante, pero de manera distinta a la habitual del que se efectúa dentro de los límites de la cristiandad; pues aunque aquel comercio se haga con dinero contante, este dinero queda siempre encerrado en el recinto de la cristiandad. Hay, en efecto, flujo y reflujo, marea ascendente y descendente de las monedas de la cristiandad que comercia, pues a veces hay más en un sitio que en otro, según que un país carezca de él y a otro le sobre; el dinero corre de un lado a otro y gira en el círculo de la cristiandad. Pero el dinero con que se trafica fuera de la cristiandad, en los países citados, sale continuamente al exterior y no vuelve jamás.»

general, otro que el de sobrepasar sus límites cuantitativos. Ahora bien: tan pronto como queda franqueado un límite cuantitativo del tesoro, se crea una nueva barrera, que hay que destruir a su vez. Lo que aparece como barrera no es un límite determinado del tesoro, sino cualquier límite. El atesoramiento no tiene, pues, límites inmanentes; carece de medida en sí mismo; es más bien un proceso sin fin, en el que cada resultado obtenido sirve de motivo para comenzar de nuevo. Si el tesoro aumenta porque se conserva, también se conserva porque aumenta.

El dinero no es únicamente *una* finalidad de la pasión de enriquecerse, es *su finalidad por excelencia*. La pasión es esencialmente *auri sacra fames*. La pasión de enriquecerse, contrariamente a la de las riquezas naturales particulares, tales como vestidos, adornos, ganados, etc., no puede existir sino cuando la riqueza general, como tal, se ha individualizado en un objeto especial, y puede por consiguiente, ser fijada bajo la forma de una mercancía aislada. El dinero parece ser, pues, tanto la finalidad como el origen de la pasión de enriquecerse¹⁰². En el fondo, lo que resulta finalidad es el valor de cambio como tal, y, por tanto, su aumento. La avaricia tiene cautivo al tesoro, impidiendo que la moneda se transforme en medio de circulación, pero la sed del oro mantiene el alma monetaria del tesoro en constante afinidad con la circulación.

Ahora bien; la actividad, gracias a la cual se constituye el tesoro, consiste por una parte en retirar el dinero de la circulación mediante la venta repetida sin cesar, y por otra parte, en almacenar sencillamente, en *acumular*. En efecto; únicamente en la esfera de la circulación simple y bajo la forma de atesoramiento se produce la acumulación de la riqueza como tal, mientras que las demás formas llamadas de acumulación, como veremos más tarde, se denominan así por abuso, porque se tiene en la memoria la acumulación simple del dinero. Todas las demás mercancías son o bien acumuladas en calidad de valores de uso, y entonces la manera de amontonarse está determinada por la particularidad de su valor de uso: el acaparamiento de cereales exige, por ejemplo, disposiciones preparatorias especiales: si acaparo ovejas me hago pastor, el acaparamiento de esclavos y de tierras implica relaciones de dominio y sujeción; el aprovisionamiento de la riqueza particular exige procesos especiales, distintos del simple acto de la acumulación, y desarrolla aspectos particulares de la individualidad. O bien la riqueza bajo la forma de

mercancías es acumulada a título de valor de cambio, y entonces la acumulación es una operación comercial o específicamente económica. El que la realizase convierte en tratante en granos, en ganadero, etcétera. El oro y la plata son moneda no gracias a una actividad cualquiera del individuo que los acumula, sino porque son cristales del proceso de circulación que se efectúa sin la cooperación del individuo. Todo su trabajo consiste en ponerlos a un lado, en amontonar peso y más peso, una actividad sin contenido, que aplicada a las demás mercancías, las depreciaría¹⁰³.

Nuestro atesorador aparece como mártir del valor de cambio, como santo asceta encaramado sobre el capitel de su columna de metal. Solamente se preocupa de la riqueza bajo la forma social y por eso la entierra y esconde a la sociedad. Busca la mercancía bajo la forma en que puede siempre circular: por eso la retira de la circulación. Se entusiasma por el valor de cambio, y por eso no cambia. La forma fluida de la riqueza y su petrificación, el elixir de vida y la piedra filosofal se mezclan en una loca alquimia. Como quiere satisfacer todas las necesidades sociales, apenas concede lo necesario a su naturaleza. Como quiere fijar la riqueza en su corporeidad metálica, se volatiliza para él hasta no ser más que un puro fantasma cerebral. En realidad, acaparar dinero por dinero es la forma bárbara de la producción por la producción, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de los límites de las necesidades habituales. Cuanto menos desarrollada se halla la

¹⁰³ Horacio no comprende la filosofía del atesoramiento cuando dice (Sat, I II, Sato III):

«Si quis emat citharas, emptas comportet in unum
nec studio clitherce, nec Musae deditus ulli;
si scalpra et formas, non sutor; nautica vela.
aversus mercatoris; delirus et amens
undique dicatur merito. Qui discrepat Istls,
qui nummos aurumque recondit, nescuis uti
composilis, metuensque velut contingere sacrum l

(Que un hombre sin disposición para la música, sin afición a las musas, compre cítaras y las almacene, o se rodee de cuchillas y hormas sin ser zapatero, o, en fin, de velas y aparejos sin entender el comercio. y en todas partes le llamarán loco e insensato, y no será sin razón. ¿Y no lo parecerá así el avaro que enterrase sus escudos y su oro y que, sin saber servirse de los tesoros que acumula, se creyese sacrilego al tocarlos?) (*Oeuvres de Horacio*. Traducción de la colección Panckoucke.)

El Sr. Senior comprende mejor: «El dinero parece ser la única cosa que se desea universalmente, y es así porque el dinero es una riqueza abstracta, y los hombres, al poseerla, pueden satisfacer todas sus necesidades, de cualquier clase que sean.» *Principes fondamentales de l'Econ. pol.*; pol.; traducido por el conde Juan Arrivabene; París, 1836, pág. 221. Y también Storch: «Puesto que el dinero representa todas las riquezas, basta con acumularlo para procurarse cualquier clase de riqueza existente en el mundo» (t. II. pág. 166.

¹⁰² «A nummo prima origo avaritiae... haec paulatim exarsit rabie quadam, non jam avaritia, sed fames auris»; Plin., *Hist. nat.*, I. XXXIII, cap. XIV. (El dinero es la fuente primera de la avaricia; ésta se convierte en una especie de rabia que ya no es avaricia. sino sed de oro.)

producción de mercancías, más importante es la primera cristalización del valor de cambio en dinero, el atesoramiento, el cual, por esta razón, desempeña un importante papel entre los pueblos antiguos, en Asia actualmente, y entre los pueblos agrícolas modernos, en donde el valor de cambio no se ha apoderado todavía de todas las relaciones de la producción.

Vamos a examinar la función específicamente económica del atesoramiento en el recinto de la misma circulación metálica, pero primeramente mencionaremos otra forma del atesoramiento.

Hecha abstracción completa de sus propiedades estéticas, estando compuestas las mercancías de oro y plata del material que es también el material del dinero, son convertibles en dinero, del mismo modo que la moneda de oro o los lingotes de oro se pueden convertir en dichas mercancías. Precisamente porque el oro y la plata son la materia de la riqueza abstracta, la ostentación suprema de la riqueza consiste en servirse de ella bajo la forma de valores de uso concretos, y si el poseedor de mercancías esconde su tesoro, se siente impulsado a presentarse, en donde pueda hacerlo con seguridad, como *un hombre rico*¹⁰⁴ a los ojos de los demás comerciantes. Se dora a sí mismo y a su casa¹⁰⁵. En Asia, especialmente en la India, en donde el atesoramiento no es, como en la economía burguesa, como una función subordinada del mecanismo de la producción total, ni la riqueza el objeto final, las mercancías de oro y plata no son propiamente más que una forma estética de los tesoros. En la Inglaterra de la Edad Media las mercancías de oro y plata eran consideradas legalmente como simples formas del tesoro, porque su valor sólo había aumentado ligeramente por el tosco trabajo que se les había añadido. Estaban destinadas a ser lanzadas de nuevo a la circulación, y su refinamiento estaba, por consiguiente, tan prohibido como el de la misma moneda. El empleo creciente del oro y la plata para los objetos de lujo, al mismo tiempo que el aumento de la riqueza, es una cosa tan sencilla que los antiguos la comprendían¹⁰⁶ perfectamente, mientras que, por el contrario, los economistas modernos han establecido la siguiente falsa proposición: que el uso de las mercancías de oro y de plata no aumenta proporcionalmente al crecimiento de las riquezas. Sino sólo

proporcionalmente a la depreciación de los metales preciosos. Por eso sus indicaciones, exactas en cuanto al empleo del oro australiano y californiano, dejan siempre una laguna, porque el consumo acrecentado del oro, como primera materia, no está justificado en su imaginación por una baja correspondiente de su valor. En el transcurso de 1810 a 1830, la producción media anual de los metales preciosos había disminuido más de la mitad a consecuencia de la lucha de las colonias americanas contra España y de la interrupción del trabajo de las minas ocasionada por las revoluciones. La disminución de las monedas circulantes en Europa representaba casi 1/6, si se comparan los años 1829 y 1809. Aunque la cantidad de la producción hubiese, pues, disminuido y los gastos de producción aumentado, por mucho que hubiesen variado, el consumo de los metales preciosos en forma de objetos de lujo aumentó, sin embargo, de una manera extraordinaria; en Inglaterra, durante la guerra; en el continente, después de la paz de París. Dicho consumo iba en aumento juntamente con el crecimiento de la riqueza general¹⁰⁷. Puede establecerse como ley general que la conversión del dinero áureo y argenteo en objetos conversión en lingotes, o en moneda, tiene lugar en períodos de agitación¹⁰⁸. La importancia de la proporción del tesoro de plata y oro existente en forma de artículos de lujo, con el metal precioso que sirve de moneda, se comprende viendo que en 1829 la proporción era en Inglaterra, según Jacob, de 2 a 1, mientras que en toda Europa y América había 1/4 más de metal precioso en forma de objetos de lujo que en forma de moneda.

Hemos visto que la circulación del dinero no es más que la manifestación de la metamorfosis de las mercancías o del cambio de forma, mediante el cual se realiza el cambio orgánico social. Era, pues, necesario que con las variaciones de las sumas de los precios de las mercancías circulantes, o la extensión de sus metamorfosis simultáneas por una parte, y la rapidez repetida de su cambio de forma por otra, hubiese expansión y contracción de la cantidad de dinero circulante, lo cual es posible solamente a condición de que la cantidad total de dinero en un país esté en relación siempre variable con la cantidad de dinero circulante. La tesaurización cumple esto condición. Si los precios bajan o si la rapidez de la circulación aumenta, los depósitos de tesoros absorben la parte de dinero retirada de la circulación; si los precios suben o disminuye la rapidez de la

¹⁰⁴ Está escrito en castellano en el original (N. del T.)

¹⁰⁵ Para mostrar hasta qué punto permanece inalterado el hombre íntimo (*the inner man*) que existe en el poseedor de mercancías, aunque esté civilizado y convertido en capitalista, basta con citar el ejemplo de un representante londinense de una casa de banca cosmopolita. Este individuo hizo poner en un cuadro colgado de la pared, como apropiado blasón familiar, un billete de banco de 100.000 £. La argucia estriba en la mirada altiva y burlona que lanzaría el billete sobre la circulación.

¹⁰⁶ Véase el párrafo de Jenofonte que se cita más adelante.

¹⁰⁷ Jacob, t. II. caps. XV y XVI.

¹⁰⁸ «En épocas de disturbios e inseguridad y especialmente durante las conmociones interiores y las invasiones, los objetos de oro y plata son convertidos rápidamente en moneda mientras que en épocas de tranquilidad y prosperidad la moneda es convertida en vajilla de oro y plata y en alhajas.» (Ivi T. II, pág. 367.)

circulación, los tesoros se abren y afluyen en parte hacia la circulación. La fijación del dinero circulante en tesoro, y la difusión de los tesoros en la circulación es un movimiento oscilatorio en continuo cambio, y en el que el predominio de una u otra tendencia está determinado exclusivamente por las fluctuaciones de la circulación de las mercancías. De este modo, los tesoros sirven de canales de distribución y derivación del dinero circulante, de tal suerte que no circula jamás a título de moneda sino el «quantum» de dinero determinado por las necesidades inmediatas de la circulación. Si la circulación total se extiende súbitamente, y la unidad fluida de venta y compra predomina, pero de manera que la suma total de los precios que han de realizarse aumente con más rapidez aún que la velocidad del curso de la moneda, los tesoros se vacían prontamente; tan pronto como el movimiento total se detiene de manera desusada, o el movimiento de compra y venta se consolida, el medio de circulación se fija en moneda en proporciones impresionantes y los depósitos de tesoros van llenándose por encima del nivel medio. En los países donde la circulación es puramente metálica o que se encuentran en un grado de producción poco desarrollado, los tesoros están infinitamente desparramados y diseminados sobre toda la superficie del país, mientras que en las sociedades burguesas desarrolladas se hallan concentrados en los depósitos de los bancos. No hay que confundir el tesoro con la moneda de reserva, pues ésta forma parte constitutiva de la cantidad total de moneda que siempre está en circulación, mientras que la relación activa entre el tesoro y el medio de circulación supone el alza o baja de esta cantidad total. Las mercancías de oro y plata constituyen, como hemos visto, tanto un canal de derivación de los metales preciosos, como los manantiales alimentadores latentes. En épocas normales, únicamente la primera función tiene importancia para la economía de la circulación metálica¹⁰⁹.

¹⁰⁹ En el siguiente párrafo. Jenofonte desarrolla el dinero bajo las formas específicas de dinero y de tesoro:

«También es la única empresa en que no existe el temor de prodigar el número de trabajadores; cuanto más produce el mineral y más dinero da, se ven más gentes que se dedican a este oficio. Y efectivamente, cuando se ha adquirido todo el material necesario para un hogar, no se compra nada más; pero en cuanto al dinero, jamás posee nadie lo bastante para no querer más: hasta tal punto que los que tienen mucho disfrutan tanto enterrando el superfluo como usándolo. Más aún: en las ciudades florecientes es donde más se necesita el dinero; los hombres quieren gastarlo para tener hermosas armas, buenos caballos, casas, muebles espléndidos; las mujeres no piensan más que en las ricas telas, en los adornos de oro. Si, por el contrario, una ciudad está atacada por el hambre o por la guerra, como la tierra se halla entonces menos cultivada, hace falta el dinero para los víveres y para los soldados. XÉN. *De vectig.* C. IV. (Traducción de Eugenio Talbot.)

b) Instrumento de pago

Hasta ahora, el dinero se distinguía del medio de circulación bajo las dos formas de *dinero en reserva* y *tesoro*. En la transformación pasajera del de la moneda en dinero, la primera forma reflejaba el hecho de que el segundo miembro de *M-D-M*, la compra *D-M*, tiene que fraccionarse, en el interior de una determinada esfera de circulación, en una serie de compras sucesivas. Ahora bien; la tesaurización consistía simplemente en el aislamiento del acto *M-D* que no evolucionaba hacia *D-M*; no era más que el desarrollo independiente de la primera metamorfosis de la mercancía, el dinero evolucionado hacia la existencia enajenada de todas las mercancías, en oposición al medio de circulación que es el modo de existencia de la mercancía bajo su forma siempre enajenable. Dinero de reserva y tesoro eran dinero porque no eran medios de circulación, y no eran medios de circulación únicamente porque no circulaban. En la función en que ahora consideramos al dinero, circula o entra en la circulación, pero sin servir de instrumento de circulación. Como medio de circulación, el dinero era siempre instrumento de compra: ahora obra como no-medio de compra.

Desde el momento en que por el atesoramiento el dinero corporifica la riqueza social abstracta, se convierte en representante tangible de la riqueza material, adquiere en este carácter determinado de dinero funciones particulares en el proceso de circulación. Si el dinero circula en calidad de simple medio de circulación y, por tanto, de medio de compra, se entiende que mercancía y dinero se encuentran una enfrente de otro, que la misma magnitud de valor está presente de manera doble, en uno de los extremos bajo la forma de mercancía, en la mano del vendedor, en el otro extremo bajo la forma de dinero, en la mano del comprador. Esta existencia simultánea de los dos equivalentes en extremos opuestos, y su cambio simultáneo de lugar, o su enajenación recíproca, supone que vendedor y comprador entran en relación porque son poseedores de equivalentes. Sin embargo, el proceso de la metamorfosis de las mercancías, el cual produce diferentes definiciones formales del dinero, modifica también a los cambistas, o modifica los caracteres sociales bajo los cuales se presentan los unos a los otros. En el proceso de la metamorfosis de la mercancía, el poseedor de las mercancías cambia de piel cada vez que la mercancía se mueve y el dinero reviste formas nuevas. En origen, los poseedores de mercancías se enfrentaban como cambistas; uno se

Aristóteles, en el capítulo XIX, libro I de la *República* desarrolla los dos movimientos opuestos de la circulación, *M-D-M* y *D-M-D*, bajo los nombres de «Económica» y «Crematística». Los trágicos griegos, especialmente Eurípides, oponen las dos formas como derecho y provecho.

convertía en vendedor, el otro en comprador; después, alternativamente, cada uno comprador y vendedor; luego se transformaban en afortunados, finalmente en gentes ricas. De modo que los cambistas no salen del proceso de circulación tal como entraron en él. En realidad, las diferentes definiciones formales que reviste el dinero en el proceso de circulación no son sino las metamorfosis cristalizadas de la misma mercancía, las cuales, por su parte, no son sino la expresión objetiva de las cambiantes relaciones sociales en las cuales efectúan su cambio orgánico los poseedores de mercancías. En el proceso de circulación se crean nuevas relaciones comerciales, y los portadores de estas relaciones modificadas, los poseedores de mercancías, adquieren nuevos caracteres económicos. Así como en la circulación interior el dinero se idealiza y el simple papel, representante del oro, cumple la función de moneda, así también, este proceso, da al comprador o al vendedor que en él entra como simple representante de dinero o de mercancía, es decir, representante del dinero futuro o de la mercancía futura, la eficacia del vendedor o del comprador real.

Todas las definiciones formales en las cuales se desarrolla el oro convertido en dinero no son sino el desarrollo de los destinos encerrados en la metamorfosis de las mercancías. Pero estas formas en la circulación simple del dinero, en la que éste era moneda y el movimiento *M-D-M* unidad evolutiva, no se habían separado bajo un aspecto independiente, o no eran sino simples virtualidades, como, por ejemplo, la detención de la metamorfosis de la mercancía. Ya hemos visto que en el proceso *M-D* la mercancía, como valor de uso real y valor de cambio ideal, se relacionaba con el dinero como valor de uso solamente ideal. Enajenando la mercancía a título de valor de uso, el vendedor realizaba en ella el valor de cambio así como el valor de uso de la moneda. Inversamente, enajenando la moneda a título de valor de cambio, el comprador realizaba su valor de uso y el precio de la mercancía. Por consiguiente, la mercancía y la moneda habían cambiado de lugar. En su realización, el proceso vivo de esta oposición bipolar se escinde de nuevo. El vendedor enajena realmente la mercancía, y en principio no concreta su precio sino idealmente. La ha vendido a su precio, que, sin embargo, no quedará concretado sino en una época ulterior determinada. El comprador que compra representa moneda futura, mientras que el vendedor que vende posee una mercancía actual, presente. En lo que concierne al vendedor, la mercancía como valor de uso es enajenada realmente sin que haya sido concretada realmente como precio: en lo que respecta al comprador, la moneda es concretada realmente en el valor de uso de la mercancía sin que haya sido enajenada realmente como valor de cambio. Así como antes era el signo

de valor, ahora el comprador mismo es quien representa simbólicamente el dinero. Pero así como antes el simbolismo general del signo de valor suponía la garantía y el curso forzoso del Estado, el simbolismo personal del comprador suscita ahora contratos privados legalmente válidos entre los cambistas.

En el proceso *D-M*, por el contrario, el dinero puede ser enajenado como instrumento de compra real, y el precio de la mercancía puede así ser realizado antes de que lo sea el valor de uso del dinero o de que la mercancía sea enajenada. Esto tiene lugar todos los días bajo la forma de pagos anticipados. Y también en la forma en que el gobierno inglés compra el opio de los Ryots en la India, o la forma en que los comerciantes extranjeros establecidos en Rusia compran gran parte de los productos rusos. Pero en estos casos el dinero no es más que instrumento de compra y no adquiere una nueva forma determinada¹¹⁰. Por eso no nos detenemos en este último caso, pero observamos, sin embargo, con respecto al aspecto transformado bajo el cual se presentan aquí los dos procesos *D-M* y *M-D*, que la diferencia que parecía imaginaria en la circulación se convierte ahora en diferencia real, puesto que en una de las formas solamente se halla presente la mercancía y en la otra únicamente el dinero; pero en las dos formas sólo está presente el extremo de donde parte la iniciativa. Además, las dos formas tienen de común que, en una y otra, uno de los equivalentes no existe sino en la común voluntad del comprador y del vendedor, voluntad que une a los dos y adquiere formas legales determinadas.

Vendedores y compradores se transforman en acreedores y deudores. Si el poseedor de mercancías, en su papel de guardián del tesoro, era un tipo más bien cómico, ahora resulta terrible, pues ya no es a sí mismo, sino a su prójimo, al que identifica con una suma determinada de dinero y hace de él, y no de sí mismo, el mártir del valor de cambio. De creyente se convierte en acreedor, y cae de la religión a la jurisprudencia.

«I stay here on my bond!»

En la forma modificada *M-D*, en la que la mercancía se halla presente y el dinero solamente representado, el dinero sirve en primer lugar de medida de valores. El valor de cambio de la mercancía está evaluado en dinero, considerado como medida de éste; pero siendo valor de cambio medido contractualmente, el precio no existe solamente en la imaginación del vendedor, sino también como medida de la obligación del comprador. En segundo lugar, el dinero sirve aquí de instrumento de compra, aun cuando no proyecte ante

¹¹⁰ Naturalmente el capital se anticipa también bajo la forma de dinero y el dinero anticipado puede ser capital, pero este punto de vista se halla fuera del horizonte de la circulación simple.

él más que la sombra de su existencia futura. Trasiega la mercancía de la mano del vendedor a la del comprador. Al vencimiento del término fijado para la ejecución del contrato, el dinero comienza a circular, puesto que se desplaza y pasa de la mano del antiguo comprador a la del antiguo vendedor. Pero no entra en circulación en calidad de medio de circulación o de medio de compra. Tal era su función antes de estar presente y tal parece ser su función cuando ya no lo está. Entra en la circulación a título de único equivalente adecuado de la mercancía, de realización absoluta de valor de cambio, de última palabra del proceso de cambio, es decir, como dinero y como dinero también en la función determinada de *medio de pago general*. En esta función de pago, el dinero es la mercancía absoluta; pero en el recinto de la circulación misma y no, como el tesoro, fuera de ella. La diferencia entre instrumento de compra e instrumento de pago se hace sentir muy desagradablemente en las épocas de crisis comerciales¹¹¹.

En origen, transformar el producto en dinero no parece que sea en la circulación más que una necesidad individual para el poseedor de mercancías, puesto que su producto no constituye para él un valor de uso, sino que únicamente lo será cuando lo haya enajenado. Ahora bien; para pagar al vencer el plazo es necesario que previamente haya vendido mercancías. Por el movimiento del proceso de circulación, la venta se ha transformado para él en una necesidad social. De antiguo comprador de una mercancía se convierte por fuerza en vendedor de otra mercancía, no para adquirir dinero en calidad de instrumento de compra, sino en calidad de instrumento de pago, la forma absoluta del valor de cambio. Finalizar con la metamorfosis de la mercancía en dinero, o establecer como finalidad propia la primera metamorfosis de la mercancía, lo que en la tesaurización parecía ser un capricho del poseedor de mercancías, es ahora una función económica. El motivo y contenido de la venta que se ha de pagar es el contenido que dimana de la forma del proceso de circulación.

En esta forma de venta, la mercancía efectúa su desplazamiento y circula, mientras aplaza su primera metamorfosis, su transformación en dinero. Para el vendedor, por el contrario, la que se realiza es la segunda metamorfosis, es decir, la transformación del dinero en mercancía antes de que se cumpla la primera metamorfosis, antes de que la mercancía se haya transformado en dinero. La primera metamorfosis aparece, pues, aquí cronológicamente después de la segunda, y por eso el dinero, que es el aspecto de la mercancía en su primera metamorfosis, adquiere una nueva forma. El dinero o la evolución

independiente del valor de cambio no es ya la forma intermedia de la circulación de las mercancías, si no su resultado final.

No es necesario exponer con detalle que tales *ventas a plazo*, en las que los dos extremos de la venta están separados cronológicamente, nacen espontáneamente de la circulación simple de las mercancías. En primer lugar, el desarrollo de la circulación exige que los mismos cambistas se enfrenten varias veces como vendedores y compradores. Esta confrontación repetida no es puramente fortuita: una mercancía, por ejemplo, es ordenada en un plazo determinado, en el cual debe de ser entregada y pagada, en este caso, la venta se efectúa idealmente, es decir, jurídicamente, sin que mercancía ni dinero aparezcan materialmente. Las dos formas del dinero, medio de circulación e instrumento de pago, coinciden aquí todavía puesto que, por una parte, mercancía y dinero cambian de lugar simultáneamente, y por otra parte, el dinero no compra la mercancía, sino que realiza únicamente el precio de la mercancía, vendida anteriormente. Además, de la naturaleza de toda una serie de valores de uso resulta que no son realmente enajenados por la entrega efectiva, sino solamente por la cesión de la mercancía durante un tiempo determinado; así, cuando se abandona el disfrute de una casa durante un mes, el valor de uso de la casa se entrega al expirar dicho período, aunque haya cambiado de mano al comenzar el mes. Puesto que en este caso el abandono efectivo del valor de uso y su enajenación real se hallan separados en el tiempo, la realización de su precio tiene lugar más tarde que su cambio de lugar. Finalmente, como las mercancías están producidas en épocas distintas y exigen para su producción duraciones de tiempos diferentes, resulta que un individuo entra en escena como vendedor cuando otro no puede todavía presentarse como comprador, y como el acto de compra y de venta se renueva frecuentemente entre los mismos poseedores de mercancías, los dos momentos de la venta se escinden conforme a las condiciones de producción de sus mercancías. De este modo se crea una relación de acreedor a deudor entre los cambistas que, aunque constituyan la base natural del sistema de crédito, puede ser, sin embargo, completamente desarrollada antes de que este último existe. Además es evidente que con el perfeccionamiento del sistema de crédito y de la producción burguesa en general, la función del dinero, como medio de pago, ganará en extensión en perjuicio de su función como medio de compra y más aún como elemento de tesaurización. En Inglaterra, el dinero como moneda está confinado casi exclusivamente en la esfera del comercio al por menor, entre productores y consumidores, en tanto que a título de instrumento de pago reina en la esfera

¹¹¹ Lutero hace notar la diferencia entre el medio de compra y el medio de pago. (Nota de la segunda edición. Confróntese *Das Kapital*, vol. I, nota 96, 4.^a ed., pág. 99).

de las grandes transacciones comerciales¹¹².

Como medio universal de pago, el dinero se convierte en lo *mercancía universal* de los contratos, en un primer momento, solamente en el interior de la esfera de circulación de las mercancías¹¹³. Pero a medida que se establece en esta función, todas las demás formas de pago se resuelven poco a poco en pagos en dinero. El grado de desarrollo que el dinero hoya adquirido como instrumento de pago exclusivo, indica hasta qué grado el valor de cambio se ha apoderado de la producción en extensión y profundidad¹¹⁴.

La cantidad de dinero que circula en calidad de instrumento de pago está determinada en primer lugar por el importe de los pagos; por la suma de los precios de las mercancías enajenadas y no de las que deberán de serlo, como en la circulación simple del dinero. Sin embargo, la suma así determinada está

¹¹² A pesar de la exagerada idea que tiene de sus definiciones doctrinarias, el Sr. Macleod comprende tan mal las relaciones económicas más elementales que deriva el dinero en general de su forma más desarrollada, la de instrumento de pago. Dice entre otras cosas: como las gentes no siempre tienen necesidad de sus servicios recíprocos al mismo tiempo, ni en igual grado, «quedaría cierta diferencia o una suma de servicios resultantes del primero al segundo débito». El poseedor de esta deuda o crédito necesita los servicios de un tercero, que no exige inmediatamente los del segundo, y «transfiere al tercero la deuda que le debe el primero. Las deudas cambian así de mano...: medio de circulación... Cuando una persona ha recibido una obligación expresada en moneda de curso legal, puede pedir los servicios no solamente del deudor original, sino de la comunidad trabajadora entera». Macleod, *Theory and practical of Banking*, etc.; Londres, 1855, v. I, cap. I.

¹¹³ Bailey, *loc. cit.*, pág. 3. «El dinero es la mercancía general de los contratos; aquella en la cual se efectúan la mayor parte de los contratos (relativos a la propiedad) que deben perfeccionarse más tarde».

¹¹⁴ Senior, *loc. cit.*, pág. 221, dice: «Como el valor de cualquier cosa varía en un periodo de tiempo dado, las gentes escogen como instrumento de pago un objeto cuyo valor varíe lo menos posible y que conserve el mayor tiempo posible una capacidad media dada para comprar cosas. Así es como el dinero se convierte en expresión o representante de los valores.» Viceversa. Como el oro, la plata, etc., se han convertido en moneda, es decir, materialización del valor de cambio autonomizado, se transforman en medios de pago universales. Precisamente en el momento en que la consideración sobre la duración del valor de la moneda, mencionada por Senior, entra en juego, es decir, en los periodos en que por la fuerza de las circunstancias se impone la moneda como instrumento de pago, es cuando se descubre la fluctuación en el valor de la moneda. Época tal era la de Isabel en Inglaterra cuando Lord Burleigh y Sir Thomas Smith, en vista de la depreciación de los metales preciosos, hicieron aprobar un acta parlamentaria que obligaba a las universidades de Oxford y Cambridge a pagarles un tercio de sus rentas de la tierra en trigo o malta.

doblemente modificada: en primer lugar, por la rapidez con que la misma pieza de moneda repite la misma función o con que la masa de pagos se manifiesta como una cadena de pagos que evoluciona. *A* paga a *B*, *B* paga a *C*, y así sucesivamente. La rapidez con que la misma pieza de moneda repite su función de instrumento de pago depende, por una parte, del encadenamiento de las relaciones de acreedor a deudor entre los poseedores de mercancías, de manera que el mismo poseedor de mercancías es acreedor respecto a uno, deudor respecto a otro, etc., etc., y por otra parte del tiempo que separa los diferentes términos de pago. Esta cadena de pagos o primera metamorfosis suplementaria de las mercancías difiere cualitativamente de la cadena de metamorfosis que se manifiesta en la circulación del dinero en cuanto medio de circulación. Esta última cadena, no sólo aparece en sucesión temporal, sino que se forma primeramente en aquélla. La mercancía se convierte en dinero, después vuelve a ser mercancía y permite así a otra mercancía que se transforme en dinero, etc. Otro cambista puede ser vendedor porque el vendedor se transforma en comprador. Este encadenamiento nace fortuitamente en el proceso de cambio de las mercancías. Pero si la moneda con la cual *A* paga a *B* pasa de *B* a *C*, de *C* a *D*, etc., con intervalos de tiempo que se suceden rápidamente en este encadenamiento no hace más que salir al exterior un encadenamiento social que ya existía. La misma moneda no circula por diferentes manos porque sirve de instrumento de pago, sino que circula como medio de pago porque estas diferentes manos han sido previamente entrelazadas en un apretón. La rapidez con que circula el dinero en calidad de medio de pago, mejor aún que la rapidez con que circula el dinero en calidad de moneda o de medio de compra, muestra cuán profundamente han sido arrastrados los individuos al proceso de circulación.

Como la suma de los precios de las compras y ventas tiene lugar simultáneamente, y por tanto conjuntamente en el espacio, constituye el límite dentro del cual la rapidez de la circulación puede suplir a la masa monetaria. Esta barrera no existe para el dinero que desempeña el oficio de instrumento de pago. Si en el mismo sitio hay concentración de pagos que han de efectuarse al mismo tiempo, lo que, en principio, no se produce espontáneamente más que en los grandes focos de la circulación de mercancías, los pagos se compensan, como magnitudes negativas y positivas, puesto que *A* debe pagar a *B* y ser pagado por *C*, etc., La suma total de dinero requerido a título de instrumento de pago quedará, pues, determinada, no por la suma de los precios de los pagos que hay que realizar simultáneamente, sino por la concentración más o menos grande de éstos, y por la magnitud del saldo que quede después de su neutralización recíproca

como magnitudes negativas y positivas. En ausencia de todo desarrollo del sistema de crédito se toman disposiciones especiales para estas compensaciones, como, por ejemplo, en la antigua Roma. Pero aquí no tenemos que exponerlas, así como tampoco los términos de pago generales que se establecen por todas partes en los círculos sociales determinados. Observemos únicamente que la influencia específica que ejercen estos términos sobre las fluctuaciones periódicas en la cantidad de moneda corriente no ha sido examinada científicamente hasta estos últimos tiempos.

En la medida en que los pagos se compensan como magnitudes positivas y negativas, el dinero real no interviene. Se desarrolla aquí únicamente bajo su forma de medida de los valores, por una parte en los precios de las mercancías, por otra en la magnitud de las obligaciones recíprocas. Independientemente de su existencia ideal, el valor de cambio no adquiere, pues, aquí una existencia independiente, ni siquiera la de signo de valor; el dinero no es más que una moneda ideal. La función del dinero como instrumento de pago encierra, pues, una contradicción. Por una parte, como los pagos se compensan, el dinero no sirve de medida sino idealmente; por otra parte, como el pago debe de efectuarse realmente, el dinero entra en la circulación no a título de medio de circulación transitoria, sino como la manera de ser constante del equivalente general, como la mercancía absoluta, en una palabra, como dinero. En todos los sitios en donde se ha desarrollado la cadena de pagos y un sistema artificial de compensarlos, sucede, con motivo de sacudidas que detienen el curso de los pagos y perturban el mecanismo de su compensación, que el dinero de pronto pierde su aspecto etéreo, quimérico, de medida de valor y reviste la forma de dinero sólido, o instrumento de pago. Cuando la producción burguesa está desarrollada y el poseedor de mercancías lleva mucho tiempo convertido en capitalista que conoce a su Adam Smith y se ríe con aire de superioridad de la creencia de que solamente el oro y la plata es dinero, y considera que el dinero en general es, a diferencia de las demás mercancías, la mercancía absoluta, el dinero reaparece de pronto, no en calidad de mediador de la circulación, sino como la única forma adecuada del valor de cambio, como la riqueza única, exactamente tal como la concibe el atesorador. Bajo este aspecto de encarnación exclusiva de la riqueza no se revela, como en el sistema monetario, en la depreciación puramente imaginaria, sino en la depreciación y el no-valor reales de toda riqueza material. Este es el momento especial de las crisis del mercado mundial que se llama crisis monetaria. El *summum bonum* al que en tales momentos se llama a grandes gritos, como riqueza única, es el dinero, el dinero contante, y todas las mercancías, precisamente porque son

valores de uso, parecen a su lado cosas inútiles, futesas, juguetes, o como dice nuestro doctor Martín Lutero, puro adorno y glotonería. Esta súbita conversión del sistema de crédito en sistema monetario añade el espanto teórico al pánico práctico, y los agentes de la circulación permanecen consternados ante el impenetrable misterio de sus propias relaciones económicas¹¹⁵. Los pagos, por su parte, hacen necesario un fondo de reserva, una acumulación de dinero a título de instrumento de pago. La constitución de este fondo de reserva no es ya, como en la tesaurización, una actividad exterior a la circulación, ni un simple estancamiento técnico de las especies como en la reserva monetaria, sino que el dinero debe de ser amasado gradualmente, para que exista en los plazos de pagos futuros determinados. Si la tesaurización en su forma abstracta, que significa enriquecimiento, disminuye con el desarrollo de la producción burguesa, la tesaurización directamente exigida por el proceso del cambio, aumenta, o más bien una parte de los tesoros que se constituyen en la esfera de la circulación de las mercancías es absorbida como fondo de reserva de instrumentos de pago. Cuanto más desarrollada se encuentra la producción burguesa, más queda limitado al *mínimum* necesario este fondo de reserva. Locke, en su escrito sobre la rebaja de las tasas del interés¹¹⁶, facilita aclaraciones interesantes sobre la magnitud de este fondo de reserva en su época. Hace ver qué parte importante de la totalidad del dinero circulante era absorbida en Inglaterra por los depósitos de instrumentos de pago, precisamente en la época en que la Banca comenzaba a desarrollarse.

La ley sobre la cantidad del dinero circulante, tal como resultaba del examen de la circulación simple del dinero, queda esencialmente modificada por la circulación del instrumento de pago. Dada la velocidad de circulación del dinero, sea como medio de circulación, sea como instrumento de pago, la suma total del dinero circulante en un período de tiempo dado estará determinada por la suma total de los precios de las mercancías que hay que realizar, *más* la suma total de los pagos vencidos en la misma época, *menos* los pagos que se anulen recíprocamente

¹¹⁵ Boisguillebert, que quisiera impedir que las relaciones burguesas de producción se erigieran contra los mismos burgueses, trata con predilección de aquellas formas del dinero en las que éste no es más que ideal.

Así es como ha tratado del medio de circulación y del instrumento de pago. No ve, una vez más, que el dinero convierte inmediatamente su forma ideal en su realidad exterior; que en la medida del valor, nada más que imaginada, existe ya el dinero sólido en estado latente. Que el dinero, dice, no es más que una simple forma de las mismas mercancías se ve en el gran comercio, en el que el cambio se efectúa sin la intervención del dinero, después de que «las mercancías han sido apreciadas». *Le Détail de la France*, pág. 210.

¹¹⁶ Locke, *loc. cit.*, págs. 17-18.

por compensación. La ley general que dice que la cantidad de moneda circulante depende de los precios de las mercancías, no queda por ello afectada en lo más mínimo, puesto que el importe de los pagos está determinado por los gastos fijados por contrato. Lo que vuelve a surgir de una manera sorprendente es que, precisamente cuando la velocidad de circulación y la economía de los pagos se suponen constantes, la suma de los precios de una masa de mercancías circulantes en un período determinado, por ejemplo un día, y la cantidad del dinero que circula en el mismo día, no coinciden de ningún modo; pues circula una masa de mercancías cuyo precio no será concretado en dinero sino posteriormente, y circula una cantidad de dinero a la que no corresponden ya mercancías que salieron hace tiempo de la circulación. Esta última masa dependerá de la magnitud de la suma de los valores de los pagos que venzan el mismo día, aunque hayan sido contratados en períodos diferentes.

Hemos visto que el cambio en el valor del oro y la plata no afecta a su función de medida de los valores o de moneda contante. Sin embargo, este cambio adquiere una importancia decisiva para el oro bajo la forma de tesoro, pues con el alza o baja del valor del oro o de la plata aumenta o disminuye la magnitud de valor del tesoro de oro o plata. Y esta importancia es todavía mayor en cuanto al dinero que desempeña el oficio de instrumento de pago. El pago no se efectúa sino después de la venta de la mercancía; el dinero ejerce en dos períodos diferentes dos funciones distintas; primeramente sirve de medida de los valores, después de instrumento de pago que responde a dicha medida. Si, en este intervalo, hay una variación en el valor de los metales preciosos, o en el tiempo de trabajo que exige su producción, el mismo «quantum» de oro o de plata que sirve de instrumento de pago valdrá más o menos que en la época en que servía de medida de valor y en la cual quedó concluso el contrato. La función de una mercancía especial, tal como el oro o la plata, como dinero o valor de cambio materializado, se halla aquí en pugna con su naturaleza de mercancía particular, cuya magnitud de valor depende de la variación de sus gastos de producción. La gran revolución social que produjo la caída en Europa del valor de los metales preciosos, es un hecho tan conocido como la revolución inversa, determinada, en los primeros tiempos de la república en la antigua Roma, por el alza del valor del cobre, en cuyo metal estaban contraídas las deudas de los plebeyos. Sin seguir por más tiempo las oscilaciones del valor de los metales preciosos en su influencia sobre el sistema económico burgués, se puede hacer constar, desde luego, que la baja del valor de los metales preciosos favorece a los deudores a costa de los acreedores, y que un alza de su valor favorece, por el contrario, a los acreedores a expensas de los deudores.

c) La moneda universal

El oro se convierte en dinero diferente de la moneda, primeramente al retirarse de la circulación bajo la forma de tesoro, después entrando en ella como no-medio de circulación, y por fin franqueando las barreras de la circulación interior para desempeñar en el mundo de las mercancías la función de equivalente general. De este modo llego a ser la *moneda universal*. De la misma manera que los medidas de pesos generales de los metales preciosos servían de medidas de valor primitivas, los nombres contantes de la moneda son, en el interior del mercado universal, transformados de nuevo en los nombres de pesos correspondientes. Del mismo modo que el metal bruto amorfo (*aes rude*) era la forma primitiva del medio de circulación, y así como la forma acuñada era, o su vez, en origen, simple signo oficial del peso contenido en las piezas de metal, así también el metal precioso, convertido en moneda universal, se despoja de su figura y sello y reviste de nuevo la forma indiferente del lingote; y aunque las especies nacionales, tales como imperiales rusos, escudos mejicanos y soberanos ingleses circulen en el extranjero su título se hace indiferente y no se tiene en cuenta más que su contenido.

Transformados en moneda internacional, los metales preciosos cumplen de nuevo su función primitiva de medios de cambio, la cual, del mismo modo que el cambio de las mercancías, no se origina en el seno de las comunidades primitivas, sino en los puntos de contacto de las distintas comunidades. Bajo la forma de moneda universal, el dinero vuelve, pues, a tomar su forma primitiva. Cuando se retira de la circulación interior se despoja de las formas particulares nacidas del desarrollo del proceso de cambio en esta esfera particular, se despoja de las formas locales de que se había revestido cuando era patrón de precios, numerario, moneda de pago y signo de valor.

Hemos visto que en la circulación interior de un país una sola mercancía sirve de medida de los valores. Pero como en un país es el oro, y en otro la plata, los que cumplen esta función, una doble medida de valores es válida en el mercado universal, y el dinero dobla así su existencia en todas las demás funciones. La conversión de los valores de las mercancías del precio oro en precio plata, y viceversa, queda determinada cada vez por el valor relativo de los dos metales, que varía continuamente y cuya fijación, por consiguiente, aparece como un proceso continuo. Los poseedores de mercancías en cada esfera interior de circulación se ven obligados a emplear alternativamente el oro y la plata para la circulación exterior y a cambiar así el metal que sirve de dinero en el interior por el metal que necesitan en calidad de dinero en el exterior. Cada nación emplea,

pues, los dos metales, oro y plata, en concepto de moneda universal.

En la circulación internacional de las mercancías el oro y la plata no aparecen como instrumentos de circulación, sino como *medios de cambio universales*. Ahora bien, el medio de cambio universal funciona únicamente en las dos formas desarrolladas de *instrumento de compra* y de *instrumento de pago*, cuya relación sufre, sin embargo, una inversión en el mercado mundial. En la esfera de circulación interior, el dinero, cuando era moneda y representaba el mediador de la unidad evolutiva *M-D-M*, o la forma puramente fugitiva del valor de cambio en la perpetua variación de lugar de las mercancías, servía exclusivamente de instrumento de compra. En el mercado mundial ocurre al contrario. Aquí el oro y la plata son instrumentos de compra solamente cuando el cambio de la materia es unilateral y la compra y la venta se desunen. El comercio limítrofe de Kiachta, por ejemplo, es práctica y contractualmente el trueque, en el que el dinero no sirve sino de medida de valor. La guerra de 1857-58 hizo que los chinos se decidieran a vender sin comprar. Entonces, de pronto, el dinero se convirtió en instrumento de compra. En consideración a los términos del contrato, los rusos transformaron las monedas francesas de cinco francos en artículos groseros de plata que sirvieron de instrumentos de cambio. El dinero sirve continuamente de medio de compra entre Europa y América, por una parte, y Asia por otra, en donde se deposita como tesoro. Además, los metales preciosos sirven de instrumentos de compra internacionales tan pronto como el equilibrio tradicional de cambio de la materia entre dos naciones se rompe súbitamente; por ejemplo, una mala cosecha que obligue a una de ellas a comprar en proporción extraordinaria. Finalmente los metales preciosos son instrumento internacional de compra en los países productores de oro y plata, en donde son producto directo y mercancía, y no la forma metamorfoseada de la mercancía. Cuanto más se desarrolle el cambio de las mercancías entre las diferentes esferas nacionales de circulación tanto mejor hace oficio de instrumento de pago la moneda universal para equilibrar los balances internacionales. Lo mismo que en la circulación interior, la circulación internacional exige una cantidad siempre variable de oro y de plata. Una parte de los tesoros acumulados sirve, pues, en cada nación de fondo de reserva de la moneda universal, cuyo fondo unas veces se llena y otras se vacía, siguiendo las oscilaciones del cambio de las mercancías¹¹⁷. Sin

hablar de los movimientos particulares que ejecuta en su vaivén entre las esferas de circulación nacionales, la moneda universal posee también un movimiento general, cuyos puntos de partida se encuentran en los orígenes de la producción, desde donde los ríos de oro y plata se difunden en distintas direcciones por el mercado del mundo. El oro y la plata entran en la circulación universal bajo la forma de mercancías y se cambian, proporcionalmente al tiempo de trabajo que contienen, por mercancías equivalentes antes de caer en las esferas interiores de la circulación. En éstas aparecen, pues, con una magnitud de valor dada. Toda alza o baja en sus gastos de producción afecta, pues, uniformemente en el mercado mundial a su valor relativo, el cual es completamente independiente de la cantidad de oro y plata que absorben las diferentes esferas de la circulación. El río metálico recogido por cada esfera particular entra, en parte, directamente en la circulación interior para reemplazar a las monedas metálicas gastadas, en parte, queda varado en los diferentes depósitos de dinero, de instrumentos de pago y de moneda universal, y en parte queda transformado en artículos de lujo. El resto finalmente, se convierte en tesoro. Cuando la producción, burguesa está desarrollada, la constitución de los tesoros queda limitada al mínimo que exigen los diversos procesos de la circulación para el libre juego de su mecanismo. Únicamente la riqueza que se deja improductiva se convierte en este caso en tesoro en cuanto tal, a menos que sea la forma momentánea de un excedente en el saldo de los pagos, resultado de una interrupción del recambio orgánico y, por consiguiente, la fijación de la mercancía en su primera metamorfosis.

Si el oro y la plata, en concepto de dinero, están concebidos como la mercancía general, adquieren en la moneda universal la forma adecuada de existencia de la mercancía universal. Se convierten en la figura metamorfoseada de todas las mercancías, y, por tanto, en la mercancía universalmente enajenable en la misma proporción en que todos los productos se enajenan por el oro y la plata. Se realizan como materia del tiempo de trabajo general en la medida en que el recambio orgánico de los trabajos concretos se extiende sobre toda la superficie de la tierra. Se transforman en equivalente general en la medida en que se desarrolle la serie de los equivalentes particulares que constituyen su esfera de cambio. Comoquiera que en la circulación mundial las mercancías despliegan universalmente su propio valor de cambio, la forma de éste, metamorfoseada en oro y plata, aparece como moneda universal. Mientras por su industria generalizada y su comercio universal las naciones de cambistas convierten el oro en dinero adecuado, la industria y el comercio no se les presentan sino como un medio para sustraer al mercado mundial el dinero, bajo la forma de oro y plata. Como moneda universal, el oro y la plata son,

¹¹⁷ «El dinero acumulado sustituye a la suma que para estar efectivamente en la circulación y hacer frente a todas las perturbaciones eventuales del comercio, se aleja y sale de la esfera de la misma circulación, G. R. Carli, *Notas a Verri, Meditazione sulla Economia Politica*, pág. 196, t. XV. Colección de Custodi.

pues, en conjunto, el producto de la circulación general de las mercancías y el medio de extender siempre su esfera. Así como a costa de los alquimistas, que trataban de fabricar oro, nació la química, del mismo modo, a expensas de los poseedores de mercancías, que corren detrás de la mercancía bajo su forma encantada, brotan las fuentes de la industria mundial, del comercio mundial. El oro y la plata ayudan a crear el mercado del mundo, puesto que, concebidos como dinero, anticipan su existencia. Y lo que demuestra bien a las claras que su mágico efecto no se limita a la infancia de la sociedad burguesa, es un efecto necesario de la inversión que el trabajo social experimentó en el ánimo de los individuos que sobrellevan el mundo de las mercancías, como pone de manifiesto la influencia extraordinaria que ejerció el descubrimiento de nuevos países auríferos sobre el comercio mundial de mediados del siglo XIX.

El dinero, al evolucionar, se transforma en moneda universal y el poseedor de mercancías se hace cosmopolita. Las relaciones cosmopolitas no son, en su origen, más que las relaciones entre poseedores de mercancías. La mercancía en sí y por sí es superior a cualquier barrera religiosa, política y lingüística. Su lengua universal es el precio y su comunidad el dinero. Pero al mismo tiempo que se desarrolla la moneda universal, opuesta a la moneda nacional, se desarrolla el cosmopolitismo de los cambistas como un dogma de la razón práctica, opuestamente a los prejuicios hereditarios, religiosos, nacionales y todos los demás que establecen obstáculos a la circulación de la materia de la humanidad. Como quiera que el mismo oro que llega a Inglaterra bajo la forma de eagles¹¹⁸ americanas se convierte en soberanos, tres días después circula en París en forma de lises, y al cabo de algunas semanas se vuelve a encontrar, transformado en ducados, en Venecia, pero conservando siempre el mismo valor; los poseedores de mercancías terminan por comprender que la nacionalidad «is but the guine's stamp».¹¹⁹ La idea sublime en la cual se resuelve para él el mundo entero es la de un mercado, un *mercado mundial*¹²⁰.

IV. Los metales preciosos

El proceso burgués de producción se apodera en primer lugar de la circulación metálica como de un

órgano transmitido del todo acabado, el cual, aunque se transforma poco a poco, conserva siempre, sin embargo, su estructura fundamental. La pregunta de saber por qué el oro y la plata sirven de material del dinero en lugar de otras mercancías sobrepasa los límites del sistema burgués. No haremos, pues, sino un resumen de los puntos esenciales.

Puesto que el tiempo de trabajo general mismo no admite sino diferencias puramente cuantitativas, es necesario que el objeto que habrá de ser su encarnación específica sea capaz de representar diferencias puramente cuantitativas, dando por supuestas la identidad, la homogeneidad de la calidad. Esta es la primera condición para que una mercancía haga oficio de medida de valor. Si evalúo, por ejemplo, todas las mercancías en bueyes, pieles, cereales. etc., tengo que medirlas, en realidad, con el buey medio ideal, la piel media ideal, puesto que entre buey y buey, grano y grano, piel y piel hay diferencia cualitativa. El oro y la plata, por el contrario, como son cuerpos simples, son siempre idénticos a sí mismos e iguales «quanta» de estos metales representan valores de magnitud idéntica¹²¹. La otra condición que debe cumplir la mercancía que sirve de equivalente general, y que se deduce directamente de la función de representar diferencias puramente cuantitativas, es que se pueda dividir en partes cualesquiera y volver a reunir estas partes de manera que la moneda contante pueda ser representada también de un modo sensible. El oro y la plata poseen estas cualidades en un grado superior.

En calidad de medio de circulación el oro y la plata ofrecen la ventaja sobre los demás mercancías de que a su peso específico elevado, que representa un peso relativamente grande en poco espacio, corresponde su peso específico económico que les permite encerrar mucho tiempo de trabajo, es decir, un gran valor de cambio bajo un pequeño volumen. Esto asegura la facilidad del transporte, el paso de una mano a otra y de un país a otro, la facultad de aparecer y desaparecer con igual rapidez: en una palabra, la movilidad material, el *sine qua non* de la mercancía que debe servir de *perpetuum mobile* en el proceso de circulación.

El alto valor específico de los metales preciosos, su duración, su relativa indestructibilidad, su inalterabilidad en contacto con el aire y, especialmente, en cuanto al oro, su insolubilidad en los ácidos, excepto en el agua regia, todas estas propiedades naturales hacen de los metales preciosos la materia natural de la tesaurización. Por eso *Pedro Martir*, que parece haber sido un gran aficionado al chocolate, observa, al hablar de los sacos de cacao,

¹¹⁸ Moneda de diez dólares.

¹¹⁹ No es más que la huella de la Guinea.

¹²⁰ Montanari, *Della moneta* (1683), *loc. cit.*, pág. 40: «Las comunicaciones de los pueblos entre sí se extienden hasta tal punto sobre todo el globo terrestre que casi se puede decir que el mundo entero es una sola ciudad donde se celebra una perpetua feria de todas las mercancías y donde cualquier hombre, mediante dinero y desde su casa, puede surtir y disfrutar de todo lo que producen la tierra, los animales y la industria humana. Invención maravillosa.»

¹²¹ «Los metales poseen la singular propiedad de que todo en ellos queda reducido a la cantidad, no habiendo recibido de la naturaleza. ni en su estructura ni en su forma externa, diversidad de cualidad.» Galliani, *loc. cit.*, pág. 130.

que constituían una de las monedas mejicanas: *O felicem monetam, quae suavem utilemque praebet humano generi potum, et a tartarea peste avaritiae su os immunes servat possessores, quod suffodi aut diu servari nequat.*¹²²

La gran importancia de los metales en general, en el interior del proceso inmediato de producción, está ligada a su función de instrumento de producción. Independientemente de su rareza, la gran maleabilidad del oro y la plata comparados con el hierro y hasta con el cobre (en el estado endurecido en que lo empleaban los antiguos) impide que se les utilice para herramientas y les despoja en una gran medida de la cualidad sobre la cual reposa el valor de cambio de los metales en general. Inútiles en el proceso inmediato de producción, no son indispensables como medios de existencia, como objetos de consumo. Pueden entrar en el proceso de circulación social en cualquier cantidad, sin perjudicar a los procesos de la producción y del consumo inmediatos. Su valor de uso individual no está en pugna con su función económica. Por otra parte el oro y la plata no son únicamente objetos negativamente superfluos, es decir, no indispensables, sino que sus cualidades estéticas hacen de ellos la materia natural del lujo, del adorno, de la suntuosidad, de las necesidades de los días de gala; en una palabra, la forma positiva de la superfluidad y de la riqueza. Se presentan, por decirlo así, como luz solidificada, extraída del mundo subterráneo; la plata reflejando todos los rayos luminosos en su mezcla primitiva, el oro reflejando únicamente la más elevada potencia del color, el rojo. Ahora bien, el sentido del color es la forma más popular del sentido estético en general. La conexión etimológica, en las diferentes lenguas indogermánicas, de los nombres de los metales preciosos con las relaciones de los colores ha sido demostrada por *Jakob Grimm* (Véase su *Geschichte der deutschen Sprache*). Finalmente la facultad que poseen el oro y la plata de pasar de la forma de moneda a la de lingote, de ésta a la de artículos de lujo e inversamente; la ventaja que tienen sobre las demás mercancías de no quedar fijadas en valores de uso una vez dadas, determinadas, hacen de estos metales la materia natural de la moneda que perpetuamente debe dar vueltas de una a otra formas determinadas.

La naturaleza no produce dinero, ni banqueros, ni procesos de cambio. Pero puesto que la producción burguesa tiene que cristalizar la riqueza como fetiche bajo la forma de un objeto aislado, el oro y la plata son su encarnación adecuada. El oro y la plata no son

naturalmente moneda, sino que la moneda es naturalmente oro y plata. Por una parte el cristal-dinero de oro y plata no es únicamente el producto del proceso de la circulación; en realidad es su único producto estable. Por otra parte, el oro y la plata son productos naturales terminados, productos de la circulación y productos naturales; lo son inmediatamente y no están separados por ninguna diferencia formal. El producto general del proceso social, es decir, el proceso social mismo considerado como un producto es un producto natural particular, un metal hundido en las profundidades de la tierra y de las cuales se puede extraer¹²³.

Hemos visto que el oro y la plata no pueden satisfacer la condición requerida por su cualidad de dinero, ser una magnitud permanente de valor. Poseen, sin embargo, como ya observó Aristóteles, una magnitud de valor más permanente que la media de las demás mercancías. Independientemente del efecto general de un alza o de una baja de los metales preciosos, las fluctuaciones de la relación de valor del oro y la plata son de una importancia especial, puesto que los dos sirven conjuntamente en el mercado universal, de material del dinero. Las causas puramente económicas de estas fluctuaciones -las conquistas y otras perturbaciones políticas que ejercían una gran influencia sobre el valor de los metales en el mundo antiguo, no obran hoy sino de una manera local y pasajera- deben ser referidas a la variación del tiempo de trabajo que exige la producción de estos metales. Este tiempo dependerá a su vez de su rareza natural relativa, así como de la dificultad más o menos grande de obtenerlos en estado de metal puro. El oro es, en efecto, el primer metal que el hombre descubre. La misma naturaleza lo crea bajo la forma cristalina pura, sin combinaciones químicas con otros cuerpos, o, como decían los alquimistas, en estado virgen, y la naturaleza misma, en los grandes lavados de oro de los ríos, se encarga del trabajo técnico. El trabajo exigido al hombre, bien sea para extraer el oro de los ríos, o de los terrenos de aluvión, es uno de los más rudimentarios, mientras que la producción de la plata supone el trabajo de la mina y generalmente un desarrollo relativamente grande de la técnica. A pesar de su menor rareza absoluta, el valor original de la plata es, pues, relativamente mayor que el del oro. La afirmación de Strabon de que en una tribu árabe daban diez libras de oro por una de hierro y dos

¹²² «¡Oh bienaventurada moneda, que da al género humano un brebaje dulce y útil e inmuniza a sus poseedores contra la peste infernal de la avaricia, puesto que no puede ser enterrada ni conservarse mucho tiempo!» De orbe novo (Alcalá. 1530, dec. 5. cap. 4).

¹²³ En el año 760 una multitud de pobres emigrantes se estableció al sur de Praga para lavar las arenas auríferas, y tres hombres podían extraer en un día tres marcos de oro. Como consecuencia de esto hubo una afluencia extraordinaria a los «diggings». y el número de brazos sustraído a la agricultura fue tan grande que el siguiente año se abolió el hambre sobre el país. (M. G. Korner, *Abhandlungen van dem Alterhum des böhmischen Bergwerks*, Schneeberg. 1758.)

libras de oro por una de plata me parece de todo punto increíble. Pero en la proporción en que se desarrollan las fuerzas productoras del trabajo social y por consiguiente, el producto del trabajo simple es encarecido en relación al del trabajo complicado, en la proporción en que se excava la corteza terrestre en mayor extensión y se agotan las primeras fuentes del oro, el valor de la plata decrece en relación al del oro. En determinado grado del desarrollo de la tecnología y de los medios de comunicación, el descubrimiento de los nuevos países auríferos y argentíferos pesará en la balanza como último resorte. En la antigua Asia la relación del oro a la plata era de 6 a 1, o de 8 a 1; esta misma relación existía en China y Japón a comienzos del siglo XIX; 10 a 1, que era la relación en tiempos de Jenofonte, puede ser considerada como la media del período medio de la antigüedad. La explotación de las minas de plata de España por Cartago, y más tarde por Roma, produjo en la antigüedad una acción análoga a la que ejerció en la Europa moderna el descubrimiento de las minas americanas. En la época del imperio romano puede ser considerada como relación media 15 ó 16 a 1, aunque se observe frecuentemente en Roma mayor depreciación de la plata. El mismo movimiento, que comienza por la depreciación relativa del oro y termina por la baja del valor de la plata, se repite en la época siguiente, que se extiende desde la Edad Media hasta los tiempos más recientes. Lo mismo que en tiempo de Jenofonte, la relación media en la Edad Media es de 10 a 1 y vuelve a ser de 16 o de 15 a 1, a consecuencia del descubrimiento de las minas americanas. El descubrimiento de las minas de oro australianas, californianas y colombianas hace verosímil una nueva baja del valor del oro¹²⁴.

¹²⁴ Hasta ahora los descubrimientos australianos y otros no han afectado a la relación del valor del oro y de la plata. Las afirmaciones contrarias de Miguel Chevalier valen lo que el socialismo de este ex sansimonista. La cota de la plata en el mercado de Londres muestra, es cierto, que el precio oro medio de la plata de 1850 a 1858 excede casi en un 3 por 100 del precio de 1830 a 1850. Pero esta alza se explica sencillamente por la demanda de plata que hacía Asia. De 1852 a 1858 el precio de la plata en los diferentes años y meses *varía solamente por la demanda*, y de ninguna manera por la llegada del oro de las minas recientemente descubiertas. He aquí una relación de los precios de la plata en el mercado de Londres:

Precio de la onza de plata

AÑO	MARZO	JULIO	NOVIEMBRE
1852	60 1/8 peniques	61 1/4 peniques	61 7/8 peniques
1853	61 3/8	61 1/2	61 7/8
1854	61 7/8	61 3/4	61 1/2
1855	60 7/8	61 1/2	60 7/8
1856	60	61 1/4	62 1/8
1857	61 3/4	61 5/8	6 1/2
1958	61 5/8		

C. Teorías sobre los instrumentos de circulación y sobre la moneda

En tanto que en los siglos XVI y XVII, en la infancia de la sociedad burguesa moderna, la pasión universal del oro lanzaba a los pueblos y a los príncipes a cruzadas más allá de los mares en busca del Graal de oro¹²⁵, los primeros intérpretes del mundo moderno, los padres del sistema monetario, una de cuyas variantes es el sistema mercantil, proclamaron el oro y la plata, es decir, el dinero como la única riqueza. Declaraban, con razón, que la vocación de la sociedad burguesa es hacer dinero, o sea, desde el punto de vista de la circulación simple de la mercancía, formar el eterno tesoro al que no roen ni los insectos ni la roña. Decir que una tonelada de hierro al precio de tres libras tiene la misma magnitud de valor que tres libras de oro no es respetar el sistema monetario. No se trata aquí de la magnitud del valor de cambio, sino de su forma adecuada. Si el sistema monetario y mercantil declara que el comercio mundial y las ramas especiales del trabajo nacional que desembocan directamente en el comercio mundial son las únicas fuentes verdaderas de la riqueza y del dinero, conviene observar que en aquella época la mayor parte de la producción nacional poseía todavía formas feudales y servía de manantial inmediato de subsistencia a los mismos productores. Los productos, en gran parte, no se transformaban en mercancías, ni, por consiguiente, en dinero; no entraban en el cambio social general de la materia; no aparecían como materialización del trabajo general abstracto, y, en realidad, no creaban riqueza burguesa. El dinero, como finalidad de la circulación, es el valor de cambio o riqueza abstracta, y no un elemento material cualquiera de la riqueza, que constituye el fin y el móvil activo de la producción. Tal como convenía a aquel grado primitivo de la producción burguesa, aquellos profetas desconocidos se atuvieron a su forma sólida, palpable y deslumbradora del valor de cambio, a su cualidad de mercancía general opuesta a todas las mercancías particulares. La esfera económica burguesa propiamente dicha de aquella época era la esfera de la circulación de las mercancías. Y desde el punto de vista de esta esfera elemental juzgaban todo el proceso complicado de la producción burguesa, y confundían el dinero con el capital. La inextinguible lucha que sostienen los economistas modernos contra el sistema monetario y mercantilista, proviene de que este sistema propala de un modo ingenuamente brutal el secreto de la producción burguesa, o sea que ésta se halla bajo el dominio del valor de cambio. Ricardo observa en algún pasaje, para hacer de ello, es cierto,

¹²⁵ «¡El oro es una cosa maravillosa! Quien lo posea es dueño de todo lo que desee. Gracias al oro hasta se pueden abrir a las almas las puertas del Paraíso.» Colombe, *Carta desde Jamaica*, 1503 (nota de la segunda ed. Véase *El Capital*, vol. I. cap. III. 1).

una aplicación falsa, que aun en las épocas de hambre, se importan cereales, no porque la nación tenga hambre, sino porque el negociante en trigos gana dinero. En su crítica del sistema monetario y mercantilista, la economía peca, pues, porque combate este sistema como una ilusión, como una falsa teoría, y porque no lo reconoce como una forma bárbara de su propio principio fundamental. Además este sistema no solamente guarda un derecho histórico, sino también su pleno derecho de ciudadanía, en determinadas esferas de la economía moderna. En todos los grados del proceso burgués de producción en los que la riqueza reviste la forma elemental de la mercancía, el valor de cambio reviste la forma elemental de dinero, y en todas las fases del proceso de producción la riqueza vuelve a tomar siempre momentáneamente la forma elemental general de la mercancía. Hasta en la más desarrollada economía burguesa, las funciones específicas del oro y la plata como dinero, diferentemente de su función como medio de circulación, y opuestamente a las demás mercancías, no son anuladas, sino solamente restringidas; el sistema monetario y mercantil conserva, pues, su derecho. El punto de vista católico de que el oro y la plata, como encarnación inmediata del trabajo social y, por tanto, en cuanto existencia de la riqueza abstracta, se contraponen al resto de las mercancías profanas, hiere naturalmente el *pundonor* protestante de la economía burguesa y el temor a los prejuicios del sistema monetario le impidió juzgar los fenómenos de la circulación de la moneda durante largo tiempo, como lo demostrará lo que a continuación se expone.

Contrariamente al sistema monetario y mercantilista, que no conoce el dinero más que en su definición formal de producto cristalizado de la circulación, era de rigor que la economía clásica lo concibiese primeramente bajo la forma fluida del valor de cambio que nace de la circulación de las mercancías. Tal circulación, se concebía exclusivamente bajo la forma *M-D-M*, y como ésta, a su vez, exclusivamente como unidad evolutiva de venta y compra, el dinero se afirmaba en su definición formal como dinero. Si se aísla el mismo medio de circulación en su función de moneda, se transforma, como hemos visto, en signo de valor. Pero siendo la circulación metálica la forma dominante de la circulación que la economía clásica encuentra en primer lugar, toma también la moneda metálica por simple signo de valor. De conformidad con la ley de la circulación de los signos de valor se establece el principio de que los precios de las mercancías dependen de la masa de moneda circulante, pero que ésta no depende de aquéllos. Entre los economistas italianos del siglo XVII esta opinión está anunciada más o menos claramente: tan pronto es afirmada como negada por Locke y desarrollada con precisión en el *Spectador* (número

del 19 de octubre de 1711), por Montesquieu y por Hume. Siendo éste indiscutiblemente el representante más importante de esta teoría en el siglo XVIII, comenzaremos por él nuestro examen.

Dadas ciertas condiciones, un aumento o disminución en la cantidad, sea de la moneda metálica circulante, sea de los signos de valor circulantes, parece obrar *uniformemente* sobre los precios de las mercancías. Si hay alza o baja del valor del oro y de la plata en que están estimados los valores de cambio de las mercancías como precios, éstos suben o bajan, porque ha variado su medida de valor y circula más o menos oro y plata, porque ha habido alza o baja de los precios. El fenómeno visible es la variación de los precios -quedando igual el valor de cambio de las mercancías-, con aumento o disminución de la cantidad de medios de circulación. Y si, por otra parte, la cantidad de los signos de valor circulantes pasa o desciende de su nivel necesario, vuelven a él violentamente, obligados por la baja o el alza de los precios de las mercancías. En los dos casos parece que la misma causa ha producido el mismo efecto, y Hume se atiene a esta apariencia.

Todo examen científico de la relación entre el número de medios de circulación y el movimiento de los precios de las mercancías debe suponer que el valor de la materia monetaria es dado. Hume, por el contrario, estudia exclusivamente épocas de revolución en la medida de los mismos metales preciosos, es decir, revoluciones en la medida de los valores. El alza de los precios de las mercancías, simultáneamente con el aumento de la moneda metálica desde el descubrimiento de las minas americanas, constituye el fondo histórico de su teoría, así como la polémica contra el sistema monetario y mercantil facilita el motivo práctico. La aportación de metales preciosos puede aumentarse naturalmente sin que varíen sus gastos de producción. Por otra parte, la disminución de su valor, es decir, del tiempo de trabajo exigido para su producción, no se mostrará, en un primer momento, más que por el aumento de su cantidad. Así, pues, decían los discípulos de Hume, el valor disminuido de los metales preciosos se manifiesta en la masa creciente de los medios de circulación y ésta se comprueba en el alza de los precios de las mercancías. Pero lo que aumenta, en realidad, son los precios de las mercancías exportadas, las cuales se cambian por oro y plata en cuanto tales mercancías, y no en cuanto medios de circulación. También el precio de las mercancías que están valoradas en oro y plata de valor disminuido, se eleva en relación a todas las demás mercancías cuyo valor de cambio continúa valorándose en oro y plata según el patrón de sus antiguos gastos de producción. Esta doble estimación de los valores de cambio de las mercancías en el mismo país no puede ser, naturalmente, sino temporal, y los precios oro o plata

deben compensarse en proporciones determinadas por los mismos valores de cambio, de manera que, en resumidas cuentas, los valores de cambio de todas las mercancías son estimados de conformidad con el nuevo valor de la materia de la moneda. No se trata aquí de desarrollar este proceso ni de examinar de qué modo el valor de cambio de las mercancías se establece en el seno de las fluctuaciones de los precios del mercado. Nuevas investigaciones críticas sobre el movimiento de los precios de las mercancías en el siglo XVI han demostrado de una manera sorprendente que esta compensación es muy gradual¹²⁶ en las épocas en que la producción burguesa se halla poco desarrollada y se extiende en largos períodos; pero de todos modos no va al mismo paso que el aumento de la moneda corriente. Son del todo impertinentes las referencias, tan estimadas por los discípulos de Hume, al alza de los precios en la Roma antigua como consecuencia de la conquista de Macedonia, Egipto y Asia Menor. El brusco y violento transporte de un país a otro de los tesoros monetarios almacenados, característica propia del mundo antiguo; la reducción temporal, en determinado país, de los gastos de producción de los metales preciosos gracias al simple procedimiento del pillaje, no afectan a las leyes inmanentes de la circulación del dinero; como tampoco afecta a la ley general que regula el precio del trigo la distribución gratuita del trigo egipcio o siciliano en Roma. Los materiales que exige una observación detallada del curso de la moneda, por una parte, una historia exacta de los precios de las mercancías, y por otra, estadísticas oficiales continuadas sobre la expansión y contracción del medio circulante, la afluencia y curso de los metales preciosos, etcétera; todos estos materiales que se acumulan cuando la Banca se encuentra plenamente desarrollada, han faltado a Hume y a los demás escritores del siglo XVIII. La teoría de la circulación, de Hume, puede resumirse en las siguientes proposiciones: 1.º Los precios de las mercancías en un país están determinados por la masa de dinero que se encuentra en él (dinero real o simbólico). 2.º El dinero que circula en un país representa todas las mercancías que se encuentran en él. En la proporción en que crece el número de los representantes, es decir, del dinero, vuelve más o menos de la cosa representada a cada representante particular. 3.º Si las mercancías aumentan, sus precios disminuyen o sube el valor del dinero. Si el dinero aumenta, entonces, a la inversa, es el precio de las mercancías el que sube y el valor del dinero el que disminuye¹²⁷.

«La carestía de todo -dice Hume- como

consecuencia de una superabundancia de dinero es una desventaja para cualquier comercio establecido, puesto que permite a los países más pobres suplantar a los más ricos en todos los mercados extranjeros¹²⁸, por medio de la venta con rebaja de las mercancías. Considerando una nación en sí misma, la escasez o abundancia de moneda para contar o para representar las mercancías no puede ejercer ninguna influencia, ni buena ni mala, como tampoco se alteraría el balance de un comerciante si emplease en la contabilidad el sistema de contar árabe, que exige pocas cifras, en lugar del sistema romano, que necesita un número más considerable. Una cantidad mayor de dinero -como ocurre con las cifras romanas- constituye más bien un estorbo y da más trabajo, tanto para la conservación como para el transporte»¹²⁹. Para probar lo que fuera, Hume debería de haber demostrado que en un *determinado* sistema de numeración, la masa de las cifras empleadas no depende de la magnitud del valor de las cifras, sino que, por el contrario, la magnitud de su valor depende de la masa de los caracteres empleados. Verdaderamente no es una ventaja estimar o «contar» los valores de las mercancías en oro o plata depreciados, y por eso a los pueblos les ha resultado siempre más cómodo contar en plata que en cobre y mejor en oro que en plata, cuando aumentaba la suma de los valores de las mercancías en circulación. A medida que se hacían más ricos, convertían los metales menos preciosos en dinero subsidiario y los más preciosos en dinero. Por otra parte, olvida Hume que, para contar los valores en oro y plata, no es preciso que estén presentes el oro y la plata. Para él, la moneda contante y el instrumento de circulación se confunden, y ambos son dinero. Fundándose en que una variación de valor en la medida de los valores o de los metales preciosos que sirven de moneda contante hace subir o bajar los precios de las mercancías y, por consiguiente, la masa de la moneda circulante, permaneciendo constante la velocidad del curso, deduce Hume que el alza o baja de los precios de las mercancías depende de la cantidad de moneda que circula. El hecho de que en los siglos XVI y XVII no solamente aumentaba la cantidad de oro y de plata, sino que disminuían simultáneamente los gastos de producción, hubiera podido comprobarlo Hume con el cierre de las minas europeas. Durante los siglos XVI y XVII, los precios de las mercancías en Europa subieron a medida que aumentaba la masa de oro y plata importada de América; luego los precios de las mercancías de cada país están determinadas por la masa de oro y plata que en él existe. Esta era la primera «consecuencia necesaria» de Hume. Durante los siglos XVI y XVII, los precios no subieron en la misma proporción en que aumentaban los metales

¹²⁶ Hume admite además que esta compensación es gradual, aunque esto no esté de acuerdo con su principio. Véase David Hume, *Essays and treatises on several subjects*, ed. Londres, 1777, volumen I. pág. 300.

¹²⁷ Véase Steuart, t. I, págs. 394-400.

¹²⁸ David Hume, pág. 300.

¹²⁹ David Hume, pág. 303.

preciosos; transcurrió más de medio siglo antes de que se produjera *cualquier variación*, y aun entonces pasó todavía tiempo antes de que los valores de cambio de las mercancías fuesen generalmente estimados de conformidad con el valor disminuido del oro y la plata, es decir, antes de que la revolución alcanzase a los precios generales de las mercancías. Así, pues, deduce Hume –quien, en perfecta contradicción con los principios de su filosofía, trasforma, sin crítica, hechos observados incompletamente en proposiciones generales–, así, pues, el precio de las mercancías o el valor de la moneda está determinado no por la masa absoluta de la moneda existente en un país, sino más bien por la cantidad de oro y plata que entra realmente en la circulación; finalmente, todo el oro y la plata que se encuentran en un país deben de ser absorbidos por la circulación a título de dinero¹³⁰. Es evidente que si el oro y la plata poseen un valor propio, hecha abstracción de todas las demás leyes de la circulación, no puede circular más que una cantidad determinada de oro y de plata como equivalente de una suma dada de valores de mercancías. Si toda cantidad de oro y plata que pueda encontrarse en un país tiene que servir de instrumento de circulación en el cambio de mercancías, sin consideración a la suma de los valores de las mercancías, el oro y la plata no poseen ningún valor inmanente, y entonces, en realidad, no son verdaderas mercancías. Esta es la «tercera consecuencia necesaria» de Hume. En el proceso de circulación hace entrar a las mercancías sin precios, y al oro y la plata sin valor. Así es que no habla nunca del valor de las mercancías, del valor del oro, sino solamente de su cantidad relativa.

Locke ya había dicho que el oro y la plata no tienen sino un valor convencional o imaginario; la primera forma brutal de contradicción a la tesis del sistema monetario de que solamente el oro y la plata tienen valor verdadero. El hecho de que la existencia-dinero del oro y la plata se derive solamente de su función en el proceso social de cambio¹³¹ lo interpreta así: deben su propio valor, y por tanto su

magnitud de valor, a una función social. El oro y la plata son, pues, cosas sin valor; pero, sin embargo, adquieren en el interior del proceso de circulación una magnitud de valor ficticia, a título de *representantes de las mercancías*. El proceso los transforma, no en moneda, sino en valor. Y su valor está determinado por la proporción entre su propia masa y la masa de las mercancías, debiendo de superponerse las dos masas. Así, pues, en tanto que Hume introduce el oro y la plata en el mundo de las mercancías como no-mercancías, aquéllos transforma, por el contrario, al aparecer bajo la forma determinada de moneda, en meras mercancías que se cambian por otras mercancías mediante el trueque simple. Si el mundo de las mercancías consistiese en una mercancía única, por ejemplo un millón de fanegas de trigo, se comprendería fácilmente que una fanega de trigo se cambie por dos onzas de oro si hay una existencia de 20 millones de onzas de oro, y que, por consiguiente, el precio de las mercancías y el valor del dinero suba o baje en razón inversa a la cantidad de dinero existente¹³². Pero el mundo de las mercancías se compone de una variedad infinita de valores de uso, cuyo valor relativo no está determinado de ningún modo por su cantidad relativa. ¿Cómo se imagina entonces Hume este cambio entre la masa de las mercancías y la masa del oro? Se contesta con una representación vaga y vacía de ideas, diciendo que cada mercancía, parte alícuota de la masa total de las mercancías, se cambia por una parte alícuota correspondiente de la masa de oro. El progresivo movimiento de las mercancías que tiene su origen en la antinomia que contienen de valor de cambio y valor de uso, que aparece en la circulación de la moneda y cristaliza en las diferentes formas determinadas de ésta, queda, pues, extinguido y en su lugar aparece la igualdad mecánica imaginaria entre la masa de peso de los metales preciosos existente en un país y la masa de mercancías que al mismo tiempo se encuentran en él.

Sir James Steuart comienza su examen de la moneda y del dinero por una crítica detallada de Hume y de Montesquieu¹³³. El es, en efecto, el primero que hace la pregunta: la cantidad de dinero circulante, ¿está determinada por los precios de las mercancías o bien los precios de las mercancías están determinados por la cantidad de dinero circulante? Aunque su exposición se halle oscurecida por una concepción fantástica de la medida de los valores, por una representación fluctuante del valor de cambio en general y por ideas del sistema mercantil, descubre las formas determinadas esenciales del dinero así como las leyes generales de su circulación, porque no coloca mecánicamente a un lado las

¹³⁰ *Ibidem*, págs. 307. 308. 303. «Es evidente que los precios dependen menos de la cantidad absoluta de mercancías y de la del dinero que se encuentran en un país que de la cantidad de mercancías que pueden ser traídas al mercado y del dinero que circula. Si las especies están encerradas en cajas, el efecto es el mismo en lo que concierne al precio, que si estuviesen destruidas; si las mercancías se hallan amontonadas en los almacenes y graneros, el efecto es parecido. Como en estos casos no se encuentran nunca el dinero y las mercancías, no pueden obrar los unos sobre los otros. El conjunto de los precios alcanza, en definitiva, una justa proporción con la nueva cantidad de dinero que se halla en el reino.»

¹³¹ Véanse Law y Franklin respecto al aumento de valor que se considera que adquieren el oro y la plata en su función como moneda. Véase también Forbonnais. (Nota de la segunda edición.)

¹³² Esta ficción se encuentra textualmente en Montesquieu (nota de la segunda edición). El párrafo en cuestión queda citado en *Das Kapital*, vol. I, 1.º Sección, nota 80.

¹³³ Steuart, t. I. pág. 399 seq.

mercancías y al otro el dinero, sino que deduce efectivamente las diferentes funciones de los diferentes momentos del cambio de las mercancías. «El uso de la moneda en la circulación interior tiene dos fines principales: pago de lo que se debe, compra de aquello que se necesita; los dos reunidos constituyen la demanda de dinero contante (*ready money demands*). El estado del comercio y de las manufacturas, el modo de existencia y los gastos habituales de los habitantes, tomados en conjunto, regulan y determinan la masa de la demanda de dinero contante, es decir, la masa de las enajenaciones. Para efectuar estos múltiples pagos hace falta cierta proporción de moneda. Esta proporción puede aumentar y disminuir según las circunstancias, aunque la cantidad de las enajenaciones permanezca la misma. En todo caso, la circulación de un país no puede absorber más que una cantidad determinada de dinero¹³⁴. El predio de venta de la mercancía está determinado por la complicada operación de la demanda y de la competencia (*demand and competition*), que son completamente independientes de la masa de oro y plata que existan en un país. ¿Y qué ocurre con el oro y la plata que no sirven de moneda? Quedan amontonados bajo la forma de tesoro o empleados en la producción de artículos de lujo. Si la masa de oro y plata descende por debajo del nivel necesario para la circulación, se la reemplaza por dinero simbólico o se recurre a otros expedientes. Si un favorable curso del cambio trae como consecuencia una superabundancia de dinero en el país y detiene la demanda para su exportación al extranjero, se acumulará en las cajas, en donde resulta tan inútil como si hubiera quedado en las minas»¹³⁵.

La segunda ley descubierta por Steuart es el reflujo a su punto de partida de la circulación fundada en el crédito. Finalmente desarrolla los efectos que produce en los diferentes países la diferencia de la tasa del interés sobre la exportación e importación internacionales de los metales preciosos. Siendo extraños a nuestro tema, que es la circulación simple, indicamos estos dos últimos puntos únicamente para completar nuestro resumen¹³⁶. El

dinero, simbólico y la moneda de crédito -Steuart no distingue todavía entre estas dos formas de moneda- pueden suplir a los metales preciosos en el mercado mundial, en calidad de instrumento de compra o medio de pago. Los billetes de papel son, por consiguiente, la moneda de la sociedad, mientras que el oro y la plata son la moneda del mundo (*money of the world*)¹³⁷.

Una particularidad de las naciones que tienen un desarrollo «histórico», según la escuela de derecho histórico, es la de olvidar constantemente su propia historia. Así, la polémica sobre la relación entre los precios de las mercancías y la cantidad de medios de circulación ha agitado continuamente al Parlamento

país, mientras haya propiedad real en el país y una competencia entre los que la poseen, los precios se elevarán a consecuencia del trueque, de dinero simbólico, de las mutuas prestaciones y de otras mil invenciones... Si este país tiene relaciones con otras naciones, es necesario que exista una proporción entre los precios de diversos géneros de mercancía, en una y otra parte y un aumento o una disminución súbita de las especies, admitiendo que pudiese ella misma ocasionar el alza o la baja de los precios sería obstaculizada en su acción por la competencia extranjera); *loc. cit.*, t. I, págs. 400-402. «La circulación de cada país debe ser proporcionada a la industria de los habitantes que producen las mercancías que se llevan al mercado... Si el dinero de un país descende por debajo de la proporción del precio del trabajo que se ha de vender, se recurrirá a invenciones como el dinero simbólico, para facilitar un equivalente del dinero. Pero si las monedas están por encima de la proporción del trabajo no influirán en el alza de los precios y no entrarán en la circulación, *serán atesoradas*... Cualquiera que sea la cantidad de dinero en un país, en relación con el resto del universo, no puede nunca permanecer en la circulación más que la cantidad poco más o menos proporcional al consumo de los ricos y al trabajo industrioso de los habitantes pobres, y esta proporción no está determinada por la cantidad de dinero que efectivamente se encuentra en el país» (*loc. cit.*, págs. 403-408. *passim*).

«Todas las naciones tratarán de lanzar las monedas que no son necesarias para su propia circulación, al país en el que el interés de la moneda esté elevado con relación al suyo»; *loc. cit.*, t. II, pág. 25. «La nación más rica de Europa puede ser la más pobre en monedas circulantes»; *loc. cit.*, t. II, pág. 6.

(Véase la polémica contra Steuart, según Arthur Young. En *El Capital*, trad. francesa, vol. 1, pág. 51, dice Marx: «La teoría de Hume, según la cual «los precios dependen de la abundancia de la moneda», fue defendida contra sir James Steuart y otros, por A. Young en su *Political Arithmetic*; Londres, 1774, págs. 112 y siguientes, y en un capítulo especial: *Prices depend on quantity of money*, pág. 112 sqq.» (Nota de Kautsky, segunda ed.)

¹³⁷ Steuart, *loc. cit.*, t. II, pág. 370. Luis Blanc transforma «la moneda de la sociedad», que significa sencillamente la moneda del interior o nacional en moneda socialista, lo cual no significa nada, y por consiguiente convierte a Juan Law en socialista. (Véase su primer volumen de la Revolución francesa.)

¹³⁴ Steuart, t. II, págs. 377-379 *passim*.

¹³⁵ Págs. 379-380 *passim*.

¹³⁶ «La moneda adicional será puesta bajo llave o transformada en vajillas de oro y plata. En cuanto al papel moneda, tan pronto como haya servido para satisfacer la demanda de quien lo ha pedido a préstamo, volverá a quien lo ha emitido y será realizado... Aunque las monedas de un país hayan, pues, aumentado o disminuido en una proporción tan grande como se quiera, no por eso las mercancías dejarán de subir y bajar según los principios de la demanda y de la competencia, y éstos dependerán constantemente de las disponibilidades de los que posean la propiedad o equivalentes cualesquiera que ofrecer, pero nunca de la cantidad de moneda que poseen. Por muy pequeña que sea la cantidad de monedas en un

durante este medio siglo y ha hecho surgir millares de libelos grandes y pequeños, y no obstante, Steuart ha quedado más olvidado aún que Spinoza, al parecer de Moses Mendelson, en tiempo de Lessing. Hasta el historiador más reciente de la «currency», Maclaren, convierte a Adam Smith en inventor de la teoría de Steuart y a Ricardo en el de la teoría de Hume¹³⁸. En tanto que Ricardo refinaba la teoría de Hume, Adam Smith registraba los resultados de las investigaciones de Steuart como «hechos muertos». Adam Smith ha aplicado su sentencia escocesa: *Mony mickles mak a muckle* a la riqueza espiritual, y se toma un trabajo mezquino para ocultar las fuentes a las cuales debe lo poco de que, verdaderamente, sabe sacar mucho. Más de una vez lima una proposición porque una fórmula aguda le obligaría a contar con sus antecesores. Así sucede con la teoría del dinero. Adopta tácitamente la teoría de Steuart al decir: el oro y la plata que se encuentran en un país sirven en parte de moneda, en parte son acumulados como fondo de reserva en los países que carecen de bancos y como reserva de banca en los países que poseen una circulación de crédito; en parte sirven de tesoro para equilibrar los pagos internacionales, en parte son convertidos en artículos de lujo. Pasa en silencio la cuestión de la moneda circulante considerando falsamente al dinero como una simple mercancía¹³⁹. Su vulgarizador, el insípido J. B. Say, a quien los franceses han erigido en *príncipe de la ciencia* -Hohann Christoph Gottsched ha erigido también a su Schönaich en Homero y Pietro Aretino se proclamó también a sí mismo *terror principum et lux mundi*- Say, dándose mucha importancia, ha elevado a dogma este desprecio, que no es del todo sincero, de Adam

Smith¹⁴⁰. Por lo demás, su actitud de polemista respecto de las ilusiones del sistema mercantil ha impedido a Adam Smith concebir objetivamente los fenómenos de la circulación metálica, cuando precisamente sus consideraciones sobre la moneda de crédito son originales y profundas. Del mismo modo que en las teorías geológicas del siglo XVIII hay siempre una corriente inferior que tiene su origen en la crítica o en la apologética de la tradición bíblica del diluvio, así también detrás de todas las teorías de la moneda del siglo XVIII se esconde una lucha sorda contra el sistema monetario, el espectro que había velado sobre la cuna de la economía burguesa y que continuaba proyectando su sombra sobre lo legislación.

No fueron los fenómenos de la circulación metálica, sino más bien los de la circulación de los billetes de banco los que, durante el siglo XIX, dieron el impulso a las investigaciones sobre la naturaleza de la moneda. Se remontaron a los primeros para descubrir las leyes de los últimos. La suspensión de los pagos en contante del Banco de Inglaterra a partir de 1797, el alza posterior de los precios de muchas mercancías, el descenso del precio monetario del oro por debajo de su precio de venta, la depreciación de los billetes de banco, especialmente desde 1809, facilitaron los motivos prácticos inmediatos de una lucha en el interior del Parlamento y un torneo teórico fuera de él, tan apasionado el uno como la otra. Lo que servía de fondo histórico al debate era la historia del papel moneda en el siglo XVIII, la bancarrota del Banco de Law, la depreciación, unida a la cantidad creciente de los signos de valor, de los billetes de banco provinciales de las colonias inglesas de Norteamérica, que se manifestaba desde comienzos hasta mediados del siglo XVIII; más tarde, el papel-moneda (*continental bills*) de curso forzoso, emitido por el gobierno central de América durante la guerra de la independencia; y finalmente, la experiencia, hecha en mayor escala aún, de los talones franceses. La mayor parte de los escritores ingleses de esta época confunden la circulación de los billetes de banco, que está regida por leyes muy distintas, con la circulación de los signos de valor o de los papeles del Estado de curso forzoso, y al pretender explicar los fenómenos de esta circulación forzada mediante las

¹³⁸ Maclaren, *loc. cit.*, pág. 43 seq. El patriotismo ha llevado a un autor alemán (Gustav Julius, fallecido demasiado pronto) a oponer el viejo Busch a la escuela de Ricardo, como si fuese una autoridad. Busch ha traducido el inglés genial de Stewart al «petois» hamburgués y ha falseado el original todo lo que ha podido.

¹³⁹ Esto no es exacto. Adam Smith expresa correctamente la ley en varias ocasiones. Véase *El Capital*, vol. 1, sección 1, nota 78, cuarta ed., pág. 87 (nota de Kautsky). He aquí la nota en la que Marx dice: «En mi libro *Zur Kritik*, etc., pág. 183, he dicho que Adam Smith pasó en silencio esta cuestión de la cantidad de la moneda corriente. Sin embargo, esto no es cierto mientras trata de la cuestión del dinero ex professo. En ocasiones, por ejemplo, en su crítica de los sistemas anteriores de economía política, se expresa correctamente respecto a este punto: «La cantidad de moneda en cada país está regulada por el valor de las mercancías que tiene que hacer circular ... El valor de los artículos comprados y vendidos anual mente en un país requiere cierta cantidad de moneda para hacerlos circular y distribuirlos a sus consumidores, y no puede emplear más. El canal de la circulación atrae necesariamente una suma suficiente para llenarlo y no admite ya más.»)

¹⁴⁰ Por eso la diferencia entre «currency» y «money», es decir, entre el medio de circulación y el dinero no se encuentra en «Wealth of Nations». Engañado por la aparente imparcialidad de Adam Smith, que conocía demasiado bien a su Hume y a su Steuart, el honrado Maclaren dice: (Maclaren, *loc. cit.*, pág. 44.) «La teoría de la dependencia de los precios de la cantidad de los medios de circulación no había llamado la atención todavía, y el doctor Smith, lo mismo que Locke (Locke varío en su manera de ver) considero la moneda metálica nada más que como una mercancía.»

leyes de la circulación metálica, en realidad lo que hacen es deducir inversamente las leyes de esta última de los fenómenos de la primera.

Dejamos a un lado los numerosos escritores del período de 1800-1809, para prestar nuestra atención a Ricardo, porque resume a sus predecesores al mismo tiempo que formula sus puntos de vista con más precisión, y porque la forma que ha dado a la teoría del dinero es lo que domina hasta este momento en la legislación inglesa de los Bancos. Ricardo, lo mismo que sus predecesores, confunde la circulación de los billetes de banco o de la moneda de crédito con la circulación de los simples signos de valor. Lo que le preocupa es la depreciación del papel-moneda acompañada del alza simultánea de los precios de las mercancías. Lo que constituía para Hume las minas americanas, eran para Ricardo las prensas de los billetes de Threadneedle Street, y él mismo, en un pasaje, identifica intencionadamente los dos factores. Sus primeros escritos que tratan solamente de la cuestión del dinero aparecen en el momento en que reinaba la más violenta polémica entre la banca de Inglaterra, a la que defendían los ministros y el partido de la guerra, y sus adversarios, a cuyo alrededor se agrupaban la oposición parlamentaria, los «whigs» y el partido de la paz. Sus escritos aparecen como precursores directos del célebre informe del *Bullion committee* de 1811, en el que son adoptados los puntos de vista de Ricardo¹⁴¹. Ricardo y sus partidarios que declaran que el dinero no es más que un signo de valor, se llaman «bullionists» (los hombres de los lingotes de oro), y esta curiosa circunstancia se debe no solamente al nombre de aquel comité, sino también al contenido de su misma doctrina. En sus obras sobre la Economía Política. Ricardo ha repetido y desarrollado los mismos puntos de vista, pero en ninguna parte ha estudiado la naturaleza del dinero en sí mismo, como lo ha hecho con el valor de cambio, con el beneficio, con la renta, etc.

Ricardo determina primeramente el valor del oro y de la plata, así como el de todas las demás mercancías, con arreglo al «quantum», de tiempo de trabajo en ellas objetivado¹⁴². En ellos, en tanto que son mercancías de un valor determinado, están medidos los valores de todas las demás mercancías¹⁴³. Ahora bien, en un país la cantidad de

los medios de circulación viene determinada, por un lado, por el valor de la unidad de medida monetaria y, por otro, por la suma de los valores de cambio de las mercancías. Esta cantidad se modifica por la economía practicada al efectuar los pagos¹⁴⁴. Como queda así determinada la cantidad de moneda de un valor dado que puede circular, y como su valor en la circulación no aparece sino en su cantidad, los simples signos de valor, si son emitidos en la proporción determinada por el valor de la moneda, pueden reemplazarla en la circulación y «la moneda circulante se hallará en el más perfecto estado cuando consista enteramente en papel-moneda de un valor igual al oro que pretende representar»¹⁴⁵. Hasta aquí Ricardo determina, pues, dado el valor de la moneda, la cantidad de medios de circulación por los precios de las mercancías, y la moneda, como signo de valor, es para él el signo de un «quantum» de oro determinado y no como para Hume, el representante sin valor de las mercancías.

En cuanto Ricardo se desvía de la marcha lineal de su exposición para girar hacia la opinión contraria, se vuelve hacia la circulación internacional de los metales preciosos y embrolla así el problema con la introducción de consideraciones extrañas. Para seguir su propio razonamiento íntimo, separemos en primer lugar los puntos artificiales y situemos las minas de oro y plata en el interior de los países donde los metales preciosos circulan a título de moneda. La única proposición que dimana del anterior desarrollo de Ricardo es que, dado el valor del oro, la cantidad de moneda circulante resulta determinada por los precios de las mercancías. Así, pues, en un determinado momento, la masa de oro que circula en un país está simplemente determinada por el valor de cambio de las mercancías que circulan. Supongamos que la suma de estos valores disminuye, sea porque se producen menos mercancías con los antiguos valores, sea porque a consecuencia de una mayor fuerza productora del trabajo, la misma masa de mercancías contiene menor valor de cambio. O supongamos, por el contrario, que aumente la suma de los valores porque la masa de mercancías haya aumentado, permaneciendo los mismos los gastos de producción, o bien porque el valor de la misma o de una masa menor de mercancías aumente a consecuencia de una disminución de una fuerza

¹⁴¹ David Ricardo: «*The high price of Bullion, a proof of the depreciation of Banknotes*», cuarta edición; Londres, 1811. (La primera edición apareció en 1809.) Y también: «*Reply to M. Bosanquet's practical observations on the report of the bullion committee*»; Londres, 1811.

¹⁴² David Ricardo: *On the principles of political economy*, etc., pág. 77. «El valor de los metales preciosos, así como el de todas las demás mercancías, depende de la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlos y para llevarlos al mercado.»

¹⁴³ *Loc. cit.*, págs. 77, 180, 181.

¹⁴⁴ Ricardo, *loc. cit.*, pág. 421: «La cantidad de moneda empleada en un país depende de su valor. Si sólo circulase el oro, haría falta quince veces menos que si se emplease únicamente la plata.» Véase también: *Proposals for an economical and secure currency*; Ricardo, Londres, 1816, págs. 17, 18, donde dice: «La cantidad de billetes que circulan depende de la cantidad requerida para la circulación del país, y esta cantidad está regulada por el valor del patrón de la moneda, el importe de los pagos y la economía practicada en su realización.»

¹⁴⁵ Ricardo. *Principles of political economy*, pág. 432-433.

productora del trabajo. ¿Qué ocurre en ambos casos con la cantidad *dada* del metal circulante? Si el oro es moneda porque corre como instrumento de circulación, si se ve obligado a estacionarse en la circulación bajo la forma de papel-moneda de curso forzoso emitido por el Estado (y esto es lo que Ricardo tiene en la imaginación), entonces, en el primer caso, habrá superabundancia en la cantidad de moneda circulante en relación con el valor de cambio del metal; en el segundo caso, la cantidad descendería por debajo de su nivel normal. Aunque poseyendo un valor propio, el oro, en el primer caso, se convertiría en signo de un metal de un valor de cambio inferior al suyo; en el último caso, en signo de un metal de un valor superior. En el primer caso, el oro estaría, como signo de valor, por debajo de su valor real; en el segundo caso, por encima de dicho valor (una abstracción más del papel-moneda de curso forzoso). En el primer caso, sería lo mismo que si las mercancías estuviesen estimadas en un metal de valor inferior; en el segundo, como si lo estuviesen en un metal de valor superior. En el primer caso, los precios de las mercancías subirían; en el segundo, bajarían. En los dos casos, el movimiento de los precios de las mercancías, su alza o su baja, sería efecto de la expansión o de la contracción relativa de la masa de oro circulante por encima o por debajo del nivel correspondiente a su propio valor, es decir, la cantidad normal que se determina por la razón de su propio valor al valor de las mercancías que tienen que circular.

El mismo proceso tendría lugar si la suma de los precios de las mercancías en circulación permaneciese idéntica, pero si la masa de oro circulante viniese a encontrarse por debajo o por encima del nivel normal; por debajo, si las especies de oro gastadas en la circulación no fuesen reemplazadas por una nueva producción correspondiente de las minas; por encima, si el nuevo rendimiento de las minas excediese de las necesidades de la circulación. Se entiende, en ambos casos, que los gastos de producción del oro, su valor, permanecen constantes.

En resumen: la moneda circulante se encuentra en su nivel normal cuando su cantidad, dado el valor de las mercancías, se halla determinada por su propio valor metálico. La moneda excede, el oro cae por debajo de su propio valor metálico y los precios de las mercancías suben porque la suma de los valores de cambio de la masa de las mercancías disminuye o porque aumenta el rendimiento de las minas de oro. La moneda se contrae y desciende por debajo de su nivel normal, el oro se eleva por encima de su propio valor metálico y los precios de las mercancías bajan por que la suma de los valores de cambio de la masa de las mercancías aumenta o porque el rendimiento de las minas de oro no compenso la masa de oro gastada por el uso. En los dos casos el oro circulante

es signo de valor, de un valor superior o inferior al que contiene realmente. Puede llegar a ser un signo sobrepreciado o depreciado de sí mismo. Si las mercancías fueran estimadas generalmente en este nuevo valor de la moneda y los precios de las mercancías bajarán o subirán, en general, proporcionalmente, la cantidad de oro circulante correspondería de nuevo a las necesidades de la circulación (consecuencia que Ricardo hace resaltar con especial satisfacción), pero estaría en contradicción con los gastos de producción de los metales preciosos y, por tanto, con su relación, como mercancías, con las demás mercancías. Según la teoría de los valores de cambio en general de Ricardo, el alza del oro por encima de su valor de cambio, es decir, del valor determinado por el tiempo de trabajo que contiene, acarrearía un aumento de la producción de oro hasta que su abundancia le hubiese hecho bajar de nuevo a su magnitud de valor normal. Gracias a estos movimientos inversos, la contradicción entre el valor metálico del oro y su valor como medio de circulación se compensaría, el nivel normal de la masa de oro circulante se fijaría y la subida de precios de las mercancías respondería de nuevo a la medida de los valores (un descenso del oro por debajo de su valor determinaría, inversamente, una disminución de su producción hasta que volviese a su magnitud de valor exacta). Estas fluctuaciones en el valor del oro circulante alcanzarían igualmente al oro en barras, puesto que, en hipótesis, todo el oro que no está utilizado en los artículos de lujo se halla en circulación. Puesto que el oro mismo, sea bajo la forma de moneda, sea en barra, puede llegar a ser signo de valor de un valor metálico mayor o menor que el suyo propio, es evidente que los billetes de banco convertibles que circulan comparten la misma suerte. Aun cuando los billetes de banco sean convertibles y su valor real, por consiguiente, corresponda a su valor nominal, la masa total de la moneda circulante, oro o billetes (*the aggregate currency consisting of metal and of convertibles notes*) puede ser sobrepreciada o depreciada, según que su cantidad total, por las razones desarrolladas anteriormente, se eleve por encima o descienda por debajo del nivel determinado por el valor de cambio de las mercancías que circulen y por el valor metálico del oro. Desde este punto de vista el papel moneda inconvertible no tiene otra ventaja sobre el papel convertible que la de poder ser depreciado doblemente. Puede descender por debajo del valor del metal cuyo representante se reputa, por haber sido emitido en número excesivo; o también puede caer porque el metal que representa haya descendido por debajo de su propio valor. Esta depreciación, no del papel respecto del oro, si no del oro y del papel juntos, o de la masa total de los medios de circulación de un país, es uno de los principales descubrimientos de Ricardo, que Lord

Overstone y Compañía han aprovechado y del que han hecho un elemento fundamental de la legislación sobre la Banca de sir Robert Peel.

Lo que había que demostrar es que el precio de las mercancías o el valor del oro depende de la masa de oro que circula. La demostración consiste en que se supone lo que hay que demostrar: que toda cantidad del metal precioso que sirve de dinero, cualquiera que sea la relación con su valor intrínseco, tiene que hacerse medio de circulación, moneda; y de este modo, signo de valor de las mercancías en circulación, cualquiera que sea la suma total de su valor. En otros términos, la demostración consiste en hacer abstracción de todas las funciones del dinero, salvo de la que realiza como medio de circulación. Cuando se ve apurado, como en su polémica con Bosanquet, Ricardo, enteramente dominado por el fenómeno de la depreciación del signo del valor por su cantidad, se refugia en las afirmaciones dogmáticas¹⁴⁶.

Si Ricardo hubiese establecido esta teoría de un modo abstracto, como lo hemos hecho nosotros, sin introducir en ella hechos concretos e incidentes que desvían de la cuestión, el fallo de la teoría resultaría evidente. Si no sucede así es porque da un tinte *internacional* a todo su desarrollo. Cosa fácil será probarle que la magnitud aparente de la escala no afecta en nada a la pequeñez de las ideas fundamentales.

La primera proposición era ésta: la cantidad de dinero metálico circulante es normal cuando se halla determinada por la suma de los valores de las mercancías circulantes estimada en el valor metálico del dinero. Desde el punto de vista internacional esto se formula así: en el estado normal de la circulación cada país posee una masa de dinero que corresponde a su riqueza e industria. El dinero circula con un valor que responde al suyo verdadero o a sus gastos de producción: es decir, tiene un solo e idéntico valor en todos los países¹⁴⁷. Luego la moneda no sería nunca exportada o importada de un país a otro¹⁴⁸. Se establecería un equilibrio entre las *currencies* (las masas totales de la moneda circulante) de los diversos países. El nivel normal de la *currency* nacional es expresado ahora como equilibrio internacional de las *currencies*, y, en realidad, solamente se enuncia que la nacionalidad no afecta a

la ley económica general. Ya estamos otra vez en el mismo punto fatal. ¿Cómo se ha perturbado el nivel normal? Pregunta que ahora se formula de este modo: ¿Cómo se ha turbado el equilibrio de las *currencies*, o cómo la moneda deja de tener el mismo valor en todos los países, o, finalmente, cómo deja de tener su propio valor en cada país? Precedentemente el nivel normal se perturbaba porque la masa de oro en circulación aumentaba o disminuía sin que hubiese variación en la suma de las mercancías, o porque la cantidad de la moneda circulante permanecía la misma en tanto que los valores de cambio de las mercancías subían o bajaban; ahora el nivel internacional, determinado por el valor del metal, se perturba porque la masa de oro que posee un país aumenta a consecuencia del descubrimiento de minas de oro¹⁴⁹ nuevas o porque la suma de los valores de cambio de las mercancías que circulan ha aumentado o disminuido en determinado país. Anteriormente la producción de los metales preciosos disminuía o aumentaba, según que fuese necesario contraer o extender la *currency* y bajar o subir los precios de las mercancías; ahora lo que produce este efecto es la importación o la exportación de un país a otro. En los países donde los precios hubiesen subido y el valor del oro, a consecuencia de la obstrucción de la circulación, hubiere descendido por debajo de su valor metálico, el oro estaría depreciado en relación con los demás países, y, por consiguiente, los precios de las mercancías, comparados con los de los demás países, habrían subido. Así, pues, se exportaría oro, se importarían mercancías y viceversa. Precedentemente la producción de oro era la que continuaba hasta el restablecimiento de la razón normal entre el metal y la mercancía; ahora lo que continuaría hasta que el equilibrio se hubiese restablecido entre las *currencies* internacionales sería la importación y exportación de oro, y con ellas, el alza o la baja de las mercancías. Como en el primer caso, la producción del oro no aumentaba o no disminuía precisamente porque el oro se encontraba por encima o por debajo de su valor. El movimiento internacional del oro tendría lugar únicamente por esta razón. Como en el primer caso, cada variación en su producción afectaría a la cantidad de metal circulante y, por tanto a los precios, sucedería lo mismo respecto de la importación y de la exportación. Tan pronto como el valor relativo del oro y de la mercancía, o la cantidad normal de los medios de circulación, quedasen restablecidos, la producción en el primer caso, y la exportación y la importación en el segundo, no tendrían ya lugar, salvo para reemplazar las especies gastadas y satisfacer la demanda para los artículos de lujo.

De todo esto se deduce que «la tentación de importar oro a cambio de mercancías, o lo que se llama un balance desfavorable, se produce

¹⁴⁶ David Ricardo: *Reply to M. Bosanquet's practical observations*, etc., pág. 49. «Que el precio de las mercancías subiría o bajaría proporcionalmente al crecimiento o disminución de la moneda, lo estimo como un hecho incontestable.»

¹⁴⁷ David Ricardo: *The high price of Bullion*, etc.: «Money would have the same value in all countries.» En su Economía política Ricardo ha modificado esta proposición, pero no de una manera que valga la pena hacer constar aquí.

¹⁴⁸ *Loc. cit.*, págs. 3-4.

¹⁴⁹ *Loc. cit.*, pág. 4.

únicamente a consecuencia de una superabundancia de los instrumentos de circulación»¹⁵⁰. El oro se exportaría o importaría porque sería sobrepreciado o depreciado, según la expansión o contracción de la masa de los medios de circulación por encima o por debajo de su nivel normal¹⁵¹. Otra consecuencia: puesto que, en el primer caso, la producción de oro no aumenta o no disminuye, en el segundo caso el oro no es importado ni exportado, porque su cantidad se encuentra por encima o por debajo de su nivel normal, porque es estimado en más o en menos de su valor metálico; porque los precios, por consiguiente, son demasiado elevados o demasiado bajos, obrando como correctivo cada uno de estos movimientos¹⁵². Obligan a los precios a volver a su nivel normal por la expansión o contracción del dinero circulante; en el primer caso el nivel entre el valor del oro y el de las mercancías; en el segundo caso, el nivel internacional de las *currencies*. O dicho de otro modo: el dinero no circula en los diferentes países sino en tanto que circula en cada país a título de moneda. El dinero no es más que moneda; por eso la cantidad de oro que existe en un país debe entrar en la circulación y puede, por consiguiente, siendo su propio signo de valor, subir o bajar por encima o por debajo de su valor. Y ya hemos vuelto felizmente, gracias al rodeo de esta complicación internacional, al simple dogma de donde habíamos salido.

Algunos ejemplos mostrarán cómo Ricardo interpreta arbitrariamente los fenómenos reales en el sentido de su teoría abstracta. Afirma que en épocas de malas cosechas, frecuentes en Inglaterra durante el período de 1800-1820, el oro se exporta, no porque se necesite trigo y el oro sea moneda y, por tanto, un medio de compra y de pago siempre eficaz en el mercado mundial, sino porque el oro se halla depreciado en su valor en relación con las demás mercancías, y por consiguiente la *currency* del país en donde se produce la mala cosecha se encontraría depreciada en relación con las demás *currencies* nacionales. Así, pues, la cantidad dada del dinero circulante habría sobrepasado su nivel normal y se produciría un alza en los precios de todas las mercancías, porque la mala cosecha habría hecho disminuir la masa de las mercancías circulantes¹⁵³.

¹⁵⁰ «*An unfavourable balance of trade never arises but from a redundant currency*»; Ricardo, *loc. cit.*, págs. 11-12.

¹⁵¹ «La exportación de dinero metálico es originada por su baratura y no es el efecto, sino la causa de un balance desfavorable, *loc. cit.*, pág. 14.

¹⁵² *Loc. cit.*, pág. 17.

¹⁵³ Ricardo, *loc. cit.*, págs. 74, 75: «Inglaterra, a consecuencia de una mala cosecha, se encontraría en el caso de un país que hubiera sido privado de una parte de sus mercancías y tuviera necesidad de una cantidad menor de medios de circulación. La *currency* que antes resultaba adecuada para los pagos resultaría excesiva y relativamente barata en proporción a su producción

Contrariamente a esta interpretación paradójica, se ha demostrado por medio de las estadísticas que, desde 1793 hasta estos últimos tiempos, la cantidad de instrumentos de circulación, en el caso de malas cosechas, no era excesiva, sino que resultaba insuficiente, y, consecuentemente, debía circular y circulaba más dinero que antes¹⁵⁴. Ricardo afirmaba también, en la época del bloqueo continental napoleónico y de los decretos de bloqueo inglés, que los ingleses exportaban oro en lugar de mercancías, porque su moneda se hallaba depreciada en relación con la moneda de los países continentales, y, por consiguiente, los precios de sus mercancías eran más elevados; constituía, pues, una especulación más ventajosa exportar oro que mercancías. Según decía, en el mercado inglés las mercancías estaban caras y el dinero barato, mientras que en el continente las mercancías eran baratas el dinero caro. «El mal -dice un escritor inglés- estribaba en el precio ruinoso de nuestros objetos manufacturados y de nuestros productos coloniales, por la influencia del sistema continental durante los seis últimos años de la guerra. Los precios del azúcar y del café, por ejemplo, estimados en oro, con respecto a los del continente, eran cuatro o cinco veces más elevados que los mismos precios estimados en billetes de banco en Inglaterra. Era la época en que los químicos franceses descubrían el azúcar de remolacha y sustituían el café por la achicoria y los granjeros ingleses hacían experiencias de engorde de los bueyes con melaza y jarabe; era el tiempo en que Inglaterra se posesionaba de Heligoland y establecía en la isla un depósito de mercancías para facilitar el contrabando en el Norte de Europa y los objetos ligeros de fabricación británica entraban en Alemania pasando por Turquía. Casi todas las mercancías del

disminuida. La exportación de esta suma equilibraría el valor de la *currency* con el de las *currencies* de los demás países». La confusión entre la moneda y la mercancía y el dinero adquiere un aspecto ridículo en el siguiente párrafo: (*loc. cit.*, página 75). «Si podemos suponer que, después de una mala cosecha, cuando Inglaterra necesita efectuar, una importación extraordinaria de trigo, se encuentra un exceso de este artículo en otra nación que no tenga necesidad de otra mercancía, se deduce incontestablemente que esta nación no exportará su trigo a cambio de mercancías; pero tampoco lo exportará a cambio de dinero, puesto que este último es una mercancía que ninguna nación necesita nunca de un modo absoluto, sino relativo».

Pushkin, en su poema heroico, presenta el padre de su héroe como un hombre incapaz de comprender que la mercancía es dinero. Los rusos han comprendido siempre que el dinero es mercancía, como lo demuestran no solamente las importaciones inglesas de trigo de 1838-1842, sino también toda su historia comercial.

¹⁵⁴ Véase Thomas Tooke, *History of Prices*, y James Wilson, *Capital, currency and banking*. (Este último libro es una reimpression de una serie de artículos publicados en 1844, 1845 y 1847 en el *London Economist*.)

mundo entero se encontraban acumuladas en nuestros depósitos, de donde no se podían retirar sino en pequeñas cantidades, por medio de una autorización francesa, por la cual los comerciantes de Hamburgo y Ámsterdam habían pagado a Napoleón una suma de 40.000 a 50.000 £. ¡Singulares comerciantes debían ser para pagar parecidas sumas por la libertad de transportar un cargamento de mercancías desde un mercado caro a otro barato. ¿Qué alternativa le quedaba a un comerciante? O tenía que comprar café a 6 peniques en billetes de banco y expedirlo a una plaza, donde podría inmediatamente vender la libra a 3 ó 4 chelines en oro, o bien comprar oro con billetes de banco a 5 libras la onza y enviarlo sobre una plaza donde fuese evaluado en 3 libras, 17 chelines. 1 1/2 peniques. Es, pues, absurdo decir que enviando oro en lugar de café creían hacer una operación mercantil más ventajosa. No existía país en el mundo que ofreciese entonces una cantidad tan grande de mercancías deseables como Inglaterra. Bonaparte examinaba siempre atentamente los precios corrientes ingleses. Mientras comprobó que en Inglaterra el oro estaba caro y el café barato, creyó que su sistema continental funcionaba bien»¹⁵⁵.

Precisamente en la época en que Ricardo exponía por primera vez su teoría de la moneda y el *Bullion committe* la incorporaba a su informe parlamentario, se produjo en 1810 una baja ruinoso en los precios de todas las mercancías inglesas, comparados con los de 1808 y 1809, y un alza relativa en el valor del oro. Los productos agrícolas eran una excepción, porque su importación encontraba obstáculos y porque la masa disponible en el interior había quedado reducida a causa de las malas cosechas¹⁵⁶. Ricardo desconocía hasta tal punto el papel de los metales preciosos como instrumento de pago internacional que en un informe ante el Comité de la Cámara de los Lores (1819) elijo lo siguiente: «That drains foreign reportation would cease altogether so soon as cash payments should be resumed, and the currency be restored to its metallic level»¹⁵⁷. Murió a tiempo; la víspera misma de la explosión de la crisis de 1825, que daba un mentís a su profecía.

El período durante el cual Ricardo desarrolló sus actividades literarias era, en general, poco favorable para la observación de los metales preciosos en su función de moneda universal. Antes de la introducción del sistema continental, la balanza comercial era casi siempre favorable a Inglaterra, y bajo este sistema las transacciones con el continente europeo fueron demasiado insignificantes para

afectar el curso del cambio inglés. Los envíos de dinero tenían, en su mayor parte, un carácter político, y Ricardo pareció no hacer ningún caso del papel que representaban los subsidios en la exportación del oro inglés¹⁵⁸.

Entre los contemporáneos de Ricardo que formaron su escuela. James Mill es el más eminente. Ha intentado exponer la teoría de la moneda de Ricardo sobre la base de la circulación metálica simple, sin introducir las intempestivas complicaciones internacionales, detrás de las cuales esconde Ricardo la pobreza de su concepción, y sin meterse en polémicas a favor de la Banca de Inglaterra. Sus principales proposiciones son las siguientes¹⁵⁹: Por el valor del dinero hay que entender aquí la proporción en que se cambia por otras mercancías o la cantidad de dinero que se cambia por una cierta cantidad de otros objetos... La cantidad total de dinero que se encuentra en un país es la que determina qué porción de esta cantidad es la que deberá cambiarse por una cierta porción de las mercancías de ese país. Si suponemos que todas las mercancías del país están a un lado y todo el dinero al otro, y que se cambian de una sola vez, es evidente... que el valor del dinero dependerá enteramente de su cantidad. Ya veremos cómo el caso es absolutamente idéntico en el estado actual de los hechos. La totalidad de las mercancías de un país no se cambia de una vez por la totalidad de la moneda; las mercancías se cambian por porciones, a menudo en pequeñas porciones y en distintas épocas durante el curso del año. La misma pieza de moneda que ha servido hoy para un cambio podrá servir mañana para otro. Cierta parte del dinero se empleará en muchos actos de cambio, otras en un pequeño número, algunas que ya se encuentran atesoradas, en ninguno. Dentro de toda esta variedad se establecerá cierta media basada en el número de cambios para los cuales haya servido cada pieza si todas las piezas hubieran efectuado un número igual; esta media puede ser un número cualquiera, supongamos que sea diez. Si cada moneda existente en el país realizase diez compras, sería exactamente igual que si todas las monedas estuviesen multiplicadas por diez y cada una realizase solamente una compra. El valor de todas las mercancías en el país es igual a diez veces el valor de toda la moneda... Si la cantidad de la moneda, en lugar de efectuar diez cambios durante el año, fuese diez veces mayor y no realizase más que un solo al año, es evidente que toda adición hecha a la cantidad total produciría una disminución de valor proporcional en cada moneda considerada separadamente. Como se supone que la masa de las mercancías por la cual se ha cambiado todo el dinero de una sola vez permanece constante, el valor de la

¹⁵⁵ James Deacon Hume, *Letters on the corn laws*. Londres. 1834, págs. 29-31.

¹⁵⁶ Thomas Tooke, *History of prices*, etc.; Londres. 1848. pág. 110.

¹⁵⁷ «Que las sangrías para la exportación cesarían del todo tan pronto como se reanudaran los pagos en contante y la *currency* hubiera vuelto a su nivel metálico.»

¹⁵⁸ Véase W. Blake, *Las observaciones*, etc., citadas anteriormente.

¹⁵⁹ James Mill. *Elements of political economy*.

masa total del dinero no ha aumentado, tras el aumento de su cantidad, por encima del que poseía antes. Si se supone un aumento de un décimo, el valor de toda parte alícuota de la masa total, el de una onza, por ejemplo, habrá disminuido en un décimo. Cualquiera que sea el grado de aumento o disminución de la cantidad de moneda, permaneciendo constante la de las demás cosas, el valor de la masa total y de cada parte disminuye o aumenta recíprocamente en la misma proporción. Esta proposición, evidentemente, es universalmente verdadera. Todas las veces que haya subido o bajado el valor del dinero (permaneciendo constantes la cantidad de mercancías por las cuales se cambia dicho valor, y la rapidez de la circulación), el cambio debe depender únicamente de una disminución o de un aumento de la cantidad. Si la cantidad de mercancías disminuye en tanto que permanece constante la cantidad de moneda, es lo mismo que si la cantidad de moneda hubiese aumentado y viceversa... Cambios semejantes son producidos por una variación cualquiera en la rapidez de la circulación... Un aumento del número de estas compras produce el mismo efecto que un aumento de la cantidad de la moneda; una disminución produce el efecto contrario... Si hay alguna porción de los productos anuales que no se cambia, como la que el productor consume, no se cuenta, pues lo que no se cambia por dinero es como si no existiese con relación al dinero... Cuando el aumento y la disminución del dinero pueden producirse libremente, la cantidad total del dinero existente en un país estará regulada por el valor de los metales nobles... El oro y la plata son, en realidad, mercancías... Lo que determina el valor de las mercancías, así como el de los productos ordinarios, es el coste de producción»¹⁶⁰.

Toda la sagacidad de Mill se resuelve en una serie de suposiciones tan arbitrarias como absurdas. Quiere demostrar que los precios de las mercancías o el valor de la moneda está determinado por «la cantidad total de moneda que existe en un país». Si se supone que la masa y el valor de cambio de las mercancías permanecen los mismos, así como la velocidad de la circulación y el valor de los metales preciosos determinado por los gastos de producción, y si se supone, al mismo tiempo, que con todo eso la cantidad de la moneda circulante se eleva o descende proporcionalmente a la masa de dinero existente en un país, resulta, en efecto, «evidente» que se ha supuesto lo que se pretendía demostrar. Por otra parte, Mill comete el mismo error que Hume, al hacer circular valores de uso y no mercancías de un valor de cambio dado, y por eso su proposición es falsa aun cuando se le concedan todos sus «presupuestos». La velocidad de valor de los metales nobles, y al igual también la cantidad de las

mercancías en circulación y, sin embargo, si su valor de cambio varía, puede ser requerida por la circulación una masa de dinero más grande o más pequeña. Mill advierte que una parte del dinero existente en el país circula, en tanto que la otra queda estacionaria. Con ayuda de un cálculo de medias sumamente cómico, supone que, verdaderamente, todo el dinero que se encuentra en un país, circula. Suponed que en un país circulan 10 millones de thalers dos veces por año; luego podrían circular 20 millones si cada thaler efectuase solamente una compra. Y si la suma total del dinero existente en el país bajo todas sus formas asciende a 100 millones, se puede suponer que los 100 millones pueden circular, si cada moneda efectúa una compra cada cinco años. También podría suponerse que todo el dinero del mundo circula en Hampstead; pero cada parte alícuota de este dinero, en lugar de efectuar tres giros en un año, realiza uno en tres millones de años. Tanto vale una como otra suposición para determinar la relación entre la suma de los precios de las mercancías y la cantidad de los medios de circulación. Mill comprende que es para él de una importancia capital poner las mercancías en contacto directo, no con el «quantum» de dinero que circula, sino con el «stock» total de dinero que, cada vez, existe en un país. Conviene que la masa total de las mercancías de un país no se cambie «de una vez» por la masa total del dinero, sino que diferentes porciones de mercancías se cambien por diferentes porciones de dinero en distintas épocas del año. Para eliminar esta desproporción supone Mill que no existe. Por lo demás, toda esta concepción del contacto directo de la mercancía y del dinero y de su cambio inmediato, es una abstracción del movimiento de las compras y ventas simples o del dinero en su función de instrumento de compra. En el movimiento del dinero, cuando desempeña el oficio de instrumento de pago, ya desaparece esta presentación simultánea de la mercancía y el dinero.

Las crisis comerciales durante el siglo XIX, especialmente las grandes crisis de 1825 y 1836, no suscitaron un nuevo desarrollo sino más bien nuevas aplicaciones de la teoría ricardiana del papel moneda. Ya no eran los fenómenos económicos aislados, tales como, en Hume, la depreciación de los metales preciosos en los siglos XVI y XVII, o en Ricardo la depreciación del papel-moneda en el siglo XVIII y comienzos del XIX, sino que se trataba de las grandes tormentas del mercado mundial en las cuales se descargan todos los elementos de lucha del proceso burgués de producción, cuyo origen y remedio se buscaba en la esfera más superficial y más abstracta de este proceso, la esfera de la circulación del dinero. La hipótesis teórica de donde nace la escuela de los meteorólogos de la economía se reduce en realidad a este dogma: que Ricardo ha descubierto las leyes de la circulación puramente

¹⁶⁰ Loc. cit., págs. 128-136 *passim*.

metálica. Lo único que les quedaba por hacer era someter a estas leyes la circulación del crédito o de los billetes de banco.

El fenómeno más general, más palpable, de las crisis comerciales es la baja súbita, general, de los precios de las mercancías, sucediendo a un alza general, bastante prolongada, de dichos precios. Puede decirse que una baja general de los precios de las mercancías es un alza del valor relativo del dinero comparado con todas las mercancías, e inversamente puede también decirse que un alza general de los precios es una baja del valor relativo del dinero. Los dos modos de expresión enuncian el fenómeno pero no lo explican. Que yo proponga el problema así: explicar el alza general periódica, alternando con la baja general, de los precios; o que formule el mismo problema de este otro modo: explicar el alza y la baja periódicas del valor relativo de la moneda comparado con las mercancías; la diferente fraseología deja subsistir el problema tan completamente como lo dejaría su traducción del alemán al inglés.

La teoría del dinero de Ricardo era, pues, singularmente oportuna, puesto que daba la apariencia de una relación causal a una tautología. ¿De dónde proviene la baja general periódica de los precios de las mercancías? Del alza periódica del valor relativo del dinero. ¿De dónde viene, inversamente, el alza general periódica de los precios de las mercancías? De una baja periódica del valor relativo del dinero. Con la misma exactitud podría decirse que el alza y la baja periódicas de los precios proceden de su alza y de su baja periódicas. El problema está propuesto admitiendo la hipótesis de que el valor inmanente del dinero, es decir, su valor determinado por los gastos de producción de los metales preciosos, *no varia*. Si esta tautología pretende ser algo más que tautología, reposa sobre el desconocimiento de las más elementales nociones. Si el valor de cambio de *A* medido en *B* baja, ya sabemos que esto puede provenir lo mismo de la baja del valor de *A* que del alza del valor de *B*. Lo mismo sucede, pero a la inversa, si sube el valor de cambio de *A* medido en *B*. Una vez concedida la transformación de la tautología en relación causal, todo lo demás continúa sin dificultad. El alza de los precios de las mercancías proviene de la baja del valor del dinero, pero la baja del valor del dinero, Ricardo nos lo ha enseñado, es debida al desbordamiento de la circulación, es decir, que la masa del dinero circulante sobrepasa del nivel determinado por su propio valor inmanente y los valores inmanentes de las mercancías. Del mismo modo, inversamente, la baja general de los precios de las mercancías procede del alza del valor del dinero por encima de su valor inmanente a consecuencia de una circulación insuficiente. Luego los precios suben y bajan periódicamente, porque también periódicamente hay exceso o defecto de dinero

circulante. Si, ahora, se demuestra que el alza de los precios ha coincidido con una circulación disminuida y la baja con una circulación aumentada, se puede afirmar, no obstante, que a consecuencia de una disminución o de un aumento cualesquiera -no demostrable por las estadísticas- de la masa de las mercancías circulantes, la cantidad de dinero que circula ha aumentado, si no absoluta, por lo menos relativamente. Ahora bien; hemos visto que, según Ricardo, estas fluctuaciones generales de los precios tienen que producirse también en una circulación puramente metálica, pero se compensan por su alternancia. Así, una circulación insuficiente acarrea la baja de los precios de las mercancías, la baja de los precios de las mercancías trae como consecuencia la exportación, esta exportación hace afluir el dinero hacia el interior y esta afluencia del dinero, a su vez, provoca el alza de los precios de las mercancías. Ocurre lo contrario cuando se trata de una circulación exuberante por la que las mercancías son importadas y el dinero es exportado. Pero como a pesar de estas fluctuaciones generales de los precios, que resultan de la naturaleza de la circulación metálica, según Ricardo, su forma violenta y aguda, su forma de crisis, corresponde a las épocas del sistema del crédito desarrollado, resulta clarísimo que la emisión de los billetes de banco no está regulada exactamente por las leyes de la circulación metálica. La circulación metálica se remedia mediante la importación y exportación de los metales nobles que circulan inmediatamente a título de moneda y que, mediante su flujo o reflujo, hacen bajar o subir los precios de las mercancías. Mediante una imitación de las leyes de la circulación metálica, los bancos, ahora, tienen que producir artificialmente el mismo efecto sobre los precios de las mercancías. Si el oro afluye desde el exterior, es una prueba de que la circulación es insuficiente, de que el valor del dinero es demasiado elevado y de que los precios de las mercancías son demasiado bajos, y de que, por consiguiente, hay que lanzar a la circulación billetes de banco proporcionalmente al oro nuevamente importado. Por el contrario, habrá que retirarlos de la circulación proporcionalmente al oro que salga del país. En otros términos, la emisión de los billetes de banco debe regularse según la importación o exportación de los metales nobles, o sea, por el curso de los cambios. La falsa hipótesis de Ricardo según la cual el oro no es más que moneda y, por consiguiente, todo oro importado aumenta el dinero circulante y, por lo tanto, hace subir los precios; según la cual, también, todo oro exportado disminuye la moneda y hace bajar los precios, esta hipótesis teórica se convierte aquí en la *experiencia práctica de hacer circular tanta moneda como oro haya cada vez*. Lord Overstone (el banquero Jones Lloyd), el coronel Torrens, Norman, Clay, Arbuthnot y otros innumerables escritores, conocidos en Inglaterra bajo

el nombre de Escuela del «currency principie», han hecho algo más que predicar esta doctrina: han hecho de ella, por medio de los Bank Acts de 1844-1845 de sir Robert Peel, la base de la actual legislación de la banca inglesa y escocesa. Su ignominioso fracaso, en teoría y en la práctica, tras las experiencias practicadas a escala nacional, no podrá ser estudiado sino en la teoría del crédito¹⁶¹. Pero se puede ver, desde luego, que la teoría de Ricardo que aísla la moneda bajo su forma fluida de instrumento de circulación, conduce al resultado de atribuir al aumento y a la disminución de los metales nobles una influencia absoluta sobre la economía burguesa tal como la superstición del sistema monetario no la había soñado jamás. Así es como Ricardo, que proclama el papel-moneda como la forma más acabada del dinero, llegó a ser el profeta de los *bullionistas*.

Después de que la teoría de Hume, o antítesis abstracta del sistema monetario, hubo sido desarrollada hasta su última consecuencia, la concepción concreta del dinero que Steuart había tenido fue reintegrada en sus derechos por Thomas Tooke¹⁶². Tooke no deduce sus principios de una teoría cualquiera, sino de un análisis concienzudo de la historia de los precios de las mercancías desde 1793 a 1836. En la primera edición de su historia de los precios, aparecida en 1823, Tooke está todavía completamente imbuido por la teoría de Ricardo y se esfuerza vanamente en poner de acuerdo los hechos con esta teoría. Hasta se podría considerar su libelo *On the Currency*, que apareció después de la crisis de

1825, como la primera exposición consecuente de los puntos de vista que Overstone ha hecho prevalecer más tarde. Sin embargo, investigaciones sostenidas sobre la historia de los precios le obligaron a reconocer que esta conexión directa entre los precios y la cantidad de los medios de circulación, subentendida por la teoría, es una quimera; que la expansión y la contracción de los medios de circulación, permaneciendo constante el valor de los metales nobles, son siempre el efecto, pero nunca la causa de las fluctuaciones de los precios; que la circulación del dinero, en general, no es sino un movimiento secundario y que el dinero en el proceso de producción real reviste todavía otras formas determinadas muy distintas de la del medio de circulación. Como sus investigaciones de detalle no pertenecen a la esfera de la circulación metálica simple, no pueden ser discutidas aquí, como tampoco las investigaciones del mismo orden de ideas de Wilson y Fullarton¹⁶³. Estos escritores no consideran el dinero bajo un aspecto único; lo conciben en sus diferentes momentos, pero de un modo mecánico, sin ningún enlace vivo, bien sea entre estos momentos, o bien con el sistema total de las categorías económicas. Por eso confunden erróneamente el *dinero*, distinguiéndolo del *instrumento de circulación*, con el *capital*, hasta con la mercancía, aunque, por otra parte, se ven obligados, en ocasiones, a diferenciar uno de otro¹⁶⁴. Cuando, por ejemplo, se envía oro al extranjero, lo que se envía en realidad es capital; pero lo mismo sucede cuando se exporta hierro, algodón, trigo, en una palabra, cualquier mercancía. Los dos son capital, y por tanto

¹⁶¹ Algunos meses antes de la explosión de la crisis comercial de 1857 se constituyó un comité de la Cámara de los Comunes para abrir una información sobre los efectos de los Bank Acts de 1844 y 1845. En su informe, Lord Overstone, padre teórico de dichas leyes, se permitió lanzar la siguiente fanfarronada: «Gracias a la observancia pronta y estricta de los principios de la ley de 1844, todo ha sucedido con regularidad y facilidad; el sistema monetario ha quedado firme y equilibrado; la prosperidad del país es incontestable; la confianza pública en la sensatez del acta de 1844 aumenta de día en día, y si el comité desea otros detalles prácticos de la seguridad de los principios sobre los cuales reposa, o de los beneficiosos resultados que ha dado, la verdadera y suficiente respuesta al comité, es ésta: mirad a vuestro alrededor; ved el estado actual del comercio del país: ved la satisfacción del pueblo: ved la riqueza y prosperidad que reinan en cada clase de la comunidad, y después de haber mirado en torno vuestro, podrá invitarse lealmente al comité a que decida si es que debe oponerse al mantenimiento de un acta que tales resultados ha producido.» Así es como se expresó Overstone el 14 de julio de 1857; el 12 de noviembre del mismo año el Ministerio tuvo que suspender, bajo su propia responsabilidad, la ley milagrosa de 1844.

¹⁶² Tooke ignoraba por completo la obra de Steuart, como lo prueba la *History of prices, from 1839 till 1847*: Londres, 1848; donde resume la historia de las teorías de la moneda.

¹⁶³ La obra más importante de Tooke, además de la *History of prices*, que su colaborador ha editado en seis volúmenes, es: *An Inquiry into the currency principle, the connection of currency with prices*, etc.; segunda edición; Londres, 1844. Ya hemos citado la obra de Wilson. Nos queda por mencionar, por último, a John Fullarton: *On the regulation of currencies*, segunda edición; Londres, 1845.

¹⁶⁴ «Conviene distinguir entre el dinero como mercado, es decir, como capital, y el dinero como medio de circulación.» Tooke *An Inquiry into the currency principle*, etc., pág. 10. «Puede disponerse del oro y de la plata para realizar a su llegada casi la exacta suma necesaria...; el oro y la plata poseen una ventaja infinita sobre todas las demás mercancías, porque sirven universalmente de dinero... El pago de las deudas en el extranjero y en el interior no se contrata, en general, en té, café, azúcar o índigo, sino en monedas, y el pago, sea en la misma moneda designada, sea en lingote que puede prontamente convertirse en dicha moneda en el mercado, o en la moneda del país a que haya sido expedido, ofrecerá siempre al expedidor el medio más seguro, más directo, más exacto para cumplir aquel fin sin el riesgo de decepción causado por la fluctuación de los precios.» (Fullarton, *loc. cit.*, págs. 132-133.) «Cualquier otro objeto (distinto del oro y la plata) podría sobrepasar por la cantidad o la cualidad la demanda habitual del país adonde es expedido.» Tooke, *An Inquiry*, etc.

no se distinguen como capital, sino como dinero y mercancía. La función del oro cuando sirve de medio de cambio internacional no se deriva, pues, de su forma capital, sino de su función específica como dinero. Y análogamente, cuando el oro, o los billetes de banco en su lugar, sirven de instrumentos de pago en el comercio interior, son al mismo tiempo capital. Pero el capital bajo la forma de mercancías no podría reemplazarlos, como así lo demuestran las crisis de una manera palpable. Una vez más ocurre esto porque el oro, en cuanto dinero, se distingue de la mercancía, y no porque existe bajo la forma de capital se transforma el oro en instrumento de pago. Aun en los casos en que el capital es exportado directamente como capital, para prestar a interés cierta suma al extranjero, depende de la coyuntura que sea exportado como mercancías u oro, y si es exportado en la última forma, se debe a la forma específica determinada que revisten los metales nobles en cuanto dinero respecto de las mercancías. Estos escritores, en general no consideran en primer lugar al dinero bajo su aspecto abstracto, tal como se desarrolla en el medio de la circulación simple de las mercancías y tal como sale de las relaciones incluso de las mercancías en movimiento. Oscilan, pues, continuamente entre las formas abstractas que adquiere el dinero opuestamente a la mercancía y sus formas determinadas bajo las cuales se ocultan relaciones más concretas, tales como el capital, la renta y otras¹⁶⁵.

¹⁶⁵ Estudiaremos la transformación del dinero en capital en el capítulo tercero, que trata del capital y cierra esta primera sección.